

LA 5
LINTERNA
MÁGICA



POR
FACUNDO

07297

77

889

5

1

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
CIUDAD AUSTRAL
COMISIÓN GENERAL



1080045927

86-31.39



UANL

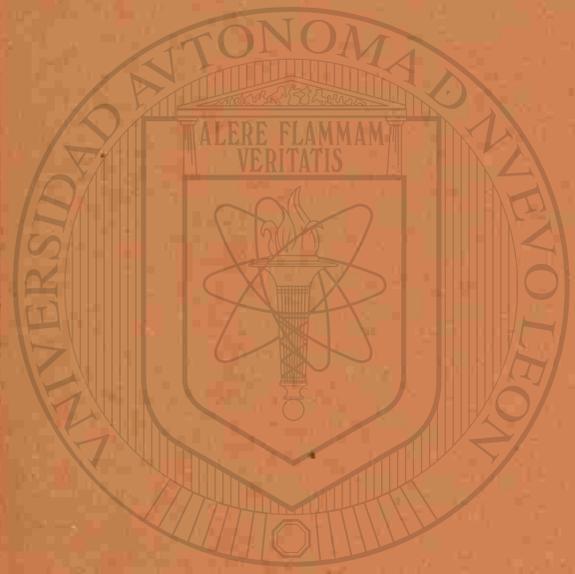
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



081

86-3:39

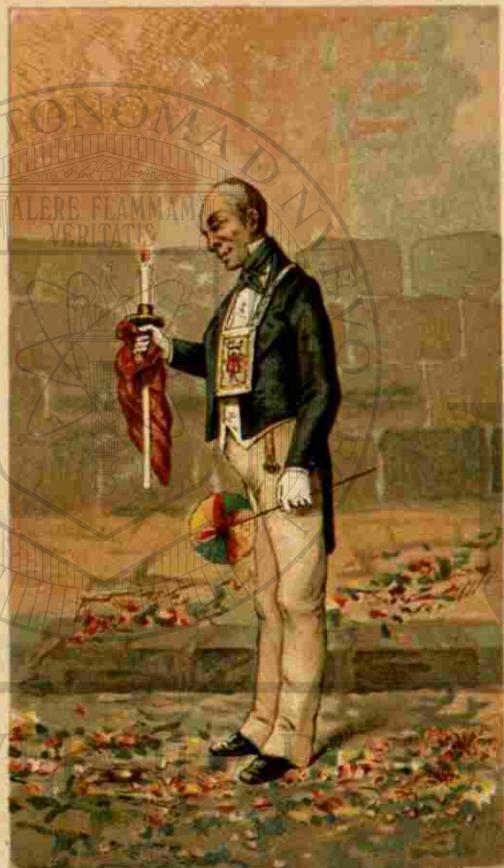


LA
LINTERNA MÁGICA
SEGUNDA ÉPOCA
TOMO V

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





El Sr. D. Pedro Maria.

LA
LINTERNA MÁGICA

COLECCIÓN DE NOVELAS DE COSTUMBRES MEXICANAS

artículos y poesías de

FACUNDO

(JOSÉ T. DE CUELLAR)

Ilustradas con grabados y cromolitografías.

TOMO V



*Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria*

BARCELONA
TIPO-LITOGRAFÍA DE HERMENEGILDO MIRALLES
59 - BAILÉN - 59
1890

55153
36206

Núm. Clas. _____

Núm. Autor _____

Núm. Añ. _____

Procedencia _____

Precio _____

Fecha _____

Clasificación _____

Catálogo _____

081
C.965 / v.5/6
36206



Colección
Biblioteca Universitaria

LA LINTERNA MÁGICA

SEGUNDA ÉPOCA

HISTORIA

DE

CHUCHO EL NINFO

ESCRITA POR

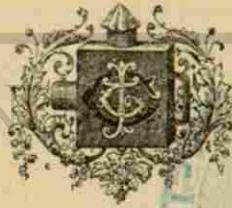
FACUNDO

(1871)

Con datos auténticos, debidos á indiscreciones femeniles
(de las que el autor se huelga)

TOMO I

Al deleite se arroja
Necia la juventud: viento bravio
De flores la despoja;
Y en su follaje umbrío
Busca, y no halla provechos el estío.
Casimiro Collado.



BARCELONA

TIPO-LITOGRAFÍA DE HERMENEGILDO MIRALLES

59 - BAILÉN - 59

1890



36206

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD DE LEÓN
ALFONSO REYES
1675 BOUTERREY, IMPRESOR

5

FACE
OF
BOOK

NO 90729
C77
1889
V. 5
C. 1

081
1880
C 90729

PQ 7297

C77

1889

V.5



FONDO DE BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

CHUCHO EL NINFO

CAPITULO I.

En el que se vé que el amor acaramelado
de las mamás no es el mas apropiado para criar
héroes.

ALLÁ pór los años de cuarenta á
cuarenta y uno pasaba todas las
mañanas por el costado del Norte de
la Alameda, una criada jóven, limpia y
relamida, conduciendo á un niño muy
lindo.

La criada se miraba en el niño; lo
cual no era un obstáculo para que el

alamedero se viera en la criada; porque al pasar, criada y niño, por la puerta que vé á la Santa Veracruz, el alamedero se paraba allí invariablemente para saludar á la criada.

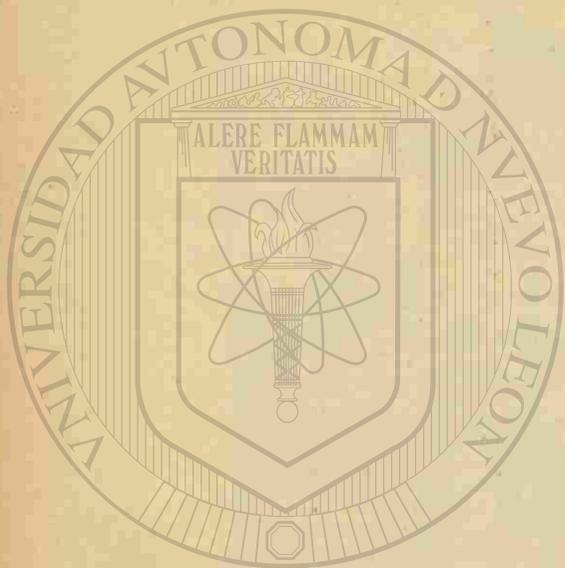
El niño se veía libre de la mano que lo conducía y se ponía á jugar, mientras el alamedero hablaba cosas más formales con la criada.

Al niño, al alamedero y á la criada se les hacía tarde. Solía trascurrir una hora, de esas que parecen un soplo, horas de niño, horas de amor, que se pierdien sin saber como.

Al cabo de esa hora, el calor del día había aumentado, y con el calor los colores de la criada, que estaba entonces más bonita; el niño se había empolvado los zapatitos y el alamedero había tenido tiempo de hacer en el respaldo de la banca un agujerito, donde le cabía el dedo.



Al niño, al alamedero y á la criada, se les hacía tarde.



Como todos los días se sentaban en el mismo lugar, el agujerito iba siendo más hondo.

Esta manía de perforación no es solo peculiar del alamedero en cuestión; la incuria tiene una mímica talarante, significativa y especial.

El indio sobre todo, no trata de asuntos amorosos sin rascar la pared, la beldad cerril no oye si no rasca, y el elocuente lenguaje de las manos, el recomendado acto segundo, se reduce en ciertas gentes á hacer un agujerito.

La criada y el niño seguían el camino de la escuela y el alamedero se quedaba parado.

El niño había nacido el día del Dulce Nombre de Jesús; lo cual, en concepto de su mamá, había sido una felicidad, en virtud de la cual le daba á su hijo el nombre menos parecido al del Mártir del Gólgota: le llamaba Chu

cho, y Chucho le decían todos, y como tal Chucho nos le presentaron en el mundo.

Chucho tenía siete años; pero representaba cinco, y estaba aprendiendo á leer en una amiga, porque su mamá temía que los niños de la escuela le enseñaran algo malo á Chucho, lo cual no podía suceder con las niñas.

Chucho, sin ser precisamente de la opinión de su mamá, estaba muy contento entre las niñas; bienestar á que quedó aficionado perpetuamente.

Chucho era dócil, manso, dulce é inocente.

Era la adoración de su mamá.

Hablaremos de su mamá. Era toda amor: por amor se había casado con un oficial, con la intervención de la autoridad y sin el consentimiento paterno; por amor había seguido á su marido al campo del honor en donde

quedó viuda; por amor lloró largos días y por amor se sacrificaba por Chucho. La mamá de Chucho era lo que se llama vulgarmente un terrón de amores.

Tenía veintiseis años; y no era precisamente una hermosura, pero tenía un *chisgo* y un aquel, que al difunto militar lo volvieron loco.

Se llamaba Elena y era hacendocita, devota y locuaz.

El ministro de la guerra tenía simpatías por Elena, lo cual proporcionaba á la viuda comodidad en la quinceña y con esto y *las buscas* de que hablaremos después, Elena y su hijito Chucho ne le llegaban á ver las orejas al diablo de la miseria, sino que, por el contrario, no faltaba lengua que, de las comodidas de la viuda, sacase intrincadas y difamatorias deducciones.

La infancia de Chucho atravesó por

esa clínica complicada y penosa de la mayor parte de los niños en México, época fecunda en peripecias, las más veces precursoras de pérdidas tempranas.

Llama la atención, de día en día, el obituario de los niños: la muerte se complace en arrancarle á México á centenares sus botones; y cuando estos se salvan de los peligros inminentes de la infancia, es para guardar lesiones que, cuando menos, marchitan á los niños, dejándoles desmedrados y enclenques, pequeños, débiles y malcriados como los *pollos de la ensalada*.

Entristecen esas reuniones de niños que, conducidos por las mamás y las nodrizas, salen á buscar en el Zócalo ó en la Alameda un poco de oxígeno, después de una bronquitis, una pulmonía, una disenteria ó el crup.

Gavarni no podría menos que representar esos grupos inocentes por medio de un manojito de salsifis, ataviados con sombreritos con plumas y flores.

Chucho tuvo todas las enfermedades, desde las de la dentición hasta las de la falta de higiene y sentido común de la almibarada Elena, su madre, quien, como quería tanto á su hijo, lo mataba.

Elena no empleaba el caudal de razón, de superioridad y de experiencia de la madre para criar á su hijo, sino solamente el immoderado deseo de complacerlo.

Chucho no era el ser débil y tierno, cuya difícil conservación está encomendada á ese cuidado y desvelo maternal, de que nos dan tan elocuentes ejemplos los animales; no, Chucho era un tiranuelo en pañales que borraba

con el torrente de sus lágrimas toda medida racional para su conservación.

Elena creía firmemente, que su única misión como madre era darle gusto á su hijo.

Las lágrimas de Chucho eran un *ukase* para Elena.

Chucho llorando, hubiera hecho de Elena una heroína.

Elena perdió á girones su lozanía, viéndose en Chucho.

El amor maternal estaba representado por el conjunto de todas las condescendencias; y nunca mayor suma de tiranía estuvo representada en sultan tan pequeño.

Chucho nació dominando para que nunca naciera en él la intuición de la primera superioridad: la madre.

Tan luego como Chucho supo pegar, le pegó á su madre. Elena festejó esta primera gracia, admirándose ingenuamente de la precocidad del niño.

Chucho sabía romper juguetes de alto precio, y era muy afecto á jugar con pesos fuertes, á que llamaba *medios*.

Efectivamente son el medio que conduce al hombre á todos los fines.

Elena, en suma, era la madre más mimosa que se conoce: era casi tan consentidora y tolerante como la patria, y Chucho asumía la soberanía nacional.

Así fué creciendo Chucho, objeto siempre, y á pesar de todo, del más acendrado de los cariños.

Chucho era uno de los niños más bien vestidos y más bien aseados que se conocen, pues el aseo era una de las pasiones dominantes en Elena.

Chucho era, además, un niño muy bonito, que le disputaba la hermosura á su madre.

Elena estaba loca de gusto.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTEVIDEO, IMPRINTA

Un día lloraba Chucho á reventar, aturdía, cansaba, alborotaba el mundo.

El niño á quien Elena llamaba su rey, y su idolo, y su todo, tenía un capricho: quería pegarle con su espadita á un niño pobre; la madre del niño pobre estaba pidiendo limosna á Elena.

—¿Como darle gusto á mi hijo? decía esta.— Señora: continuó dirigiéndose á la pobre: ¿quiere usted que mi Chucho le pegue á su hijo de usted?

—¡Señorita! exclamó la pobre.

—No tenga usted cuidado, tome usted esto, y le dió un peso; yo le cambiaré á mi hijo su espadita de fierro por una de cartón.

—¿Y si lastimare á mi hijo, señorita?

—No hay que temerlo, es un juguete; pero vea usted á mi hijo como llora; consienta usted, consienta usted; se lo suplico.

Chucho logró pegarle al niño pobre, madre é hijo quedaron satisfechos.

El niño pobre no lloró; pero la madre pobre sí lloró sobre aquella moneda más valiosa y más amarga que todas.

Hé aquí por qué camino y por medio de qué circunstancias se habían sofocado en el alma de Chucho estos dos sentimientos:

El respeto á la madre, y la consideración á los pobres.

Estas condescendencias habían hecho en la moral de Chucho lo que hacen los jardineros para impedir el nacimiento de una rama en el arbusto; destruir las yemas.

Como los niños le hacían mal á Chucho, y las niñas no, Elena procuraba inculcar á su hijo esta máxima:

—No quieras á los hombres.

—¿Y á las mugeres? preguntaba el angelito.

—A las mugeres, sí.

—Por eso quiero á las niñas de la amiga.

—Y á mí, me quieres?

A ti no.

—Por qué, mi rey?

—Por que no me compras un coche.

—Yo te lo compraré, encanto mío.

—Pero pronto.

—Muy pronto, mañana.

En el fondo de este pequeño diálogo, había otras dos yemas que Elena destruía para que no crecieran las ramas

No crecerían ni la sociabilidad, ni el valor pero en cambio; nacería la pasión por el lujo, sacrificando á este vicio social el amor filial.

Elena y un usurero compraron al día siguiente un lindo cochecito de muelles para Chucho, y en el mismo día un tronco de chivos guarnecidos.

Chucho atesoró con hartura en su pequeño corazón toda la dosis de orgullo de que es capaz un niño.

Elena, toda la vanidad de madre que representaba el papel de rica y hacía feliz á su hijo.

El usurero acumuló otro veinticinco por ciento al crédito de Elena.

Los tres estaban contentos, el cochecito de Chucho hizo gran sensación en *las Cadenas* y en la Alameda.

En ese día no se hizo más que pasear á Chucho.

Chucho estaba más bonito cada día, y despues de sus enfermedades crecía con ese desarrollo lento de los niños débiles, y apenas una tinta sonrosada como de rosa pálida coloreaba sus mejillas.

Elena, no obstante, veía con placer aquel desarrollo; y al notar que las formas del niño se redondeaban aban-

donaba sin dificultad, la idea del vigor varonil, tan deseado en el crecimiento del niño, y se inclinaba á contemplarlo bajo la forma femenil.

Elena había agotado ya todas las modas, y su imaginación se había cansado inventando trajecitos fantásticos para Chucho, hasta que un día le ocurrió vestirlo de muger.

Chucho se exhibió vestido de china.

Estaba encantadora, según Elena; y como Chucho era objeto de repetidos agasajos en traje de hembra, se aficionaba á esta transformación que halagaba su vanidad de niño bonito y mimado.

Esta metamórfosis, y estos mimos, y más de que hablaremos después, iban preparándole á Chucho para más tarde el adecuado y no muy envidiable nombre de Chucho el Niño.

CAPÍTULO II.

En el cual comienza la descripción de las luces, maitines, función y procesión de la virgen de la Merced.

EL 16 de Setiembre del año de 1840, á eso de las siete de la noche, las calles de la Merced ostentaban mayor número de faroles en sus balcones y puertas, no precisamente porque en aquel día se celebrase el trigésimo aniversario de nuestra independencia, sino porque en ese mismo día había comenzado el novenario de Nuestra Señora de la Merced, y este acontecimiento solía entonces conmo-

donaba sin dificultad, la idea del vigor varonil, tan deseado en el crecimiento del niño, y se inclinaba á contemplarlo bajo la forma femenil.

Elena había agotado ya todas las modas, y su imaginación se había cansado inventando trajecitos fantásticos para Chucho, hasta que un día le ocurrió vestirlo de muger.

Chucho se exhibió vestido de china.

Estaba encantadora, según Elena; y como Chucho era objeto de repetidos agasajos en traje de hembra, se aficionaba á esta transformación que halagaba su vanidad de niño bonito y mimado.

Esta metamórfosis, y estos mimos, y más de que hablaremos después, iban preparándole á Chucho para más tarde el adecuado y no muy envidiable nombre de Chucho el Niño.

CAPÍTULO II.

En el cual comienza la descripción de las luces, maitines, función y procesión de la virgen de la Merced.

EL 16 de Setiembre del año de 1840, á eso de las siete de la noche, las calles de la Merced ostentaban mayor número de faroles en sus balcones y puertas, no precisamente porque en aquel día se celebrase el trigésimo aniversario de nuestra independencia, sino porque en ese mismo día había comenzado el novenario de Nuestra Señora de la Merced, y este acontecimiento solía entonces conmo-

ver más á los fieles que todas las glorias de la patria.

Hacia dos meses que en el viejo convento de la Merced se notaba un movimiento desusado: los frailes habían celebrado ya varios capítulos y se habían puesto en comunicación activa con los hermanos de una archicofradía y con varios vecinos ricos y devotos.

Entre estos, ocupa un lugar preferente el Sr. D. Pedro María*** que durante veintinueve años no recordaba haber faltado un solo domingo á la misa de once, ni á ninguna de las fiestas titulares.

Era Don Pedro María un hombre hecho y derecho, empleado en Palacio, y reputado como uno de los fieles devotos, de arregladas costumbres é intachable conducta. Tenía entrada franca al claustro, y franca amistad con todos los frailes, desde el padre

maestro hasta el perrero, desde el organista hasta el campanero.

Don Pedro tenía un carácter afable, y aire de jovialidad y de franqueza, que es por lo geual el indicio de una conciencia pura.

—Padre procurador, le decía á un frailazo que aparecía en el átrio del templo; es necesario que no escondas los tomines, porque la función de este año ha de ser la mejor que se haya visto.

—Como que se estrenan ornamentos, señor don Pedro.

—Ya visité á las señoras que los están bordando.

—¡Fué usted á la casa!

—¡Te admiras?

—No, sino que nada me han dicho.

—¡Ah, bribonazo!.....

—Señor don Pedro, no sea usted temerario.

Don Pedro se rió con la mayor naturalidad, y el fraile se mordió los labios.

—Usted tan chancista como siempre, dijo el fraile procurador cuando don Pedro acabó de reírse.

Efectivamente, don Pedro tenía fama de chancista, y todos los padres le toleraban sus bromas en gracia de su habilidad y talento, y porque don Pedro los conocía á todos como á sus manos.

No cesaba el trajín de los sacristanes de número y supernumerarios, quienes del día á la noche desempolvaban, lavaban, y aderezaban santos, altares, atriles, ornamentos y estandartes, y removían la palizada de las bodegas y revolvían aquella casa de Dios de arriba á abajo.

El padre procurador tenía un quehacer extraordinario con los colecto-

res, hermanos limosneros, sacristanes, mendicantes, y fieles donantes fervorosos de motu propio; todos causantes de una de las contribuciones más hábilmente establecidas, y que gobierno civil ó ministro de hacienda alguno, no ha podido plantear ni con la reforma.

—¿Estás solo en el convento, padre procurador?

—Sí, señor don Pedro María.

—¿Y los padres?

—Vea usted, señor; el padre Catarino, el padre Martinez y el padre José María, mi primo, andan con alcancía colectando en los mercados: el padre secretario y el padre doctor andan también colectando en las casas, con las bandejas de plata; el padre Jorje está ahora en la casa de uno de los abogados del convento, porque según he oído decir, es necesario embargar á más de quince inquilinos pobres, por-

que falta mucho para completar lo de la cera, y todavía no hay ni para los fuegos artificiales.

—Ah! sería una lástima, dijo don Pedro María; ¡qué escándalo sería para el vecindario, que nos quedáramos sin castillos! no lo permita Dios, padre procurador; que embarguen, que embarguen á esos inquilinos, que además de ser morosos son malos católicos.

—Vea usted, señor don Pedro María, eso está muy enredado, porque andan con que si las niñas del 18 son menores; y con que las otras de la casa chica, son medio parientas del padre secretario, y que te fué y que te vino, y que si contra las mugeres no puede la ley, y ya sabe usted, señor don Pedro María, que no faltan chismes, y que á la hora de pagar salen los empeños, y ya sabe usted.... como las casas se dán..... así, por empeño de

los mismos padres..... luego salimos. ...

—Pues no hay más que justicia seca, padre procurador.

—Esa fué mi opinión en el Capítulo, porque, figúrese usted; el padre procurador es todo: se trata de la función y ¡ave María purísima! no tengo cabeza; padre procurador por aquí y padre procurador por allá; y el padre procurador que pague las reposiciones y los salarios, y los sastres y la cera y la música, y el banquete.

—¡Ah, ah! exclamó D. Pedro María al recordar el banquete; y lamiéndose los labios, agregó: cuidado, padre procurador, con no poner en la mesa aquellos chiles rellenos en nogada, que le costaron un miserere al padre Cayetano.

—Y los bobos rellenos, señor don Pedro María, y sobre todo aquel vino español, que lo puso á usted tan alegre.

— Sí, sí; el vinito, el vinito.

— Nos hará usted otros versos, por de contado.

— Ya no hago versos, ya sabes, padre procurador, que yo soy prosaico.

— Nada de eso, nada de eso; y los sonetos del año pasado?

— Son de mis hijos, mis hijos poetizan; como están estudiando.

— Y que tal?

— Pablito, es el que más le sopla la musa.

— Oiga!

— Sí, padre, le *intelige, le intelige*.

— Pues que Dios y María Santísima de la Merced, se los conserve á usted por muchos años.

— Así sea; pero ¡diablo! ya van á dar las once y sale la misa, hasta luego, padre procurador.

— Hasta luego, señor don Pedro María; vaya usted en hora buena.

El padre procurador continuó ocupándose con asiduidad en sus complicadas atenciones, pues se trataba de aumentar las entradas en aquellos días críticos, y durante los cuales la función titular era el gran negocio, que ocupaba exclusivamente la atención del padre Provincial, de la comunidad, de los dependientes, sacristanes, acólitos y limosneros y de la mayor parte de los veinte mil vecinos que rodean el convento.

Se han hecho los nombramientos de celebrantes, predicadores, diáconos, ayudantes y monaguillos, se han provisto las plazas supernumerarias de campaneros y sacristanes; se ha acordado dar un espléndido banquete dentro del convento en honra y gloria de la santa patrona; se han reformado, recosido y relujado los ornamentos; se está limpiando la plata, y se hacen im-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY MEXICO

portantes reparaciones en santos, blandones y muebles, y todo esto durante quince días, con el acompañamiento de una *réfa* ó *sol* largo como un zumbido de oídos y penetrante como una punzada.

Estas notas largas las está dando el órgano todo el día, porque lo están afinando y esta es obra más larga de lo que parece.

Ha habido una junta de blancos mercedarios y negros coheteros, para dilucidar detenidamente la importante cuestión de fuegos artificiales, á los que contribuyen especialmente los panaderos, vendidos y empeñados, y que en un arranque de fervor religioso se han empeñado por otros seis meses más, por tal de que los fuegos estén buenos.

La limosna cotidiana colectada á las puertas del templo, ha aumentado

un setecientos por ciento con solo cambiar el tema; el limosnero hace un mes que está pidiendo para la cera de la función titular por intención de los que dán su limosna, en lugar de pedir por la redención de cautivos por amor de Dios.

Los fieles que han dado todo el año para redimir cautivos, sin saber de qué cautivos se trata, dán ahora con más razón, porque saben de qué cohetes y de qué cera les hablan.

Los limosneros ambulantes armados de alcancías y de charolas, recorren todo el barrio con mucha escrupulosidad porqué no haya quien se ofenda ni tache á los limosneros de parcialidad y preferencias odiosas; de manera que van de puerta en puerta, de casa en casa, de puesto en puesto y de vecino en vecino, haciendo la colecta, á cuya idea, idea inocentemente retozo-

na, sonrie la buñolera, la portera, el pulquero, el fondista, el cacahuatero y toda la numerosa falange de tratantes en pequeño, con la firme creencia de que el rehusar el óbolo á la iglesia, les acarrearía la desgracia en sus especulaciones, por pecadores indignos de la protección del cielo.

Acaban de entrar dos mercedarios en una casa baja, de pobre apariencia.

Matiana les salió al encuentro.

Matiana es una muger gorda, aseada y de cierto aplomo, que ha marchitado su juventud al calor de las hornillas y entre los gases de la cocina.

Matiana es una magnífica cocinera.

—Buenos días, Matiana, dijeron los frailes.

—Buenos se los de Dios á sus paternidades, padrecitos.

A la palabra padrecitos aparecieron dos muchachas, las hijas de Matiana.

Eran las tales, dos apiñonadas, de ojos negros como el ala del cuervo, de largas trenzas, flexibles de cintura, vivarachas y listas, zandungueras, y capaces de de ciruna claridad al más pintado.

La hijas de Matiana, lo primero que hicieron fué besarle la mano á los padrecitos.

Despues, fueron á traer cada una su limosna.

Vicenta, que era la más lista, dijo á uno de los frailes, contando un puñado de monedas de cobre y de plata.

—Vamos, padre, aquí está, esto, pero con una condición.

—¿Cuál? preguntó el fraile.

—Que la Virgen me conceda vender mejor que hace un año.

—¿No vendiste bien tus buñuelos?

—Siempre me sobró masa y tuve que hacer *humildes*, y no se acuerda su pa-

ternidad que le envíe un platito?... Con que porque me vaya bien; dijo, y arrojó en la bandeja del convento su puñado de monedas.

—Dios te conceda venderlo todo, aunque no me mandes *humildes*, hijita.

—Muchas gracias, padre.

La hermana de Vicenta y Matiana dieron su limosna, cuando ya una nube de muchachos rodeaba á los padres.

Estos chicos se disputan el honor de besar la mano á los padres, pero estos les presentaban el hábito blanco, y los muchachos se conformaban con la lana en vez de la carne, que siempre era algo.

Matiana tenía, además, un hijo que hacía zapatos.

Se llamaba Antonio. Por lo general empezaba á trabajar el jueves de cada semana, el viernes era un modelo de

actividad, el sábado velaba y echaba los pulmones por la boca, el domingo recibía el producto de su trabajo y se vestía de limpio, el lunes se emborrachaba y lo gastaba todo, el martes dormía la mona, el miércoles volvía á buscar trabajo, y el jueves empezaba á trabajar.

Este es el modelo de algunos miles de artesanos en México.

Su vida está invariablemente sujeta á ese programa, solo interrumpido por una que otra semana que mudan temperamento en la cárcel.

Pero en honra y gloria del culto religioso externo, debemos decir que Antonio se desconocía á sí mismo en Setiembre.

En Setiembre trabajaba Antonio toda la semana, y en acercándose los días del novenario de la Virgen de la Merced, el zapatero velaba todas las noches.

Durante todo el año estaban satisfechas todas sus necesidades, inclusa la necesidad extraordinaria, la de embriagarse; pero en Setiembre Antonio tenía que cubrir atenciones de otro género.

Obraba entonces al impulso de un móvil poderoso.

Su fé religiosa.

Dar limosna al convento era para Antonio una necesidad imperiosa, una costumbre arraigada, y un medio empleado de buena fé para salir bien en lances apurados.

Cuando Antonio, ébrio, armaba un escándalo y se libraba, merced á sus piernas, de las garras de la policía, reflexionaba después muy seriamente en que aquella chiripa era la intercesión de María Santísima de la Merced, su santa patrona, quién se manifestaba agradecida á las limosnas de Antonio en todos los mometos críticos.

Estas limosnas eran, pues, para Antonio una cómoda transacción con sus vicios, pues lejos de pensar alguna vez en no emborracharse, lo cual hubiera sido más conveniente para él y más agradable á la santa patrona, revalidaba anualmente su suscripción de *seguros* contra todo género de perances.

Antonio podía, durante un año, ser lo más malo y pernicioso posible; pero en Setiembre se abstenía de libaciones y otras cosas, para hacer zapatos de una manera infatigable.

El producto de estos desvelos, en nada mejoraba su posición ni le proporcionaba en manera alguna comodidad para los meses subsecuentes.

Muy al contrario, Antonio, en los días de la octava, empeñaba la herramienta y la camisa, hasta que algún compadre lo habilitaba de nueva cuen-

ta para anudar de nuevo el hilo de sus costumbres.

En la octava, Antonio estaba pobre, pero tranquilo, y se entretenía en contar á sus amigos que el producto de su trabajo lo había repartido de este modo:

Primero; había dado limosna al convento antes de la función; después había dado limosna para las misas que se dicen todos los días de la novena, por intención de los que dan su limosna; había contribuido para los fuegos artificiales, y después para dos *toritos* que se quemaron en su calle; había comprado flores y obleas arrojadizas el día de la procesión, había consumido una gran cantidad de golosinas las noches de las luces hasta lograr enfermarse, y el resto de sus ahorros, finalmente, lo había empleado en pulque.

Durante nueve años Antonio había

hecho lo mismo invariablemente y tenía veinticinco.

Matiana, que como hemos dicho, es una muger fresca, obesa y magnífica cocinera, se propone hacer un bonito negocio (que efectivamente hacía) tomando en arrendamiento una accesoría y estableciendo una fonda que duraba abierta el mes de las fiestas.

Vicenta hace buñuelos, para lo que según la fama, Dios le dió gracia especial, pues no es más fino el cambray batista ni la gasa de Italia que los aéreos buñuelos de las bonitas manos de Vicenta.

Susana la hermana de Vicenta, que no la casta, hace unos tamales de chuparse los dedos.

Y Matiana, Vicenta y Susana, contribuyen con fé ardiente y zelo religioso al culto, con el producto de sus industrias respectivas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONDO REYES
1925

36206

Hacen todos los días sus cuentas, y convienen en que nueve días del novenario y ocho de la octava, son diez y siete, de tanto trabajo como lucro, y de tanta animación como alegría.

Los chicos sueñan con los *castillos*, con los *toritos*, con los *cohetes corridizos*, con la procesión, con los títeres y con todo un complicado y largo programa de diversiones.

Las muchachas preparan, confeccionan ó desempeñan sus enaguas y rebozos de lujo, y ya en los días más próximos al día grande, quiere decir, al 24, las hijas de Matiana son verdaderos tipos de limpieza y donaire con sus enaguas de cástor ó de mascadas y sus zapatitos de raso de color, que no hay más que pedir.

Ya en esos días han logrado atraerse las largas miradas de algún calaverón que dá en pasar por allí, ya han

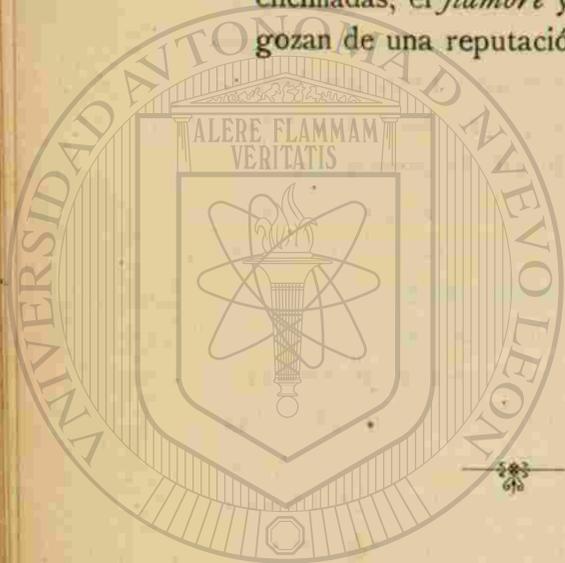
hecho pensar en muchas cosas subversivas á los gachupines de la tienda de la esquina, que las camelan con nuevo ímpetu en el novenario; porque entonces todo sube de punto, hasta el amor; y ya en fin han recibido serias reconvencciones del novio oficial, por la inusitada compostura que está siendo causa de más de cuatro cosas.

Matiana, aumenta el número de comensales solo al incitante olor del pipian succulento y del nacional mole de guajolote.

Matiana, nutriéndose por absorción durante un mes, se elabora felizmente á sí misma algunos centímetros cúbicos de humanidad, y toda ella respira bienestar y dicha á todas horas.

Algunas familias acomodadas del vecindario, no vacilan en concurrir una que otra noche á la fonda de Matiana, como por vía de calaverada, y otras

consumen desde su casa las incitantes enchiladas, el *fiambre* y el *pipián*, que gozan de una reputación tradicional.



CAPÍTULO III.

Sigue la colecta en la casa de Don Pedro María.

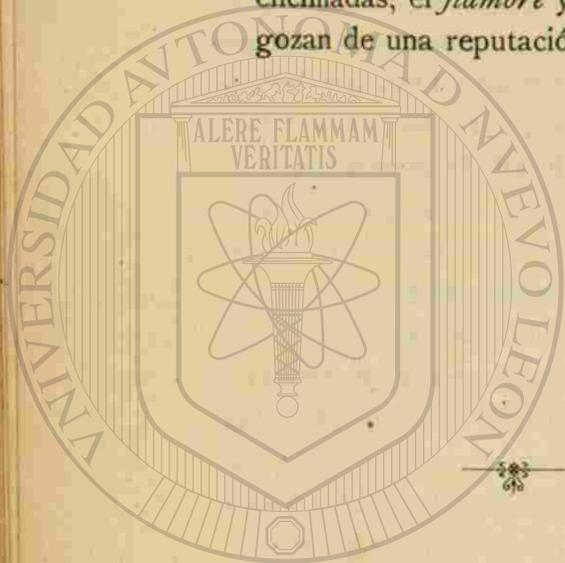
Los padres mercenarios acaban de subir las escaleras de la casa de D. Pedro María.

La portera los dejó subir, registrando su bolsa para darles al bajar.

La recamarera, muchachuela alegre y franca, corrió á avisar y enseguida invitó á los padres á pasar á la sala.

La señora de la casa era una señora muy amable, de *muy buen humor*, vecina vieja del barrio, piadosa, arreglada y buena.

consumen desde su casa las incitantes enchiladas, el *fiambre* y el *pipián*, que gozan de una reputación tradicional.



CAPÍTULO III.

Sigue la colecta en la casa de Don Pedro María.

Los padres mercenarios acaban de subir las escaleras de la casa de D. Pedro María.

La portera los dejó subir, registrando su bolsa para darles al bajar.

La recamarera, muchachuela alegre y franca, corrió á avisar y enseguida invitó á los padres á pasar á la sala.

La señora de la casa era una señora muy amable, de *muy buen humor*, vecina vieja del barrio, piadosa, arreglada y buena.

—Buenos días, padres, dijo en el momento de ver á los mercedarios; que tal vamos de colecta?

—Regular, mi señora doña Rosario, contestó el más viejo, ya sabe usted que los fieles en estos días se esmeran en sus piadosas manifestaciones hácia María Santísima.

Efectivamente, la bandeja de plata que cargaba el padre joven estaba rebosando.

—¡Ah! dijo doña Rosario; viendo la bandeja, ya veo, ya veo que no estamos mal. Por mi parte, aunque con mucha mortificación...

—No se mortifique usted, mi señora doña Rosario, que Dios recibe todo y la Provincia de Nuestra Señora también.

—Los negocios de mi marido no andan bien, y luego tenía familia... ya sabe usted, tenemos Merced en casa y ya calculará usted lo que se gasta.

Todo esto lo decía doña Rosario revolviendo entre sus dedos un manojito de llaves.

—Lo que se pueda, lo que se pueda, mi señora...

—Estoy con ustedes, dijo á los padres, pero sirvanse ustedes sentarse aún que no me tardo.

Los padres iban á sentarse.

—Por aquí, indicó doña Rosario... en el sofá estarán ustedes mejor.

—No se moleste usted.

El padre viejo se sentó en el sofá y el joven, teniendo miedo á los resortes, descansó en una silla, se puso la bandeja sobre las rodillas y estiró los brazos que traía entumecidos.

No tardó en salir doña Rosario trayendo dos escudos de oro que depositó en la bandeja.

—Dios pague la caridad, dijo el padre y entregó á doña Rosario una estampa de la Virgen de la Merced.

La noticia de que allí estaban los padres colectores corrió hasta la cocina, de manera que cuando estos salían, todos los criados de la casa los esperaban en el corredor y pusieron cada uno en la bandeja su limosna.

Don Pedro María era un viejo empleado en Palacio, hombre probo y de buenas y dulces costumbres.

Como además de su sueldo tenía algunos negocitos, hacía también algunos días que hojeaba libros y removía papeles para facilitar un ingreso extraordinario á sus fondos con motivo de acercarse el día de Nuestra Señora de la Merced, para cuyo día solemne se hacían ya grandes preparativos.

Ya había ido el carpintero á barnizar los muebles, el hojalatero componía los faroles, y don Pedro estaba preparando á la sordina además de las compras ostensibles, algunas de sor-

presa y de obsequio á su hija Mercedes, como por ejemplo, una vajilla, unos aretes y otras chácharas.

Doña Rosario, por su parte, había tomado efectos en el cajón de Orvañanos, calle de la Monterilla; y hacía días que en unión de sus dos hijas, Mercedes y Angelita, entraba y salía á las sederías, á las tiendas de ropa y á las mercerías, habilitándose de encajes, botones, lazos, y esos cien mil dijes indispensables entre señoras que van á estar de fiesta.

La imaginación de estas dos niñas, hijas felices y mimadas, se perdía en el intrincado dédalo de un programa risueño y subversivo, pasando rápidamente á cada rato por el campo brillante de su fantasía, como en las combinaciones de un cromotropo y sucesivamente, estos nombres: las luces, los cohetes, los chocolates, los dulces, las

visitas, los novios, el novio, la procesión, la comida, el baile, los vestidos, el vals, las cuelgas, el matrimonio, la felicidad, en fin, bajo todos los prismas y en la más deslumbradora de las confusiones.

La señora doña Rosario, que es persona de sociedad é incapaz de olvidar ningún detalle, ha empezado á hacer visitas, quiere decir, ha ido recorriendo la larga lista de sus amistades, empezando por aquellas con quienes se encontraba más en descubierto, ó como ella decía, *endrogada*.

La cuestión de relaciones amistosas, la deja la señora doña Rosario cada año como un pelo.

Pero no como un pelo que se revienta, como cuando la suspensión de nuestras convenciones diplomáticas, sino como un pelo, de ese que se usa para hacer esta comparación, que no sabemos de donde venga.

Doña Rosario se aparece á principios de Setiembre en las casas de sus antiguas amigas, y después de las amistosas y mútuas recriminaciones, acaba doña Rosario por convidar á sus amigas á las luces, á la procesión, á la comida y al baile del 24; las amigas después de fingir todas las dificultades imaginables acaban por aceptar en conjunto todos los convites.

Arregladas las relaciones exteriores, Doña Rosario toma á su cargo la cartera de gobernación, como ministro nuevo, y comienza por la policía de la casa, también como ministro nuevo, y sigue el tráfico de freganderas y el ruido de escobetas que es un gusto.

No ha descuidado ir en persona á buscar á la cocinera de los días grandes, y eso con anticipación para que no se comprometa en otra parte.

Merced y Angelita piden moldes

prestados, consultan figurines y á sus amigas más elegantes, cortan y cosen incesantemente y les parecen largos los días anteriores al de la fiesta.

Cuentan ya con algunas amiguitas de confianza para que las acompañen en todo, así como Don Pedro María ha convidado á algunos compañeros de oficina, á algunas personas graves, al padre Martínez y al señor cura de San Pablo, ambos á dos sus compañeros de tresillo.

Don Pedro María para completar su dicha, tiene un hijo grande de quien no hemos hablado: Pablito.

Pablito estudia cuarto año de leyes, es un jovencito que tiene mucho talento segun su papá y su mamá, hace versos buenos, y ha puesto ya en letras de molde algunos trabajos literarios.

Pablito dijo unos versos en la distribución de premios de su colegio y lo hizo muy bien.

Pablito está enamorado como un bárbaro, y por medio de sus hermanas está á punto de realizar la inocente intriguilla de hacer convidar á su novia para la fiesta de la Merced.

Á las siete de la noche las niñas están vestidas esperando á las visitas, que son obsequiadas entre nueve y diez con bizcochos, dulces y copitas de licor.

Los balcones están adornados con cortinas blancas y con faroles, y las vidrieras permanecen abiertas hasta las doce, para que las visitas gocen del cuadro que presenta la calle, en la que, á cortas distancias están colocados á la orilla de las banquetas numerosos puestos de vendimieras, y mesitas, que son otros tantos figones que prodigan el incitante olor de los varios manimientos y de los chorizones de Toluca.

No hay una sola puerta, balcón ó

ventana en todo el trayecto de las calles que converjen al convento, en donde no alumbren faroles de vidrio ó de papel, y esas calles están literalmente llenas de gente.

Estamos en la sexta noche.

En las cinco precedentes Merced y Angelita han lucido su habilidad en el piano, Don Pedro María, su señora y el señor cura de San Pablo, el padre Martínez y dos señores muy buenos amigos de la casa, forman un corro donde se platica, al principio con gravedad, y después con animación, porque el padre Martínez es muy ocurrente, y el señor cura tiene mucho talento.

El padre Martínez tiene una fisonomía franca y rubicunda, reboza buen humor y bonhomía, y toma chocolate con un apetito envidiable.

Las niñas y los pollos se agrupan á los balcones y pueden, merced al ruido de la calle, decirse muchas cosas.

El ruido es conveniente para los amantes, para no hacer ruido.

La antevíspera del 24 pernoctan en la casa de Don Pedro María algunas amiguitas de las niñas, con objeto de ver la salva al día siguiente.

La salva consiste en el madrugar de todo el vecindario, que á las cuatro de la mañana en punto se vuelve loco de gusto, y hay á esa hora repiques, cohetes y música.

En la noche, tienen lugar en el templo los maitines solemnes, con asistencia de toda la comunidad y con gran orquesta.

Diez mil personas se disputan el honor de entrar al templo, adonde bien pronto dejan satisfecha su curiosidad y salen á gozar de nuevo del animado espectáculo de *las luces* que terminan con *los castillos* y con nuevos repiques.

Todo es gritos y animación, todo es alegría y movimiento. No hay en todo el barrio una sola persona que no contribuya gustosa á formar de aquel cuadro la mas tumultuosa y animada de las diversiones.

Llega el día 24. Toda la casa de Don Pedro María está de fiesta; los criados están muy limpios y la cocina ha recibido refuerzo de batería y de manos.

Las niñas han convertido su recámara en un arsenal de lienzos almidonados, de flores, de encajes, de aromas y después de algunas horas del más complicado, minucioso y difícil tocador, salen Merced y Angelita, radiantes de hermosura, prodigando aromas, vendiendo juventud y lozanía, como flores que acaban de abrirse dentro de un invernáculo.

Las niñas pasan la mayor parte de

la noche en confidencias y cuchicheos, y es tal el alborozo que el sueño huye de sus ojos.

Apenas se exhiben, son contempladas con evidiable deleite por Don Pedro María y doña Rosario, quienes se sientan cómodamente para recrearse en sus hijas, á quienes estudian y analizan con nimio cuidado y no menos interés que cariño: las besan en la frente y en seguida presentan á Merced sus respectivos obsequios.

Merced es el objeto de todas las atenciones, la llaman el santo de la fiesta, y va á recibir, desde la tarjeta dorada y calada de la muger que aseó el corredor, hasta el soneto acróstico de su novio; desde el platón de cocada de la monja ó de la tía anciana, hasta el lujoso devocionario que la regala el padre Martínez.

Se cubren las mesas de plátanos de

dulces, y de obsequio de todo género. Merced goza de esa manera febril con que se goza á los quince años, recibiendo puras las emanaciones del cariño, del amor, de la fé y del entusiasmo.

Merced lloró de gozo: era completamente feliz.

Toda la familia va á la función de iglesia. Merced y Angelita se arrodillaron frente al altar, y poco á poco aquellas dos almas puras, se fueron entregando á una beatitud apacible y dulce.

El estrepitoso acento de la orquesta, que resuena de una manera especial en las bóvedas del templo, conmovía y agitaba las fibras nerviosas de aquellas jóvenes, con ese sacudimiento particular que produce una especie de calosfrío delicioso.

Ese bienestar indecible que experimenta el cuerpo cuando al aseo recién

te sucede la presión de la ropa nueva, el contacto del cambray y de la seda; y esa otra sensación gratisima que engendra la aspiración de un aroma penetrante, esa lucidez con que la imaginación recorre los pasados horizontes de una juventud que es un cielo sin nubes ni tempestades, sino sereno, azul y tranquilo, como el cielo de Abril, y los efluvios místicos de una religión de amor rodeada de los atractivos de un culto deslumbrador y de grandioso aparato; todo esto estaba produciendo en aquellas dos almas sencillas y tiernas, la más completa, la más dulce de las mistificaciones, y por medio de todo ese conjunto de sensaciones y de deslumbramientos, se elevaban Merced y Angelita en esa molición leda, precursora del éxtasis.

Sentían como la sanción absoluta de su dicha, y se entregaban con ardor y

sin esfuerzo á una oración que tenía más de entusiasmo que de piedad, más de placer que de plegaria.

Merced y Angelita habían creído sin esfuerzo, se habían dejado conducir á una felicidad en que se engreían, y en medio de la saciedad de su alma, juntaban el cielo con la tierra.

¡Ah, cuán felices eran! Todavía el aguijón de la duda no había acercado su punta envenenada á sus almas puras; todavía el negro mónstruo de la corrupción actual no había arrojado á su casto seno la bocanada de su aliento inmundo. ¡Amaban y creían!



CAPÍTULO IV.

La comida en la casa de Don Pedro María, las primeras páginas de una historia triste, Chucho el Niño en la procesión.

A la una, la casa de don Pedro María presentaba ya el conjunto más ameno y variado.

Casi todos los asientos de la sala estaban ocupados por las visitas.

En la mesa del centro se ostentaba una variada profusión de tarjetas, con los nombres, desde el del alto funcionario hasta el del criado doméstico jubilado.

Merced y Angelita engalanadas, ra-

sin esfuerzo á una oración que tenía más de entusiasmo que de piedad, más de placer que de plegaria.

Merced y Angelita habían creído sin esfuerzo, se habían dejado conducir á una felicidad en que se engreían, y en medio de la saciedad de su alma, juntaban el cielo con la tierra.

¡Ah, cuán felices eran! Todavía el aguijón de la duda no había acercado su punta envenenada á sus almas puras; todavía el negro mónstruo de la corrupción actual no había arrojado á su casto seno la bocanada de su aliento inmundo. ¡Amaban y creían!



CAPÍTULO IV.

La comida en la casa de Don Pedro María, las primeras páginas de una historia triste, Chucho el Niño en la procesión.

A la una, la casa de don Pedro María presentaba ya el conjunto más ameno y variado.

Casi todos los asientos de la sala estaban ocupados por las visitas.

En la mesa del centro se ostentaba una variada profusión de tarjetas, con los nombres, desde el del alto funcionario hasta el del criado doméstico jubilado.

Merced y Angelita engalanadas, ra-

diantes de aseo y de compostura, eran el centro de todas las atenciones.

Acaban de entrar á la sala, saludando graciosamente, tres jóvenes.

Uno es Pablito, el hermano de Mercedes y Angelita.

Otro es Carlos, el novio de Mercedes.

Y el tercero Gustavo, novio de Angelita.

Los tres, por lo tanto, causaron sensación en la concurrencia, porque merced á aquella intriga de que hablamos antes, la novia de Pablito estaba en la sala.

Al observador le hubiera bastado mirar para leer las tres historias de amor.

La de Mercedes en el color de sus mejillas, porque desde el momento en que se presentó Carlos, Mercedes se puso más colorada de lo que estaba.

Angelita se denunció por un estremecimiento nervioso, y la novia de Pablito se hizo reo del mismo delito, porque dejó traslucir su disimulo.

De las tres historias de amor iniciadas, la de Mercedes merece nuestra preferencia y de ella nos ocuparemos en seguida.

Diremos por que.

Mercedes era un alma, tipo de pureza, y estaba predestinada á ser la víctima de las ideas nuevas.

Para el escritor de costumbres hay un mundo en esta palabra: *Reforma*.

La historia de Mercedes nos va á proporcionar la ocasión de presentar al lector la sinópsis de los efectos morales de la reforma en uno de sus mil resultados.

Hé aquí los elementos de las posteriores complicaciones.

La familia de don Pedro María pertenecía al antiguo régimen.

Cárlos iba adelante.

Merced era una hechura: la sugestión, la orden y la regla prescrita eran su guía: estaba acostumbrada á obedecer pasivamente y sin esfuerzo; la docilidad más perfecta se lo hacía todo fácil, y vivía casi sin responsabilidad moral.

Cárlos, por el contrario, se pertenecía á sí mismo, se elevaba; y su sed de saber le había hecho traspasar ya la barrera de la coacción moral; discurría con independencia, pensaba por su cuenta, analizaba.

No obstante estos elementos contrapuestos, Mercedes y Cárlos se amaban; y si se le preguntaba á Mercedes porque amaba á Cárlos, contestaba:

—Porque es muy buen mozo y muy simpático.

Cárlos amaba á Mercedes, porque Mercedes era un ángel.

Las dos causales, como se vé, eran las razones torales del amor.

El ruido, que como hemos dicho es tan propicio á los amantes, permitió á Merced y á Cárlos dialogar, aunque para ésto les hubiera sido preciso emplear algunos preliminares estratégicos.

—Qué bella está usted hoy, Mercedes.

Mercedes dió las gracias con una de esas miradas que las mugeres tienen á su disposición, y que les sirven más que las palabras.

—Mamá ha notado algo, dijo Mercedes después de la mirada.

—¿Le ha dicho á usted?

—No.

—¿Entónces?.....

—Lo conozco en que tuvo más empeño que nunca en que me confesara.

Cárlos hizo un gesto.

—¿Y el señor don Pedro María?

—Mi papá no se fija en nada.

Este diálogo fué interrumpido por la llegada de los convidados que faltaban. Eran unas amiguitas, quienes después de los besos y mimos de costumbre se pusieron á ver las *cuelgas* y á analizar todos los obsequios hechos á Mercedes ese día.

La señora doña Rosario no tardó en presentarse en la sala á dar á los convidados la buena noticia de que la sopa estaba en la mesa.

Cárlos ofreció el brazo á Mercedes, Gustavo á Angelita, Pablito á su novia, y así cada galán eligió compañera á su gusto.

Un momento después el comedor presentaba un conjunto de los más agradables.

Había más de cincuenta personas, número mayor que el de cubiertos, y aquí fué Troya: eliminóse á los mucha-

chos como medida extrema y se les improvisó una segunda mesa en un rincón; en seguida se escurrió una anciana, después, se estrecharon las distancias hasta que por último, se colocaron todos.

El padre Martinez fué el primero que le hizo públicos honores á la suculenta sopa de raviolos, preparados por la señora de la casa.

El padre Martinez *repitió*, y á su ejemplo dos tías y algunos convidados.

Pablito estaba fatigadísimo haciendo los honores de la mesa, por librar á su mamá de esta tarea; y había tomado á pechos la de distribuir en platos un enorme platón colmado de disímbo-
las, legumbres y menudencias: pidió auxilio á sus adláteres y acabó proponiéndose no volver en su vida á ser distribuidor del complicado *puchero español*, en días solemnes.

Un pollo después de haber apurado tres copas, se atrevió á decir:

—Qué brinde el padre Martinez.

—Sí, sí, sí! repitieron todos.

—Vamos, padre Martinez, usted despunta; dijo con cierta autoridad don Pedro María.

El padre Martinez acabó con su último bocado, se pasó la servilleta por los labios se puso en pie, y dijo:

En este plausible día
De reunión tan placentera,
De oro cítara quisiera
Para cantar mi alegría;
Mas no todo lo que ansía
Puede conseguir mi amor,
Ni me da todo el favor
Hoy aquí la musa mía,
Pues el profeta decía
Vinum lactificet cor.

Resonó un estrepitoso aplauso, que se prolongó al ruido que hicieron to-

dos los muchachos, repicando con los cubiertos y los vasos.

—Eso quiere decir, exclamó don Pedro María, que el padre Martinez necesita beber más para estar contento.

—No lo permita Dios señor don Pedro.

—A ver esa otra botella de Medoc;

—¿ó prefiere usted el tinto de la Rioja?

—Pero, señor don Pedro...

—Nada, padre Martinez, usted lo ha dicho: *Vinum lactifice cor*; conque á beber, á beber!

—Van á embolar al padre, dijo una polla.

—Me alegraré, dijo otra, poque se pone chulísimo.

—¿Qué quiere decir eso de *lactifice cor*? preguntó una niña.

—Que el vino alegra el corazón, muchacha, contestó el señor cura.

—¡Pablito! que brinde Pablito! gritaron los muchachos.

—Pablito... dijo en tono de súplica una polla.

—¡Pablo! dijo Angelita ratificando. La novia de Pablito no le dijo nada, Pero lo miró.

Pablito esperaba solo esto para desenvolver un cartapacio.

—Silencio! que no hagan ruido en la cocina, gritó doña Rosario.

—¡Esos niños! dijo una voz.

—Atención, que va á brindar Pablito.

Pablito se puso de pié, dirigió una mirada á su novia, después otra á Mercedes, tomó una actitud parlamentaria y prorumpió de esta manera.

«Dadme vino; en él se ahoguen
Los recuerdos; confundida
Sin cesar huya la vida;
Paz me traiga el ataúd.—(Espronceda.)»

Desdobló de nuevo el papel, hizo una pausa, tosió, y en tono más claro continuó:

«Númen de los ensueños juveniles,
Dame el plectro purísimo del oro,
Y al enjugar las gotas de mi lloro
Dale paz al marchito corazón.»

Después gritando y subiéndose medio punto de orquesta, continuó:

«¡¡¡Porque ya siento aquí todo un in-fierno,
Que mi pobre existencia martiriza...!!!
Y entre horribles tormentos agoniza,
Agoniza!... el marchito corazón...!»

¡Hermana amante que en la senda de flores
Vas recogiendo de virtud la palma,
Recibe las angustias de esta pobre alma
Que al Vesubio semeja en el vapor...!!!!

Al terminar este arranque, hizo otra pausa, y luego continuó con voz apagada:

«Y cuando.. en tumba fría.. mi cuerpo inerte
Descanse... y sea día de tu santo,
¡Mercedes! piensa en mí pues sufrió tanto
En la vida... ¡¡mi marchito corazón!!!

Pablito se dejó caer en la silla.

—¡Bravo! ¡bravo! gritaron muchos.

Los muchachos emprendieron de nuevo el repique porque conocieron que era hora de aplaudir.

Doña Rosario se bebió una lágrima.
La novia de Pablito se entristeció.

—Este muchacho, dijo por lo bajo Don Pedro María al señor cura; este muchacho, con esas ideas tan lúgubres....

—Qué quiere usted, señor Don Pedro, los jóvenes de hoy.... En nuestros tiempos éramos más alegres.

—Hoy lloran más temprano, dijo el padre Martínez.

—¡Bomba por el padre Martínez! dijo un atrevido.

—Padre Martínez, una bomba por Mercedita.

—Ahora le toca al señor Don Carlos, contestó el padre Martínez, dirigiendo una mirada al novio de Mercedes.

—Con mucho gusto, dijo este, tomando una copa y poniéndose en pie:

—«Brindo, continuó, por la prosperidad y la dicha de una familia tan recomendable y tan virtuosa como la del señor don Pedro: porque ni una sola nube empañe el horizonte de sus días, recogiendo sin cesar los ópimos frutos de las virtudes de que es dechado.

Brindo por la felicidad de Mercedita.

Este brindis no fué muy aplaudido; pero en cambio fué entonces cuando Don Pedro María sintió enternecerse, y entonces cuando Mercedes creyó encontrar algo muy superior en Carlos.

—¿Qué le pareció á usted el brin-

dis de Carlos? le dijo una polla á Pablo.

—Este Carlos es muy serio, la da de diplomático.

—¡Ahora mi papá! gritó Angelita; también hace versos.

—Ya me lo sospechaba, dijo el señor cura.

—Yo no, absolutamente; eso se queda para Pablito mi hijo.

—¡Bomba por mi papá! gritó un chico.

—Vamos, señor Don Pedro, dijo el padre Martínez; no hay escapatoria. ¡Bomba por el señor Don Pedro!

—Pero si yo no improviso.

—¡Bomba, bomba! dijeron todos.

—Pero, ¡señores! ¿No es verdad, Rosario, que yo no hago versos? agregó dirigiéndose á su muger.

—¡Digo la verdad! preguntó doña Rosario, con una cara que revelaba

que allá en su imaginación revoloteaban algunos recuerdos de su juventud.

—Sí; pero....

—No de los que me has hecho á mí.

—¡Hola, hola! exclamó el padre Martínez. Eso era seguro.

—Sí; pero allá.... cuando joven ... eso es otra cosa.

—Voy á denunciarlo.

—¡Á ver, á ver!

—Ha hecho un soneto á la Virgen de la Merced.

—¡El soneto, el soneto! dijeron varias voces.

Don Pedro María no encontró más excusas, é hizo una seña á un criado que trajo en seguida un bulto.

Era la edición del soneto, edición arrojadiza que iba á servir para la procesión.

Don Pedro María leyó el siguiente

«SONETO.

«El alto y grande Jove preparaba
De casta Virgen portentosa hechura,
Y por dar todo el lleno á su hermosura
Para los grandes fines que intentaba,
Más y más en su obra se empeñaba
Para hacer más perfecta á su criatura;
Y cuando ya sintiendo su ternura
Que el prodijio tan grande terminaba,
—Ahí va, á Tenocitlan con alegría
Dijo, y según la historia lo calcula,
Aparecióse en un sereno día,
Si tradición no miente ó disimula,
En mula la escultura de María
De la Merced y se perdió la mula.»

—¡Bravo, bravo! gritaron todos; y el aplauso fué más prolongado, en honor del autor y del asunto. Una de las ancianas suspiró con sincero fervor, y pidió un ejemplar, y en seguida pidieron todos.

Pablito se encargó de repartir.

—Exacto, mi señor don Pedro María, exacto; esa es la tradición, dijo el padre Martinez.

—De facto que no cabe duda, dijo el cura, sí señor, que se apareció nuestra Santísima Madre en un cajón en lomos de una mula, ¿Qué de dónde vino esa mula? Nadie lo sabe. ¿Qué quién puso el cajón? Adivina quien te dió; pero es el caso histórico y auténtico, mi señor don Pedro María.

—Yo quise, contestó don Pedro María con modestia, popularizar la tradición, porque siempre es bueno que los pobres que no tienen libros, sepan estas cosas.

—Muy bien hecho, señor don Pedro María, muy bien hecho.

—Porque ya ve usted, por desgracia nuestro pueblo es tan ignorante, señor cura.

—Efectivamente.

—Y nosotros los que sabemos algo tenemos el deber de inculcarle...

—Esto es, la tradición... y fomentar así su piedad religiosa y su... porque no se canse usted, señor don Pedro María, sin religión no hay nada.

La comida estaba en su apogeo: se saboreaba á la sazón los esquisitos chiles rellenos en nogada, por cuyo platillo recibió doña Rosario las felicitaciones de los convidados.

—Yo recomendé al padre procurador, que en la mesa que se sirvió hoy en el convento, dijo don Pedro María, no dejara de ponerse este platillo; soy tan aficionado á él, que aún sin probarlo, me gusta que lo haya en todas partes.

A la hora de postres, la animación de la mesa había subido de punto y se producía ya ese ruido, el ruido propicio de que hemos hablado, y bajo cu-

yo grato rumor los novios dialogaban con holgura.

Todavía resonaron algunos brándis, pero la conversación se había hecho general, y merced á la influencia del vino la expansión era de la más comunicativa y agradable que pueda imaginarse.

Dos tías, las tías de las muchachas habían puesto en sus pañuelos una abundante provisión de pastelitos, frutas y dulces, después de haber encargado á la criada de confianza que les apartara de ciertos platillos.

En esto estaban cuando se oyó el segundo repique.

—El segundo toque, señor don Pedro.

—El café, dijo don Pedro, que traigan el café.

Este repique anunciaba que al siguiente saldría la procesión, lo cual re-

animó á los concurrentes y los obligó á apresurarse para concluir.

Don Pedro María se puso el frac negro y se hizo seguir de un criado que conducía en una primorosa cajita de caoba el santo escapulario de María Santísima, y se dirigió al vecino convento de la Merced.

Las muchachas no tardaron en coronar los balcones de la casa, que estaban adornados con limpias cortinas de musolina y lazos de seda de colores.

En todo el trayecto que se percibía de la calle se veían criados regando y barriendo con desusado esmero: atravesando la calle pendían de acera á acera cordones colgados de tápalos y mascadas; y de trecho en trecho, especialmente en los cruceros de las bocacalles, *arcos de tule* adornados con zempatxochil.

No había puerta, balcón ó ventana en donde no estuviera colgada una cortina, y de las azoteas de algunas casas pendían gallardetes y bandillas de todos colores, que ajitados por el viento de la tarde, presentaban una orla movable y deslumbrante que completaba aquel agradable conjunto abigarrado de cortinas y adornos.

El entusiasmo religioso se hacía más palpable en las panaderías de la carrera de la procesión, porque veinte ó treinta hombres que vivían en una cautividad voluntaria, sentían, tal vez en virtud de su pobre condición, el espíritu de cuerpo, é interrumpían gozosísimos la monotonía de su vida árida y triste, con aquella fiesta anual, que si no los sacaba de su amasijo, los sacaba por lo menos de sus casillas.

En esa época el panadero era un esclavo, un hombre vendido á la sór-

dida avaricia de gachupin tirano y especulador que no recibía trabajadores, sino cuando estos, tal vez para pagar una deuda de honor, vendían á vil precio su trabajo y su libertad de muchos días, y aún de años enteros; por este medio el patrón se hacía de esclavos á quienes imponía su voluntad despótica.

Estos esclavos para quienes todos los días del año eran lo mismo, no vacilaban, en acercándose las fiestas de la Merced, en imponerse una nueva y crecida cuota y en reempeñarse en más, con tal de celebrar dignamente á la Inmaculada Patrona la Santísima Virgen de la Merced.

Generalmente inventaban que un ángel de carne y hueso descendiera por unos cordeles, desde la azotea de la panadería hasta colocarse sobre la cabeza de la divina Imágen para bañarla de flores.

El segundo punto del programa era quemar algunos miles de cohetes, arrojar algunas arrobas de flores deshojadas y de obleas, y por último regalar al pueblo también algunos miles de piezas de pan arrojadizas.

Después del segundo repique, ya los balcones, azoteas, puertas y ventanas, estaban coronadas de gente; y las boca-calles todas que convergían á las calles de la carrera de la procesión, estaban obstruidas por multitud de carruajes; además, todas las banquetas estaban llenas de concurrentes y en algunas partes había largos estrados formados de sillas y bancas que se alquilaban á los que venían de lejos á ver pasar la procesión.

Todo lo cual se comprenderá fácilmente si tenemos en cuenta que en ese día se cerraban las oficinas y el comercio, y que la procesión de la Merced

conmovía, sin excepción, á los doscientos mil habitantes de la capital y aún á algunos otros más de los pueblos vecinos.

Por el centro de las calles discurrían á paso lento los jóvenes amantes, los pollos vecinos de otros barrios, los oficiales de la guarnición vestidos de gala, y en fin, el sexo feo haciendo un aleteo en masa, husmeando pollas y gallinas y deleitándose la vista con la triple hilera de palmitos frescos y rozagantes.

Entonces las gentes se veían unas á otras, y como en virtud de pensamiento religioso no había un solo pollo á quien le diera vergüenza andar en la procesión, ni á quien le ocurriera llamar idolatría á la adoración de la Imágen, ni mucho menos quien se atreviera á burlarse de aquel acto piadoso y de aquella costumbre inveterada, ha-

bía una animación en aquel conjunto y tal homogeneidad, que el acto tenía mucho de solemne y de grandioso.

El tercer repique difundía por los aires un rumor colosal producido por más de cincuenta mil voces: había llegado el momento; la procesión iba á salir. Abría la marcha una escuadra de batidores armados con los relucientes instrumentos de zapa, instrumentos que por entonces sabían más de procesiones que de trabajos de paralelas, de asalto y otros no menos rudos.

Algunos de estos gastadores que en la mente del ministro de la guerra fueron desde su creación hombres robustos y de aspecto imponente, llevaban barbas postizas, porque desde entonces no hemos concebido ni el aire marcial ni la elegancia del soldado, sino al través de los figurines franceses, pero nunca en las líneas puras de la raza azteca.

Después de estos aparentemente feroces guerreros, venían las archicofradías con sus estandartes, los hermanos y el acompañamiento de faroles adornados con penachos de cristal en hilos y con *almendras* y *prismas* colgantes, que producían un ruido particular al chocar con los vidrios planos de los faroles.

Venían después en número considerable niñas vestidas de indias, y niños de polleros, carboneros y vendedores de *buteas*, jaulas, etc.

Esta costumbre era una manifestación pública de que los padres consideraban ya á los indios también como hijos de Dios y herederos de su gloria después de la bula de Su Santidad que se dignó declararlos racionales desde Roma.

Venían atrás niñas vestidas con trajes blancos y coronadas de flores, y á

quienes todo el mundo convenía en llamar *almas gloriosas*.

Multitud de niños seguían también la procesión vestidos de ángeles.

Estos ángeles de procesión, en lo general, bien poco tenían de apocalípticos, ni mucho menos de aéreos, ni de poéticos; pero eran admitidos como tales ángeles, si ceñían su frente con una cinta, en la que se colgaban relumbrones y dijes, cinta que sostenía una gran pluma que nacía en el cerebro del inocente.

Ajustaban el cuerpo del ángel con un corpiño chillante y le ponían una tunicela con el indispensable respingo de un lado, para que le dejase ver su escuálida pierna ligada con cintas rojas.

Las alas, que ni eso les faltaba á los angelitos, eran de papel ó de hojalata, pues en las hojalaterías de entonces, se alquilaban á la par que tinas,

calentaderas y faroles, alas para ángel; artículo que, según la opinión de los hojaleteros modernos, está por los suelos, sin que por eso de los tales hojaleteros se pueda decir que se les han caído las alas.

Entre el numeroso séquito de ángeles, indios, indias y cautivos, que era la especialidad de esta procesión, pues como se sabe, la redención de cautivos fué el gran asunto de la orden; entre esta variedad de gremios, decíamos, descollaban los tres Reyes Magos, reproducción paródica y carnavalesca de aquellos que guiados por la estrella llegaron á la cuna del Salvador.

Estos tres Reyes Magos hacían su segunda exhibición, pues fueron los precursores de las fiestas en el *víctor*.

Este *víctor* era el convite ó el anuncio del novenario, y tenía por objeto repartir las invitaciones impresas en el

vecindario, pero que por mayor pompa se hacía esto sacando un gran carro fantástico en el que eran conducidos la imagen de la Virgen, San Miguel y el diablo, muchos cautivos, un homónimo en muchacho de San Pedro Nolasco, otro de San Ramon Nonato y otros de varios santos mercedarios.

Este carro era precedido por los tres reyes, por algunos moros á caballo y seguido de una música militar y de cien muchachos armados de cañaverales y de banderas, que gritaban hasta alborotar todo el vecindario:

¡Viva Nuestra Señora de la Merced!

Los mismos tres reyes se exhibían en la procesión y algunas veces el mismo carro como en el *víctor*.

Concurrían y formaban parte de la procesión, todos los religiosos de la orden y de las órdenes hermanas; asistían los padres de los Colegios de Por-

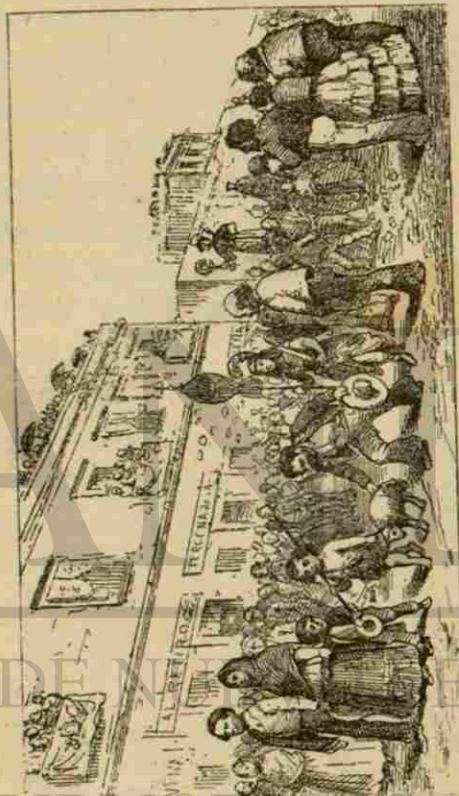
tacœli, San Angel, Merced de las Huertas, San Juanico, San Pablo, San Ramón y los padres dominicos.

En lugar preferente, y ya cerca de la Ilustre Archicofradía y de la comunidad iba San Juan Bautista.

Este era un niño muy hermoso, muy blanco y muy gordo, desnudo y muy güero, muy rizado y medio cubierto solamente con una piel de borrego, blanca como el armiño.

Llevaba una cruz dorada con el lema *ecce agnus dei* e iba conduciendo con un cordón de seda al Cordero Pascual.

Pero como en la raza lanar de aquí (y con total exclusión del sagrado símbolo) no estén arraigadas ciertas costumbres piadosas, al borrego de San Juan había que obligarlo mal de su grado, á andar en la procesión conservando, hasta donde es posible en un borrego, la circunspección debida.



Chucho el Niño en la procesión.

De esta circunspección estaba encargado un criado, que en todo la carrera, y era larga, tenía la misión de empujar á la irrespetuosa oveja por el cuarto trasero.

Junto á San Juan Bautista, iba su mamá, pero vestida y gozándose en la desnudez de su santo.

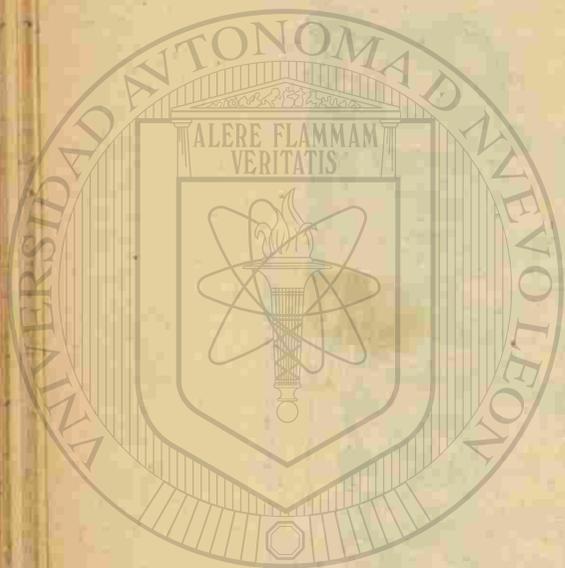
Esta mamá feliz, era Elena.

San Juan Bautista, era Chucho el Ninfo.

Elena, que había gozado tanto con tener un hijo tan lindo, que lo había contemplado absorta vestido de china, lo veía ahora con verdadero transporte vestido, (si por traje se entiende una salea) de San Juan Bautista.

Escusado es decir que el San Juanito, era el que más llamaba la atención en la procesión; ¡era un niño tan blanco y tan güerito!

Traía el estandarte de la orden un



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

padre caracterizado, y las borlas que pendían del estandarte, eran sostenidas por el secretario y otra persona de distinción.

Ventán luego los hermanos de la Archicofradía, con casaquín blanco y azul: entre los hermanos figuraba don Pedro María.

Era este señor un poco calvo, y en días de procesión doña Rosario su mujer lo peinaba con pegajosa bandolina para que el viento no despeinase á don Pedro, y perdiera con un enmarañamiento grotesco su compostura, y con ella su unción piadosa.

Llevaba D. Pedro un grande corbatín, chaleco blanco de piqué, un gran prendedor de diamantes tablas, en la aletilla de la camisa, una corta cadena con sellos de topacio en el reloj que salía bajo la extremidad del chaleco. Vestía un frac negro, exhumado hacía

pocos días de la cómoda y puesto en exhibición algunas horas, para que abandonara el tufo de alcanfor, que es contra la polilla; y el día 24 en fin, el frac había sido cepillado por doña Rosario en persona, con un cepillo humedecido con agua de Colonia.

La bota de D. Pedro, era nueva y un tanto opaca porque según el criado dijo, no había querido cojer la bola.

Llevaba D. Pedro María colgado al cuello, su gran escapulario bordado de oro; en la mano izquierda un mosqueador de papel de dos colores, y en la derecha una vela de cera de á media libra, con una arandela de plata, que D. Pedro María tomaba empuñándola á la vez que una gran mascada de la India, flamante y abigarrada.

Seguía la comunidad de mercedarios, en la que sobresalían uno muy alto y tres con altos y negros copetes en el *cerquillo*.

En seguida venía el gran pálio, conducido por ocho hermanos y bajo el cual marchaba el sacerdote revestido, conduciendo al Divinísimo, y después en unas enormes andas, cargadas por treinta y dos cargadores, la milagrosa imagen de la Virgen de la Merced, ostentando un riquísimo manto azul bordado de oro y perlas.

La imagen llevaba el cabello suelto, aunque á juzgar por el traje y la corona, estaba vestida de gran lujo. La caballera tardó bien poco en desaparecer, bajo una capa de flores deshojadas y obleas, que le habían echado adrede desde las azoteas, que estaban coronadas de gente. Preparadas millares de personas con pañuelos llenos de flores, y pendientes de un cordel por un ángulo los arrojaban con fuerza tirando en seguida del cordel, de manera que figurase un petardo que poblara el aire con una lluvia de flores.

Esta operación repetida cincuenta veces en un corto trecho, llegaba á nublarse el aire, á interceptar la luz, á oscurecer la calle en pleno día.

Detrás de la Virgen, venía una música militar y en seguida un batallón vestido de gala y marchando al paso regular con arma al hombro: después de la tropa y á los lados de la columna caminaban más de dos mil curiosos.

Pasaba la procesión y no por esto se acababa la diversión en las calles de la Merced, pues que para prolongar los regocijos, los panaderos se entretenían en arrojar, desde las azoteas, tortas de pan al pueblo, que se amotinaba ostentando una hambre que no tenía; pero que á pan tirado nunca le hizo gesto, y menos en días de atragantarse á la divino.

En los balcones de la casa de don Pedro María, permanecían Mercedes,

Angelita, Pablito, Cárlos y otras personas, gozando también con el compacto grupo de curiosos devotos, que cogían al vuelo los sonetos impresos del Sr. D. Pedro María, que á pausas y poco á poco salían de las manos de las niñas.



CAPÍTULO V.

La sobremesa del chocolate en la casa de
D. Pedro María.

APENAS comenzó á oscurecer, el comedor de D. Pedro María tomó un nuevo aspecto: sobre blanquísimos manteles de alemanisco se levantaban de trecho en trecho platonos con bizcochos calientes de la bizcochería de Puerto, grandes fuentes y platonos de cocada, antes, cubiletes y pastas de almendra, diáfanos garrafones con agua filtrada, vasos muy limpios y cubiertos relucientes, todo alumbrado con dos candelabros con velas de esperma.

Angelita, Pablito, Cárlos y otras personas, gozando también con el compacto grupo de curiosos devotos, que cogían al vuelo los sonetos impresos del Sr. D. Pedro María, que á pausas y poco á poco salían de las manos de las niñas.



CAPÍTULO V.

La sobremesa del chocolate en la casa de
D. Pedro María.

APENAS comenzó á oscurecer, el comedor de D. Pedro María tomó un nuevo aspecto: sobre blanquísimos manteles de alemanisco se levantaban de trecho en trecho platonos con bizcochos calientes de la bizcochería de Puerto, grandes fuentes y platonos de cocada, antes, cubiletes y pastas de almendra, diáfanos garrafones con agua filtrada, vasos muy limpios y cubiertos relucientes, todo alumbrado con dos candelabros con velas de esperma.

Era la mesa para los chocolates.

La señora Doña Rosario fué también esta vez la que dió la voz, y la concurrencia íntegra se trasladó al comedor.

El padre Martínez, el señor cura, D. Pedro María y otras personas graves tomaron chocolate de Arancivia, con bizcochitos de á cinco, algunas pollas probaron uno que otro dulce, y algunas ancianas y señoras serias tomaron chocolate y dulces, conservas, bizcochos y un vasito de leche endulzada.

En el corro de las personas graves se habia suscitado una gran cuestión á propósito de las fiestas, y el señor cura, que era muy erudito, dijo como la fundación del convento de la Merced no databa sino del año de 1593.

Cabal dijo el padre Martínez. El padre Martínez no lo sabía.

—Eso es, agregó don Pedro María, y eso fué mucho tiempo después de que los franciscanos, los dominicos y los agustinos, estaban ya establecidos.

—Y Fray Bartolomé Olmedo fué el primero que hizo oír á los indios la palabra de Dios, y era mercedario, dijo el cura.

—¿Recuerda usted, padre cura, cuando se principió este convento? preguntó el padre Martínez.

—Ya recordarán ustedes; que los primeros mercedarios tenian un mal local que hacia de seminario en una casa por San Lázaro, hasta que en 20... sí, en 20 de Enero de 1594 pensaron en establecerse en mejor local, y el padre Fray Francisco Jimenez, vicario general que fué en 1601, compró me parece que en 18.000 pesos, varias propiedades á un sacerdote llamado Guillermo Berondate. A estas propie-

dades se fueron agregando otras y allí se fundó el templo.

La primera piedra se colocó como por 1602 por el señor virey, conde de Monterey, en persona. La mina de Zacualpan, explotada por los padres mercedarios, y una cantera de tezontle situada entre los lagos de Chalco y de Texcoco, dieron los gastos de construcción.

—Tiene usted una memoria prodigiosa, señor cura, dijo D. Pedro María.

—Algo, algo me queda, contestó el padre cura; tomó un polvo y siguió diciendo:

—Por entonces los mercedarios habían dependido y dependían de la provincia de Guatemala; pero un breve de su santidad Pablo V, y previa la real cédula de 15 de Junio de... eso es... de 1616, concedió al general de la Orden

la facultad de separarlos y constituirlos en provincia independiente.

—Oiga! sí, sí, algo he sabido yo...

—Y yo también, agregó el padre Martínez, que no sabía nada.

—De modo y manera, continuó el señor cura, que allá por los años de 620 se verificó el primer capítulo: entonces se fundó Merced de las Huertas, unos cinco ó seis años después.

—Pero permítame usted, padre cura, que me atreva á hacer á usted una observación: yo no soy fuerte en fechas, pero tengo mi memoria, y vea usted, entiendo que la iglesia grande no se comenzó sino allá por los años de 1634, quiere decir, algunos años después...

—Efectivamente es usted mi señor; pero yo me he referido á la primera fundación, á la de la capilla.

—Ah! ah! eso es.

—Eso es, repitió el padre Martínez.

—Tanto, que entre las dos columnas de la izquierda de la fachada está la inscripción, sí señor.

—Allí está de facto, dijo el señor cura, 21 de Marzo de 1634 se puso la primera piedra.

—Y ¿á cuanto ascendió la primera suma invertida en el templo?

—Los maestros arquitectos pidieron unos cien mil pesos; pero se gastaron mas de ciento y cincuenta; lo sé porque para completar la primera suma el padre fray Juan de Herrera tuvo la luminosa idea de procurarse una suscripción entre cien personas de á mil pesos cada una, y se juntó de facto.

—¿En calidad de préstamo?

—No, mi señor, ofreciendo el patronato de la obra, y no solo, sino que fueron pagaderos en misas, ejercicios espirituales y otros varios privilegios,

como el de sepultura y otros, como el de sentarse en la banca cubierta con guardapolvo de terciopelo carmesí, en las funciones de la santísima Virgen, y aun en otras.

—Eso sí, continuó el cura, la iglesia no se abrió sino hasta el 30 de Agosto de 1654, en presencia de S. I. el arzobispo metropolitano D. Francisco Manzo y Zúñiga y del virey duque de Alburquerque.

—¿Agosto decía usted, padre cura? interrumpió el padre Martínez que acababa de encontrar una magnífica oportunidad para hablar; Agosto? pues entonces en Setiembre del mismo año fué la primera funcion titular.

—Permítame usted, padre Martínez, es usted mi señor, pero la iglesia no se consagró definitivamente sino hasta el 18 de Enero de 1682.

—¿Cómo así, señor cura! exclamó el

padre Martínez, deseando que el señor cura se hubiese equivocado.

—Hay una prueba de bulto, dijo entonces el señor cura dirigiéndose, no ya al que iba á confundir, sino al señor D. Pedro María; hay una prueba: la inscripción que está en el tercer pilar de la derecha de la gran nave.

—De facto, señor cura, que ya la recuerdo, dice:

«Consagró esta santa iglesia el Ilustrísimo y reverendísimo Maestro don Fray Juan Durán, del real orden de Nuestra Señora de la Merced, redención de cautivos, domingo 18 de Enero de 1682 años, habiéndose dedicado el 30 de Agosto de 1654.»

—Exactamente y muy bien, señor D. Pedro, lo conserva usted en su memoria.

—Vea usted qué casualidad, el domingo me tocó oír la misa junto á la lápida, y la estuve delectando.

—Vamos, padre cura, díganos usted algo del escudo heráldico que aún se conserva en los escapularios, dijo el padre Martínez.

El padre cura tomó otro polvo y continuó:

—La Orden de la Merced fué instituída en 1218 por San Pedro Nolasco, bajo el reinado de D. Jaime de Aragón; fué en un principio compuesta esta orden de caballeros, que tenían un carácter militar: usaban calzón corto, con ataderos y hebillas, el perpunte y la ropa á la española.

—A la española antigua, sí señor, agregó el padre Martínez.

—Y sobre el pecho, continuó el cura, un escudo con una cruz blanca en su parte superior y tres barras de oro sobre fondo rojo, en la parte inferior.

—Cabal, dijo D. Pedro.

—Eso es, repitió el padre Martínez,

y desabrochándose la sotana, sacó por la aletilla de la camisa el escapulario de la Merced, que el padre Martínez acostumbraba traer al cuello, en unión de dos rosarios y otras reliquias.

Don Pedro María también se quitó su prendedor de diamantes tablas y sacó de debajo de la pechera de la camisa, su escapulario, su cera de *agnus*, su rosario y todas sus reliquias.

—Está usted bien provisto, dijo el señor cura á D. Pedro.

—Es mi costumbre; vea usted esta bolsita, padre cura.

—¿Qué hay en ella?

—Son reliquias de Roma, tiene una astilla de la cruz, tierrita del pesebre de Belén, una muela de Santa Apolonia, auténtica, y algunas otras cosas: esta medalla es un obsequio del señor arzobispo.

—Yo también tengo en esa materia

mis preciosidades, pero no tengo astilla de la cruz.

—Es muy rara esta reliquia.

—Pero volvamos al escudo, dijo el padre Martínez, guardando sus reliquias.

—Pues como iba diciendo, la cruz blanca representa que el Orden fué fundado en la diócesis de Barcelona, las barras de oro perpetúan el recuerdo de la salvación de un rey de Aragón que, perseguido por los moros, apoyó su mano ensangrentada contra las murallas, en el momento de salvar un foso peligroso, y dejó allí estampados los dedos.

Los religiosos continuaron usando ese traje hasta la reforma verificada por San Ramón Nonato.

—Es sorprendente la instrucción y la buena memoria del padre cura, exclamó D. Pedro María.

—Favor que usted me hace, señor D. Pedro María.

A la sazón que esto pasaba en el comedor, Pablito y la señora doña Rosario se ocupaban en poner velas en el candil de la sala y en todos los candelabros, y con cada vela una alcachofa de papel encarrujado, verde, blanco y colorado.

Las niñas se habían declarado incommunicadas en la recámara, y se disponían para el baile.

A las ocho llegó una compañía de músicos.

Era Manuel el *pañero*, maestro afamadísimo en aquel barrio; Manuel venía con dos flautas, dos bajos y dos blandones.

Los músicos generalmente no entran sino que se escurren, avanzan con cierta precaución y miramiento, á pesar de que saben que se les espera con ansia

siempre, como parte integrante de una fiesta: pero en el músico hay una timidez que le es peculiar, especialmente cuando tiene el instrumento debajo del brazo.

Manuel y los suyos se deslizaron andando quedito, con su sombrero en una mano y el bandolón en la otra.

Pablito los recibió con una sonrisa. Siempre á los músicos se les recibe con una sonrisa.

Esta sonrisa, la da todo el mundo á buena cuenta de lo que va á gozar.

Los músicos tienen también otra sonrisa dispuesta para contestar, y se sonrien.

Misioneros de paz y de armonía, bien venidos seáis al valle de dolores!

Os sonreimos.

Sentaos sobre nuestro montón de horas negras y tañed. Tened la bon-

dad de aturdirnos y os pagaremos á tanto por hora.

Este *speech* mental se le dirige siempre al músico que se os exhibe, mitad hombre y mitad instrumento.

Algo como todo esto, pasó entre Manuel el *pañero* y Pablito.

La música se instaló en el hueco de uno de los balcones, que era donde menos estorbaba.

Reinó el silencio por algún tiempo, hasta que los músicos comenzaron á templar los instrumentos.

La vibración de algunas notas musicales asume á veces todo el prestigio de una obertura.

Hay notas que rompen el silencio de un modo peculiar; detrás del silencio está nuestro corazón, que se ha refugiado como tras de una nube.

Decimos esto, porque las primeras notas del bandolón que sonaron en la

sala, rompiendo el silencio, fueron á dar al corazón de Mercedes.

Mercedes estaba pasando en esos momentos por la atonía de su felicidad: había gozado tanto, era tan feliz que descansaba; y descansando la sorprendieron las notas del bandolón.

Como si despertara, se estremeció Mercedes y, cosa rara: lloró.

Esto nos hace creer que en el círculo de lo indeterminado, el dolor empieza en el mismo punto en donde está el placer. Esta es la felicidad que llora.

Mercedes lloró con todo el placer de la dicha. Y como si esta dicha fuese su apogeo moral, Mercedes en ese momento se puso más bonita.

Era la flor con toda su esencia, con todos sus jugos, con todos sus pétalos y pasando por el zenit de su exhuberancia, de su vida... de su amor...

Mercedes irradiaba: en sus ojos había esa luz que arranca al pintor el pincel impotente y lo deja caer; esa luz que tortura la imaginación del poeta y le hace prorumpir en disparates.

Merced estaba indescribible, y todo por una nota musical puesta en contacto con su alma rebotante de dicha.

Aquellas notas de bandolón recorrieron el ámbito de la casa, y multiplicándose de una manera mágica fueron cayendo en los oídos de todos, y produciendo en cada uno emociones más ó menos placenteras.

Por ejemplo: Pablito pensó en su novia.

La novia de Pablo pensó en Pablito.

Doña Rosario pensó en sus hijas; ¡las quiero tanto! exclamó interiormente.

Angelita pensó en las primeras cuerdillas y en que su novio le había dicho que tenía unas manitas muy lindas.

Los mismos tres señores graves que tan gravadosamente platicaban acerca del escudo de Nuestra Señora de la Merced la Virgen Santísima, al oír las primeras notas del bandolón, insensiblemente los condujo su imaginación desde la cumbre de sus eruditas elucubraciones hasta el terreno de las danzas, de las cosquillas, de lo retozón; y un observador hubiera podido notar en los tres pié de gallo del ojo de aquellos santos varones una ligera contracción parecida á la que precede á una sonrisa.

El demonio de la tentación diluido en un *lá* agudo, había ido á tentar aquellos tres corazones quietos y pacíficos, aun al traves de la prosa de la oficina de palacio y los sagrados cánones.

El padre Martínez se quedó pensativo; D. Pedro María sintió el deseo de

saber si ya estaban listas las muchachas; porque un papá que ya no baila sigue bailando con los piés de sus hijas, piés por otra parte hechura suya y calzados por su cuenta y riesgo.

El padre cura fué el único que no tardó en diferir del género de ideas que preocupaban al padre Martínez y al señor D. Pedro María, y dijo:

— En fin, ustedes van á divertirse y yo me retiro, dando á usted las gracias, señor D. Pedro, por su amabilidad.

— ¡Como es posible, mi señor! no lo permita Dios. Cuando va á comenzar el bailecito.

— Precisamente por eso, señor Don Pedro.

— Vamos, vamos, ya caigo... pero mire usted... tengo mi plan.

— ¡Veamos cual?

— Usted el padre Martínez y yo, va-

mos á instalarnos en mi gabinete que no está iluminado; y desde allí, casi sin ser vistos, disfrutamos un rato de la alegría de los muchachos.

— ¡Pero señor D. Pedro de mi alma!

— No hay remedio, padre cura, un ratito, un ratito; todos son de confianza; vamos, vamos; no es verdad, padre Martínez?

— Por de contado, señor cura, un rato más ó menos...

— Aprenda usted al padre, señor cura, dijo D. Pedro en tono de chanza; él sí se alegra y hasta suele bailar sus cuadrillas.

— ¡Hola, hola!

— ¡Ah! pero eso es porque me comprometen las muchachas. ¿Se acuerda usted hace un año, señor D. Pedro María?

— Hace un año le hicimos bailar hasta *tagarotas*.

—Pero el padre Martínez es joven y de un carácter apropiado...

Entraba doña Rosario á la sazón.

—¿Cómo, señor cura! ¿nos quiere usted dejar tan pronto?

—Tenia intenciones...

—¡Dios no lo quiera! con que vá á estar tan bonito nuestro baile! ya verá usted, ya verá usted.

—Yo no sé desvelarme.

—Hasta las diez nada más, no soy exigente; ¿sentirían tanto las muchachas que se fuera usted!

—Pues sea, mi señora doña Rosario, pero nada más hasta las diez.

Como se vé, bastaron aquellas notas de bandolón para imprimir en todos los habitantes de aquella casa un nuevo género de ideas.

Pablito se puso á encender las velas, y media hora después comenzaron á llegar los convidados.



CAPÍTULO VI.

Un Bailecito de cumpleaños, del que hay mucho que decir y poco que pedir.

ERAN dos jóvenes vecinas con su mamá y su tía y una *pilmama* (nodriza); después llegaron dos pollos poniéndose los guantes; en seguida otras dos familias con niños de varias edades y dos *pilmamas* más.

Un rato después la cama matrimonial de doña Rosario y D. Pedro María era un *monte parnaso* de abrigos, sombreros y paraguas; las demás camas eran depositarias de niños dormidos

—Pero el padre Martínez es joven y de un carácter apropiado...

Entraba doña Rosario á la sazón.

—¿Cómo, señor cura! ¿nos quiere usted dejar tan pronto?

—Tenia intenciones...

—¡Dios no lo quiera! con que vá á estar tan bonito nuestro baile! ya verá usted, ya verá usted.

—Yo no sé desvelarme.

—Hasta las diez nada más, no soy exigente; ¡sentirían tanto las muchachas que se fuera usted!

—Pues sea, mi señora doña Rosario, pero nada más hasta las diez.

Como se vé, bastaron aquellas notas de bandolón para imprimir en todos los habitantes de aquella casa un nuevo género de ideas.

Pablito se puso á encender las velas, y media hora después comenzaron á llegar los convidados.



CAPÍTULO VI.

Un Bailecito de cumpleaños, del que hay mucho que decir y poco que pedir.

ERAN dos jóvenes vecinas con su mamá y su tía y una *pilmama* (nodriza); después llegaron dos pollos poniéndose los guantes; en seguida otras dos familias con niños de varias edades y dos *pilmamas* más.

Un rato después la cama matrimonial de doña Rosario y D. Pedro María era un *monte parnaso* de abrigos, sombreros y paraguas; las demás camas eran depositarias de niños dormidos

con su correspondiente criada cada uno, y ya la sala estaba llena de gente.

Ya no era posible que Mercedes y Angelita se hicieran esperar más, y se exhibieron recorriendo el estrado y haciendo con cada señora esa cosa que hacen todas las señoras al saludarse.

Decimos *esa cosa* porque estamos seguros que ni las mismas señoras se atreverán á llamar abrazo á un movimiento que consiste en inclinar la cabeza hácia el lado izquierdo y tocar el hombro derecho de la interlocutora con la uña del anular derecho.

○ No obstante, las muchachas intercalaban en esta revista uno que otro par de besos tronados á tal ó cual amiguita íntima.

Y como todavía no había mucho ruido, aquellos besos resonaban en toda la sala, y al eco de aquellos besos pasaba por el alma de los pollos algo

parecido á las susodichas notas del bandolón.

Los primeros momentos de un baile se prestan al estudio serio.

Estos momentos son uno de los rasgos de elocuencia del silencio.

El baile lo inventó el hombre en el primer momento en que se desmoreció de gusto.

Le pareció pobre la palabra, pobre el gesto, pobre el canto, pobres sus brazos y recurrió á sus piernas: el hombre, no sabiendo que hacer con su regocijo, inventó el primer zapateo, pero á más no poder.

Terpsícore nació como las avestruces...

Con permiso de usted, lector, nos metemos en la historia natural.

Quando el pollo, el gran pollo del avestruz no ha acertado á romper su cascarón, la hembra avestruz, por un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1, de 1925 MONTREY MEXICO

procedimiento que bien puede ser muy maternal, pero no por eso menos grosero, ayuda á nacer á sus hijos á patadas.

Por esto decimos que Terpsícore nació á patadas como las avestruces.

Desde entonces, el baile le pareció al hombre una cosa muy racional, y comenzó á bailar adrede; y como no es posible que todos los ánimos estén, á una hora dada, de cierto temple, resulta algo de embarazoso y heterogéneo en los primeros momentos de un baile.

Se concibe que el que saca la lotería, ó un ministerio, ó cualquier prebenda, se suelte bailando de gusto; pero que en medio de un silencio sepulcral se paren adrede cuatro parejas delante de otras cuatro para hacer á sangre fría lo que hacen los que están muy contentos, es sin disputa una disonancia.

En la sala de D. Pedro reinaba esa perplejidad de todos los principios de baile, que hemos pretendido explicarnos.

Todos hablaban quedito y ni pollos ni pollas, se atrevían á atravesar la sala de un lado á otro.

Había pollos que estaban parados á la puerta de la antesala, pollos que ya estaban bailando interiormente, pollos que se estaban volviendo ojos, devorando á las pollas que ocupaban los asientos del estrado, y que no obstante no se atrevían á atravesar la sala.

—Oye Perico le dijo un imberbe á otro; tengo muchas ganas de ir á saludar á Lupe y á Pepita; pero no me atrevo á atravesar la sala.

—A mí me sucede lo mismo.

—Es imponente: todos lo ven á uno.

—Me acompañas? iremos juntos.

—Espérate á que haya tantito ruido para que no llamemos la atención.

Esto que les sucedía á los pollos, les pasaba á la mayor parte de los concurrentes.

Todos los hombres están agrupados en la antesala, todos los asientos están ocupados por señoras que no hacen ruido más que con los abanicos.

Se acaban de encontrar en la puerta dos amigos que se saludan sin alzar la voz.

— Buenas noches, Gonzalez.

— Que hay, Perez?

— Qué tal?

— Bien.

— Qué se hace?

— Ya lo ves.

— Divirtiéndote.

— Qué se ha de hacer.

Pausa..... ruido de abanicos y de chicheo.

— Bonita concurrencia.

— Ah! ya lo creo.

— Está esto de mucho tono.

— Es cosa de guantes.

— Yo los traje á prevención.

— Bien hecho.

Otra pausa: ruido de abanicos.

Hablan las pollas.

— Ya viste á Perez?

— ¡Sí, allí está en la puerta con Gonzalez.

— ¡Que pícaro!

— ¿Quién?

— Gonzalez.

— ¿For qué?

— Yo te contaré.

Pausa, abanicos, etc.

Hablan dos tias.

— Qué dice usted que calor, mi alma!

Yo me ahogo.

— Qué tal será después?

— Figúrese V.!

Pablito apareció por la puerta de la

recámara; se había ido á vestir de negro y á ponerse guantes y un alfiler de esmeraldas, que le prestó su papá.

—Niño, le dijo doña Rosario al verlo, ¿que hacías?

Pablito se acercó á su mamá que estaba inmediata á la puerta y le dijo:

—Estaba rebanando el queso, y me fui á vestir.

—Haz que bailen, ya hay bastantes parejas.

Pablito atravesó la sala con la autoridad del niño de la casa; no obstante, se le hubiera podido notar cierto embarazo en que se iba ajustando los guantes.

Un momento, lector, apropósito de los guantes.

El hombre que en todo pone la mano, las metió un día en las letrinas de París y sacó ratas, después las volvió guantes y metió en ellos las manos y quedó contento de su obra.

Adan se sorprendería hoy, al ver que su raza no dá al aire más que la cara.

El hombre no pudiendo esconder las uñas como los gatos, se las cubre con cabritilla, y esta operación, resultado del refinamiento y del lujo, suele ser para algunos un verdadero suplicio, al que se sujetan, disimulando mal su enbarazosa situación.

Quando una mano ha gastado algunas cajas de guantes, vuelve á recobrar la flexibilidad, el tacto y la gracia.

Pero cuando cinco dedos incultos se meten por primera vez en unos guantes, el propietario sufre, sin poderlo remediar, todos los percances del aprendizaje.

Lo primero que le sucede al que nunca se ha puesto guantes, es que pierde su pañuelo: y en seguida revela su embarazo, en que no sabe que ha-

cer con sus manos, y para disimular esto, se ocupa incesantemente en ajustarse los guantes que nunca le acaban de entrar.

Pablito, pues, y la mayor parte de los pollos, no hacen otra cosa que calzarse los guantes.

Pablito, como decíamos, atravesó la sala, se acercó á los músicos, y dejó caer de sus labios esta palabra:

—Cuadrillas.

Ni más ni menos que como el asaltante que, teniendo gran confianza en su gente y en el éxito, dice con voz segura y tranquila: Preparen.

En seguida, se dirigió al grupo de la puerta y dijo:

—Señores, se va á bailar cuadrillas, las señoras esperan...

Los dos imberbes atravesaron los primeros y tras ellos otros.

Empezó el rumor, y á medida que

las parejas se fueron colocando, iba habiendo más ruido, pero resultaban cinco parejas de un lado y tres de otro.

—Se necesita un bastonero, dijo un pollo.

—Pablito, dijo otro.

—No, Perez, Perez, dijeron varios. Pablito dijo tambien:

—Perez, tú eres el bastonero.

—No, tú.

—No, tú.

Y Perez fué bastonero.

Se paró en el centro de la sala y contó en voz alta: ¡una, dos, tres, cuatro!—Caballero, ¿tiene usted la bondad de pasarse de este lado? Usted por acá.—Angelita con Gonzalez, acá; dos, cuatro, seis, ocho. ¿Estamos completos? parece que sí.

—Maestro! dijo dirigiéndose á los músicos, ¡á una!

Los estrepitosos bandolones con sus

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"AL SERVICIO DE LOS ESTUDIANTES"
MAY 1954



triples cuerdas metálicas, derramaron un torrente de notas, capaz de avergonzar á todos los canarios del mundo.

Todas las bocas y todos los ojos, ondularon á un mismo tiempo, proyectando una sonrisa, de la misma manera que una rama con muchas hojas se riza al sentir una ráfaga de viento.

La música armonizaba el conjunto, identificaba á las parejas, las hacía solidarias del goce, y el compás, el compás que parece una cosa tan insignificante, era el motor de aquellas máquinas humanas que se iban sintiendo mejor á cada momento.

La música agita los ramos nerviosos, por medio de la vibración de los sonidos, mientras que los pies ponen en juego los grandes centros nerviosos y todos los músculos.

El compás es el encargado de armonizar esta revolución voluptuosa.

Por el compás se procura no perder el oído.

Por el oído no se pierde el compás.

Y todo el cuerpo prueba una sensación rítmica.

De todo esto, resulta en el baile eso que se llama garbo, donaire, gentileza, chic.

De estas combinaciones nacieron los bailes espresivos, como la danza y el can-can, la *zopimpa* y la *malagueña* y otros muchos.

Desde que la mímica encontró el compás, el hombre habla con las piernas.

Júntese á todo esto la unión de pollo y polla, y se tendrá una idea del placer del baile.

Este placer es un buzón donde caben otras cosas que sirven para exacerbarlo: por ejemplo, un apretón de

manos, una miradita, un suspiro, una presión con tres grados más de la fuerza comprensiva necesaria y usual, un roce, el aliento de uno, que distraidamente se bebe el otro, el aroma de un frasquito destapado de esencia que ella lleva en el seno... etc...

Excluid del baile la idea de la música, derramad silencio sobre las parejas y dejadlos seguir; á poco rato, os arrancarán una carcajada aquellos que os hacian gozar del espectáculo del baile.

Veamos bailar á Pablito.

○ Pablito estaba en esa edad en que se baila bien, edad en que se acepta con fé el papel de bailarín y por lo tanto, Pablito procuraba lucirse.

El bailarín debe contar con muchas cosas: en primer lugar, con la indulgencia del espectador, en segundo lugar con sus formas, y luego con su

agilidad y ligereza, con su gracia y su soltura, etc.

Pablito contaba con todo esto: creía tener bonito cuerpo, bonito pié, bonita mano y mucha gracia; todo esto lo ratificaba Pablito cada vez que pasaba frente á un espejo, y estaba seguro de que en aquellos momentos su porte y su manera de bailar estaba llamando la atención de muchas señoritas y exaltando la envidia de algunos pollos feos, y tanto preocupaba á Pablito esta idea que dijo á su compañera:

—No sé, señorita, si bailará usted cómodamente conmigo.

—¿Por qué, Pablito?

—Porque no sé bailar

—No se caiga usted para que lo levanten.

—Positivamente.

—¿Lo ha dicho usted de veras?

—Como lo siento.

—Pues vea usted, si alguno tiene fama de bailar muy bien es usted.

—Favor que usted me hace.

—No es sino justicia, lo dicen todos y sin ir más lejos yo... lo que es yo, con nadie bailo vals más á mi gusto que con usted.

—Vea usted ¿es posible?

—Es muy cierto.

—Entonces tendrá usted la bondad de bailar el vals que sigue conmigo.

—Sí, Pablito.

—Gracias.

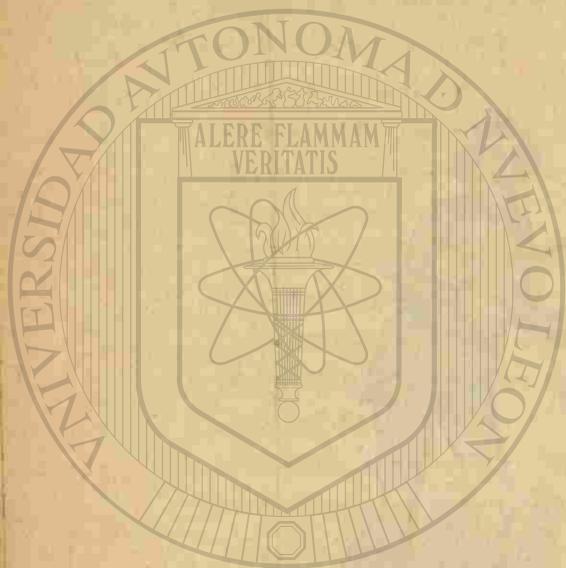
Pablito se irguió saboreando su triunfo.

Terminaron las cuadrillas con la conocida cadena corrida y las señoras volvieron á sus asientos. El calor de la sala subió cuatro grados.

Quando las señoras se sentaron, los caballeros se salieron á la antesala y volvió á reinar el silencio.



Perez.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El bastonero dió buenas cuentas.

Hablemos del bastonero.

Según hemos dicho ya, se llamaba Perez; era escribiente de un juzgado, lo cual no le evitaba seguir siendo muy pobre.

Perez tenía una levita que él mismo había volteado; porque antes de dedicarse á la curia, su padre le dió el oficio de sastre.

Perez vivía con unas señoras grandes que le daban cuarto y plato porque les cobrara los recibos y les lanzara los inquilinos morosos de unas casitas que tenían las dichas señoras. Perez era un buen muchacho y tenía vocación; era de esas gentes predestinadas á ser algo en virtud de esa virtud envidiable que se llama fortuna de pícaro.

Perez era comunicativo, servicial y simpático; era un trigueño de ojos ne-

gros, flaco, alto, de pelo un poco crespo, bigote delgado y franca sonrisa: tenía los dientes muy blancos y muy listos: la dentadura de Perez hacía un papel importante en la expresión de su rostro, su interlocutor se encontraba siempre bajo el brillo de unos ojos vivaces una hilera de dientes que daban una buena idea de Perez.

Había muchachas que querían mucho á Perez, más que á otros ricos y encopetados.

Tenía lo que se llama sangre ligera; tan ligera como su apellido.

Era de esas personas á quienes nunca se les ha dicho señor: ni señor Don, ni se ha preguntado su nombre de bautismo, ni le ha importado á nadie: todo el mundo le decía Perez, al grado que si alguna vez se hubiera dicho delante de los que lo conocían mucho, el señor Perez ó D. Ramon Perez, nadie lo hu-

quiera recordado; al paso que cuando se decía Perez, todos sabían de quien se trataba.

Doña Rosario tenía mucha confianza en Perez, hasta el punto que, vigilando á sus hijas como madre cuidadosa y severa solía exclamar:

—¡Ah, no hay cuidado! están con Perez.

A Perez se le confiaban poridades que se ocultaban á los amigos de confianza: Perez servía para ir al monte-pio, para sacar una cita, para hacer un reclamo á la policía, para buscar música, para ajustar una canoa, para traer coche sin número, para ir por Doña Rosario y por las niñas á una visita, para velar á un enfermo, para arreglar un entierro, para vender desechos y para todas estas cosas, en fin que en ciertos casos no tienen precio.

Esto era Perez.

Por supuesto no había una sola persona en la sala que no le conociera.

—Perez, le dijo una señora.

—Mande usted, Charito.

—Me hace usted un favor?

—Con mucho gusto.

—¿Quiere usted ver si está durmiendo mi hijo?

Perez se asomó á la recámara y volvió con la razón.

—Duerme tranquilamente.

—Gracias.

—Perez, decía otra, ¿me hace usted favor de decirme en donde puso usted nuestros abrigos?

—¡Cómo! ¿qué ya se van?

—No; pero quería saber...

—Están bien guardados, tengo un escondite; cuando se vayan me avisan.

—Bueno.

—Perez, dijo Doña Rosario, ¿quiere usted dar su vuelta por el comedor?

—Bueno y... ya comprendo... la sangría...

—Sí, Perez, ya sabe usted; como siempre.

Perez lo hacia todo, servia á todos, y todos se complacian en tener algo que hacer con Perez.

Volvió á la sala, y ya aconsejado por Pablito, pidió vals.

—Vamos, señores, dijo en voz alta, *ya cuanto ha* que no hacemos nada; ¡á bailar, á bailar! ¡las señoras esperan, caballeros! se va á bailar vals, tengan ustedes la bondad.

—Eso es, eso es, dijo Doña Rosario; si Perez no anima esto, nos vamos á morir de fastidio.

—¡Vamos, señores, á bailar! ¿ó desean ustedes que las señoras vengán á sacarlos?

—¡Bien, Perez! gritó desde su gabinete D. Pedro María; anime usted á

esos jóvenes: en mi tiempo no eran así los muchachos; ¡vamos jovencitos!

Los pollos salieron de la antesala en parvada y tomaron compañeras.

Perez no tardó en decir: ¡A la una! frase coreográfica aceptada para empezar á bailar.

El vals ya es otra cosa. Á todos los ingredientes del baile, el vals agrega el vértigo: bailar ya es algo, pero jirar ya es mucho; entonces todos los objetos pasan á nuestra vista rápidamente dibujando rayos de luz, entonces todo se precipita á nuestro rededor y nos sentimos como en el desvanecimiento de una carrera sin fin.

Hay en el vals algo del placer del funámbulo: sentirnos aéreos hasta el grado de ir perdiendo la conciencia del peso específico: sentir en el brazo una cintura, en la mano una manecita, y pareceros que volais con una palo-

ma; tocar apenas la alfombra con los piés y sentir que hendeis el aire con esa rapidez de que nos podría dar una razón exacta la golondrina, si la golondrina tuviera la bondad de hablar-nos; este es un placer que mezclándolo con el amor propio, quiere decir, con la ilusión de creerse uno gracioso y lleno de atractivos físicos, es una verdadera felicidad.

Esta felicidad es una compensación anticipada y la gozamos á cuenta de lo que en la edad de la razón fría sufrimos sin tomarnos más trabajo que el de ver las cosas tales como son.

Pablito, Perez, Gonzalez y otros jóvenes; Mercedes, Angelita y otras niñas, pasaban rápidamente rozando y azotando á los sentados con las faldas ondulantes, y enlazados estrechamente en un abrazo de resorte,

abrazo franco cuanto lícito y grato
cuanto único.

El vals acabó por colocar á todas
las parejas en los peldaños del entu-
siasmo y por difundir la animación en
la sala.

Pablito se perdía de vista, ¡que ap-
titud, que soltura, que gracia!

— ¡Mira que bien baila Pablito!

— Sobre que parece que ni pone los
piés en el suelo.

— ¿Vas á bailar con él?

— Me pidió la contradanza.

— Dichosa tú!

Los pollos se pasaban el pañuelo
por la frente, porque el vals les hizo
sudar la gota gorda.

Perez y Pablito aparecieron en la sa-
la ofreciendo bizcochos, queso y lico-
res á las señoras.

Pablito traía un platón coronado de
puchas, soletas y otros bizcochitos al

estilo del país, y Perez venía siguiendo
á Pablito trayendo un plato con queso
y una charola con copitas de anisete
y vinos dulces.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vol. 1625





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO VII

En el cual el curioso lector vuelve á encontrar
á San Juan Bautista.

DESPUÉS apareció una criada con una gran charola con vasos de sangría.

La animación subió de punto.

El hombre decidido á darse gusto se prepara oportunamente reacciones químicas en su propia economía. Después de lisonjear el tacto, la vista y el oído, termina por complacer al gusto y al olfato.

Esto es lo que se llama gozar con los cinco sentidos. [®]

À las diez y media se presentó Carlos.

Carlos era elegante; pero elegante sin afectación y sin forzamiento: sabía, como dicen los sastres, *llevar la ropa*. Era sencillo en el vestir y se conocía en él el hábito del aseo por educación.

Carlos se destacaba en todos los grupos como la figura de primer término.

Había quien lo tachara de orgulloso, pero en realidad los mismos que así lo calificaban solicitaban sus sonrisas: tenía en sí mismo la superioridad sin pretenderla, la elegancia sin aperebirse de ella, la afabilidad sin estudiarla y el tacto, en fin, más esquisito para hacerse querer.

Aunque sobrio en sus palabras, tenía siempre en sus labios una frase para cada uno, y había allí quienes hicieron alarde de tener amistad con

Carlos por estar reconocido como una persona de distinción.

En efecto, era rico é instruido, franco y caballeroso.

Sus amores con Mercedes se habían hecho públicos en pocos días.

Daremos las causales de esta publicidad: Carlos no había hecho más que dar los primeros pasos en la senda de su amor; pero como á primera vista había sido y era calificado por todos como un buen partido, estos primeros pasos los habían traducido de este modo:

— Carlos se va á casar con Mercedes.

Apenas se presentó Carlos en la sala aquella noche, dos señoras que lo vieron entrar, hablaron de este modo:

— ¿Ese es?

— Sí.

— ¿Qué te parece?

— Me gusta para Mercedes.

—Es buen partido.

—¿Y es rico?

—Por supuesto.

—¿Y cuando es la boda?

—Creo que pronto.

Por otro extremo de la sala, dos jóvenes hablan así:

—Ese es el novio de Merced, ¿qué te parece?

—Es muy buen mozo.

—Á mí no me lo parece.

—¿Qué dices?

—Es decir, no es tanto como dicen.

—¿Y Merced lo quiere?

—Está loca por él.

Con este tema, la concurrencia hizo cien variaciones, pero en realidad lo único que había era que Carlos había galanteado á Mercedes, sin que por esto dejara de existir cariño mútuo.

Carlos bailaba poco, y aceptaba el baile no como motivo de placer, sino

como ramo de educación y por no excluir este medio social en su trato con las señoras.

Merced acababa de dar las cuadrillas á Perez, pero al ver á Carlos, se supuso que Carlos vendría á pedirle las cuadrillas y se echó á pensar como se descartaría de Perez. En dos palabras se puso de acuerdo con su vecina, quien desde luego mandó llamar á Perez con un pollo.

Esta vecina de Mercedes se llamaba Lupe.

—Estas son las cuadrillas que le dí á usted, Perez.

—¿Á mí? preguntó Perez.

—Qué mala memoria tiene usted!

—Pero sí yo...

—Usted no se acuerda.

—Estas son, Perez, agregó Mercedes; yo estaba presente cuando usted las pidió.

Perez vaciló, pero al fin dijo:

—Sí, Lupe, estas son.

—Pero, si usted no quiere bailarlas...

—De muy buena gana y doy á usted mil satisfacciones: soy un distraído.

—No, no; sin compromiso.

—Compromiso... ¡Ca! exclamó Perez que empezaba á conocer que era víctima de una intriga. Es cierto, muy cierto; es usted y no Mercedita mi compañera.

El cambio estaba hecho. Mercedes respiró viéndose libre de Perez y en aptitud para aceptar por compañero á Carlos.

La música anunció la cuadrilla.

Carlos no se acercaba.

Comenzaron á pararse las parejas y Carlos apareció en una cabecera con doña Rosario, quien á pesar de sus hijos, no había abandonado el baile, pero no siempre tenía quien la invitara:

de manera que este rasgo de educación de Carlos, acabó de poner á doña Rosario enteramente de su parte.

Mercedes recibió la primera contrariedad al quedarse sin Perez y sin Carlos, y pretextando quehacer salió de la sala.

Al terminar las cuadrillas, un incidente vino á desviar la atención de los concurrentes del asunto matrimonial que los preocupaba.

Resonaron en la recámara los gritos de un niño; pero era un niño que reventaba los oídos, que aturdía lloviendo con todas sus fuerzas.

Hubo un movimiento de alarma en la concurrencia y no faltó quien preguntara en voz alta:

—¿Quién llora?

Y tampoco faltó chusco que contestara:

—San Juan Bautista.

Una risa general sucedió á esta respuesta, y Perez tomando á su carga la explicación del enigma, dijo.

—Sí, señores, es San Juan Bautista; quiero decir, el San Juanito de la procesión.

—¡Cómo! preguntó uno, ese niño tan guero y tan bonito que iba esta tarde.

—El mismo, dijo Perez, aquí está, pueden ustedes pasar á verlo.

—Vamos á ver á San Juan.

—A San Juan.

—Vamos, vamos.

Y muchas señoras entraron á la recámara, para ver á San Juan Bautista.

Sobre una cama estaba Chucho y á su lado estaba Elena mirándolo para que no atarantara.

—Aquí está San Juan.

—¿Cómo te va San Juanito? le dijo una vieja.

—Los santos no lloran, le dijo otra.

—¡Qué niño tan lindo, lástima que lllore!

—¿Qué le han hecho á San Juan? preguntó una polla.

—¿Qué te han hecho? santo.

—Quiere su borrego, dijo la mamá.

—¿Qué es eso? preguntó el padre Martinez desde el gabinete.

—Es San Juan Bautista que llora por su Cordero pascual, padre Martinez.

—¿Qué gerigonza es esa?

—Es el San Juanito de la procesión es un niño que se llama Chucho y quiere su borrego.

—Eso es otra cosa, dijo el padre Martinez.

San Juan no transigió con separarse del borrego, sino cuando lo hubieron colmado de juguetes, de dulces, de bizcochos y de besos.

Diremos porque estaban allí Chucho y su mamá.

En el año á que nos referimos el ceremonial de la etiqueta no era precisamente riguroso en materia de presentaciones: el que daba un baile en su casa no se sorprendía de encontrarse en medio de multitud de personas desconocidas que ni lo saludaran, ni se cuidaba mucho de inquirir la procedencia de sus convidados, pues suponía buenamente que alguno los había llevado.

En efecto, Elena había entrado con Chucho pasando casi desapercibida, con excepción de dos ó tres personas que la conocían y á quienes Elena había ya saludado.

A Elena la llevó Perez.

¿Qué de común tenía Perez con Elena?

Nadie lo sabía.

Si otro hubiera llevado á Elena aquellos hubieran inquirido el paren-

tesco de Elena con su compañero, pero simultáneamente se conformaban todos con esta respuesta que no sabemos porque parecía toral.

—La trajo Perez.

Ya hemos dicho que Perez era un hombre de confianza; Perez era de esos hombres que tienen el privilegio de no inspirar sospechas, era de esos hombres de quienes no se piensa mal nunca.

El mismo D. Pedro María había oído alguna vez voz de hombre en el cuarto de sus hijas, se había asomado á ver quien era y había exclamado muy tranquilo:

—¡Ah! es Perez.

A decir verdad ni el mismo Perez sabía porque inspiraba tanta confianza.

En cuanto á Elena le bastó ser madre de un niño tan lindo como Chucho para que muchas personas le encontra-

ran esa recomendación y fué objeto de sinceras felicitaciones.

— Que feliz es usted, mi alma, le decía una de las tías de Mercedes, qué feliz es usted en ser la madre de San Juan Bautista, tiene usted un hijo como un dulce, María Santísima se lo conserve á usted por muchos años.

— Mil gracias, señora.

— ¿Y lo querrá usted mucho?

— Es mi adoración.

Tiene usted razón de sobra. Vamos que esta tarde me dieron ganas de comérmelo.

— Parecía de porcelana, dijo otra señora.

Chucho se atragantó de dulces y se puso en pie; su mamá le sacó á la sala, donde Chucho siguió recibiendo los agasajos de la concurrencia.

Después de las doce de la noche, llegó á su máximum la animación del bailecito.

La concurrencia había saboreado, aunque tal vez no con mucho deleite, copitas de licor de canela, de rosa, de garuz y *de perfecto amor*, había consumido algunos platonos colmados de *cuchufletas*, *puchas*, *soletas*, *rodeos* y *polvorones*, á todo eso con la añadidura de rebanaditas de queso fresco según hemos dicho ya.

Elena se había vuelto expansiva y estaba rubicunda. Muy pocos habian notado que Perez era el que más obsequiaba á Elena.

Como entonces no se bailaban sino cuadrillas, contradanza y vals, la concurrencia empezaba á sentir la necesidad de quitar la monotonía al baile.

No faltó denunciante que asegurara que Perez bailba boleras, y un grupo de jóvenes lo rodeó en seguida rogándole que bailara.

Don Pedro Maria no era hombre á

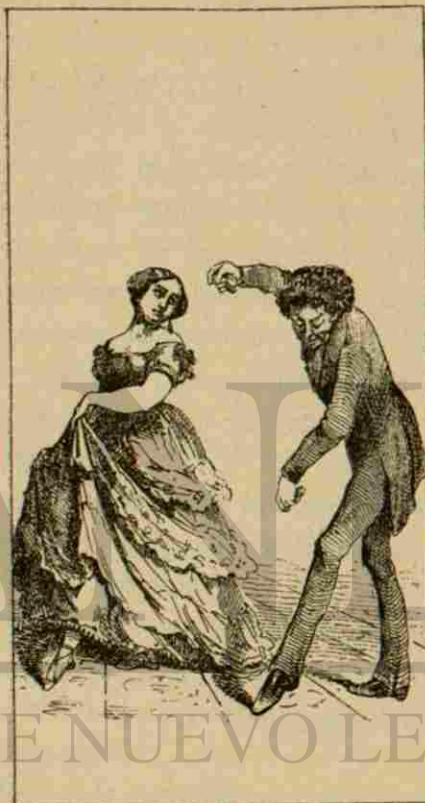
quien le faltaran dos pares de castañuelas, de manera, que bien pronto recibió una diputación en demanda de este adminículo.

—Les daré las castañuelas ó los palillos, como los llaman ustedes los elegantes, dijo D. Pedro María, y aún podría darles también el tratado de Crotalogía que aun conservo.

¡Ay! añadió D. Pedro, abriendo su ropero, yo fui un excelente bailarín, todavía se acuerda mi mujer de nuestras boleras, y oigan ustedes, se le podían ver bailar; y como Rosario ha sido mujer de buen pié y pierna, encantaba en una concurrencia; vamos, Perez, aquí tiene usted los palillos.

Perez se ajustó los palillos y se acercó á Elena, quien á su vez hizo lo mismo.

Elena y Perez ocuparon el centro de la sala, tomando la acostumbrada



Las Boleras.

actitud muy conocida, hasta de los que no bailan, con el nombre de *primera de boleras*.

Elena y Perez estaban bien plantados: rompió la música y después de los primeros compases, brazos y piernas hicieron de las suyas. Entre los concurrentes estaban los gachupines de la tienda de abarrotes de la misma calle, quienes acompañaron con el alma las boleras, y además tronando los dedos.

Jadeantes hicieron la última pirueta Perez y Elena, y en medio de un estrepitoso aplauso Perez mereció de los gachupines el honroso calificativo de muy listo en el tejer, y Elena, Elena encantó á la concurrencia porque también tejió.

Hubo más cuadrillas y contradanzas, y más tarde se tocaron tagarotas. Hablaremos un poco de Elena.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hemos dicho al principio que Elena no era precisamente una hermosura, y en efecto no llamaba la atención; pero era sin embargo de esas mujeres cuyos atractivos se exhiben lentamente.

Elena tenía la piel fina.

Perez se lo había notado á poco tiempo de tratarla.

Elena era cachigorda, bajita de cuerpo, y cuando se la estudiaba, el observador se encontraba agradablemente sorprendido al contemplar una mano bien hecha, de dedos puntiagudos y unos hoyuelos que no carecían de gracia.

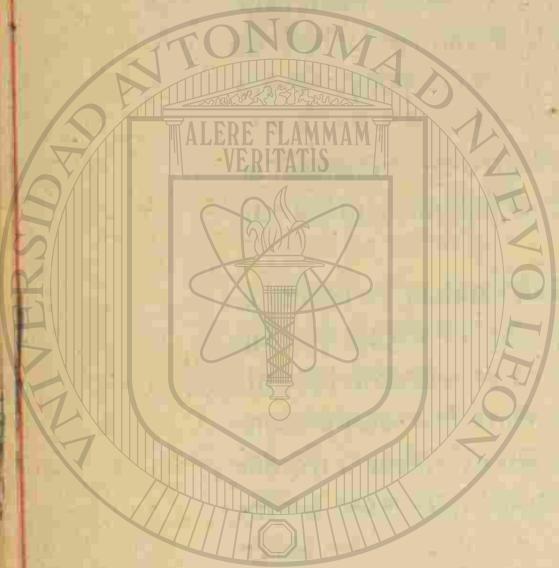
El brazo de Elena era también torneado y esquisito y su pié arqueado, mexicano y gracioso.

Las boleras dejaron percibir que Elena llevaba un zapatito de raso azul, sujeto con delgadas cáligas, y además una media finísima *de la patente*.

Perez que todo lo sabía, tenía ya para su coleteo, y ya hacía quien sabe cuanto tiempo, hecho este acopio de observaciones; y eso era porque Perez era muy curioso.

Como á las cuatro de la mañana, se bailó el jarabe, el palomo y otros bailes del país.

Pollos y pollas estaban ya rendidos por la fatiga y por el sueño, y á las seis de la mañana se retiraron los músicos, y tras de ellos los últimos concurrentes, ofreciendo volver otro día más despacio; chiste que desde entonces sirve para disculparse de hacer una visita demasiado larga.



CAPÍTULO VIII.

Un sueño de Chucho.—Rarezas.

CHUCHO el Ninfo el héroe de esta historia, debe por ahora ocupar preferentemente nuestra atención, para seguirlo si no en todos los detalles de su vida, al menos en todos aquellos incidentes que sean dignos de tomarse en consideración porque influyan en la formación de su carácter y costumbres.

Las mamás, que hoy pecan de consentidoras, eran por entonces todavía manilargas, y aquello de que la letra

®

con sangre entra no había perdido todo su prestigio.

Chucho, merced al mimo con que se criaba, permanecía ignorantito en todo aquello que no fuera el catecismo del padre Ripalda, y Elena estaba muy contenta porque su hijo relataba *los misterios* con la rapidez de un cohete corredizo.

Por otra parte, el chico se hacía á veces insoportable, al grado de hacer llorar á Elena.

Esta recurría entonces á su paño de lágrimas: á su confesor; porque Elena según hemos dicho, era muy buena y muy devota.

El confesor de Elena era un hombre muy escrupuloso y muy tímido en el cumplimiento de sus deberes y Elena era una de sus hijas predilectas.

— Ya el niño tiene como siete años, decía el padre un día á Elena, y es in-

dispensable que vaya preparando su primera confesión.

— Mi hijo es muy inocente.

— Por lo mismo.

— Y es tan impresionable!

— Es una cualidad provechosa, porque así tendrá para él ese acto solemne, todo el prestigio que debe tener.

— ¡Pobrecito! se va á resistir mucho.

— No lo creas, haremos que me conozca y yo lo atraeré.

— ¿Con que lo juzga usted preciso?

— Indispensable, hija mía.

— Esperemos siquiera un año.

— Ya sabes que á los siete obliga el precepto, con que disponlo poco á poco y le haremos el paso lo más agradable que se pueda.

Elena no tuvo más que obedecer y volviendo á su casa se puso á hablar con su hijo de este importante asunto.

— ¿Te quieres confesar? hijo mio, le dijo acariciándolo.

—Yo no.

—¿Por qué, mi vida?

—Porque les tengo miedo á los padres porque regañan.

—Pero el padre Juanito no te regañará, sino que te mandará juguetes, si eres buen muchacho.

—Yo no soy muchacho.

—Quiero decir, si eres un niño fino y bueno.

—Niño fino lo soy, tú me lo has dicho.

—Pero no eres bueno.

—¿Por qué?

—Porque me pegas y me haces llorar y confesándote, en lugar de hacerme llorar, me harás cariños.

—¿Y eso es ser bueno?

—Sí.

—¿Y si soy bueno que me dás?

—Todo lo que quieras.

—Pues ya soy bueno, dame dos reales.

—Todavía no, hasta que te confieses.

—¿Y como me confieso?

—Yo te lo diré. Esta noche empezaremos el exámen de conciencia.

—¿Y me das dos reales?

—Después.

—No: dos reales por el exámen y dos reales por la confesión.

—Pero si esas cosas no se pagan con dinero.

—No? pues con qué?

—Las paga Dios.

—¿De veras? pues mejor para mí; porque Dios me las paga por su lado y tu por el tuyo. Tú que no eres Dios me darás cuatro reales ó no hay exámen.

—Chucho, Chucho, que malo eres; exclamó Elena afligiéndose: de eso también te has de confesar.

—Adios! ¿de todo?

—De todo, si señor.

Este diálogo y otros muchos del mismo género precedieron á la primera confesión de Chucho, quien cedía á todo y docilitábase á peseta por transacción.

El día en que Chucho se confesó, estaba rico.

Siguió la comunión, y ese día Chucho estuvo muy bien; su mamá le dijo que estaba muy bonito, que tenía una estrella en la frente y que los ángeles habían de bajar á tomar con él el chocolate; á cuyo efecto, la criada le enfloró el desayuno.

Chucho estuvo más contento que nunca; le pidió perdón á la criada por las patadas que le había dado varias veces, y ofreció selemnemente no volver á ser manilargo.

Después de la primera comunión, Chucho pasó á una escuela de niños, en donde los niños grandes lo bauti-

zaron el primer día con el apodo de *el Ninfo*.

Chucho á pesar de haber cumplido siete años, conservaba su aspecto dulce y delicado.

Elena bañaba á Chucho cada tercer día, y antes de vestirlo le ponía en todo el cuerpo polvo de haba aromatizado y le sujetaba todas las noches el cabello con plomos ó papelitos para que amaneciera rizado.

Chucho tenía hermosa cabellera, que hacía muy buen efecto en su frente blanca y tersa, y realzaba las ligeras tintas color de rosa de sus megillas.

Sin embargo de que Elena era un terrón de amores y era tan dulce y tan buena, solía tener sus arranques, en medio de los cuales se acordaba de que todos la acusaban de consentidora; y entonces la ira sustituía á la debilidad de carácter y descargaba en Chucho todo su furor.

Pero como quiera que estos rasgos de rigor no eran sino resultado de accidentes extraños á la educación de Chucho, sucedía que Elena azotaba á su hijo cuando menos debía castigarlo. Esta anomalía, que por desgracia es muy frecuente, producía este efecto:

Chucho no recibió nunca un castigo, sin unir la impresión del daño recibido á la de la injusticia cometida.

Este es el camino más corto para desprestigiar á todo poder ejecutivo.

Y allí donde la razón se declara impotente y recurre á la indicación brutal, allí estaba el reproche y el desprestigio: de manera que por esta senda podría afirmarse que mientras más graves fueran las faltas que Chucho cometiera, más nulo sería el correctivo, supuesto que si este era equivalente, había de ser calificado de injusto por Chucho.

El amor había deshojado allí un heliotropo y se había quedado riendo.

Chucho entre dos existencias femeniles era acariciado doblemente.

Su mamá lo quería, le daba juguetes y lo azotaba.

Chucho descansaba de su mamá con su nana, se entretenía con ella y ella sabía divertirlo á las mil maravillas. A su nana le aprendió cuentos, versos y juegos; con su nana dormía, y con su nana despertaba.

Elena entre todas sus prendas tenía esta: Era celosa.

Tenía la virtud de los amantes tontos. Y tanto llegaba Chucho á entretenerse con la criada, que Elena lo resentía y se indisponía formalmente.

Elena se lo contaba todo á su director espiritual.

Un día le hizo esta consulta:

—Padre, tengo un escrúpulo de conciencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vol. 1625 BOUTERREY 1897

Veamos practicamente de qué manera los correctivos crueles suelen producir efectos contraproducentes.

El amor que toma en este pícaro mundo tan sinuosas sendas, que opta por las curvas y caracolea, y que se ha propuesto ir de ceca en meca haciendo diabluras; el amor, decimos, retratado en Grecia con aljaba y flecha, y en París retorciéndose el bigote y fumando; el amor tenía más que ver con Elena y Chucho de lo que á primera vista parece.

Chucho vivía entre dos amores.

Elena entre otros dos.

La criada de Elena entre otros dos.

Y Pérez también entre otros dos.

Chucho era amado por su madre y por su criada. Elena por su criada y por Pérez. Pérez amaba á Elena y á Chucho: Chucho amaba á Elena y á la criada, y la criada á su ama y á Chucho.

—¿Qué es ello, hija mía?

—Tal vez sea ridículo.

—Habla.

—Estoy celosa.

—¿De quién?

—Le diré á usted, padre; mi hijo está mejor con su nana que conmigo.

—¿Y qué hace?

—Como su nana lo entretiene y lo divierte tanto.....

—Pues ahí tienes la explicación.

Elena fingió darse por satisfecha, pero estaba segura de no haber hecho más que media consulta.

La otra media le estaba dando vueltas en la conciencia.

—Mejor será observar, pensó en seguida.

Y quién sabe cuántas cosas pensó después Elena: tenía, como muchas mujeres, gran facilidad para dejarse llevar de su fantasía.

Un día Elena se levantó viendo negro: estaba indispueta, nerviosa, biliosa, de mal humor.

Oyó reír á Chucho con la criada con la mayor frescura y naturalidad: la criada huía de Chucho que la perseguía con un fuede.

Elena se lanzó furiosa sobre Chucho y sin decirle ¡agua va! le aplicó una azotaina inquisitorial.

Chucho dió una docena de *dós* de pecho, y Refugio, que así se llamaba la *nana*, impidió parte de la ejecución.

Chucho lloró con verdadero dolor: fué ésta la más fuerte de sus impresiones y el primero de sus momentos amargos, y se ocultó en un rincón donde lo sorprendió el sueño.

Chucho se acostó sollozando.

Elena quiso desplegar un rigor que le pareció de muy buen efecto, dejando á Chucho abandonado á su suerte,

y á su vez se acostó y se durmió bien pronto ufana de su ejecución de justicia.

—Ya soy fuerte, pensaba. Ya es necesario un poco de rigor con este niño, que de otro modo acabaría por dominarme. Ya no me echarán en cara que lo consiento y lo malcrío; que duerma solo para que no se le olvide; durmamos.

Y Elena lo hizo como lo dijo, se durmió.

Veamos lo que entre tanto pasaba en el interior de Chucho.

Como hemos dicho sollozaba y aun le escocía el ardor de los azotes.

La sangre había afluido al lugar del castigo, los tejidos se habían inyecctado y se estaban produciendo todos los fenómenos fisiológicos de la flagelación.

Chucho encontraba cierto consuelo

triste en sus propios sollozos, y poco á poco su dolor físico y su dolor moral se iban modificando en la irradiación de ondas luminosas que esmaltaban su sueño.

El dolor físico iba tomando nueva forma y ya más sentía calor que dolor.

La cesación de dolor es el punto donde empieza el placer: cuando una punzada va á terminar recibimos un aviso placentero que abrevia el padecimiento.

Chucho sentía que ya se iba á acabar el dolor, y probaba la entrada al bienestar, y este momento era de tal manera grato en la inmovilidad, que Chucho procuraba volver á probarlo moviéndose en sentido de hacerse daño nuevamente para volver á sentir el acabamiento.

En la mente de Chucho había una

cosa en primer término, á pesar de todo y sobre todo: la imaginación del niño se había avivado y los objetos que se presentaban en el campo de su fantasía se dibujaban con una lucidez inusitada: el mismo Chucho hallaba placer en sus visiones, las acariciaba como un poeta acaricia sus primeras inspiraciones.

Chucho iba entrando física y moralmente á un bienestar desconocido, al campo virgen de elucubraciones peregrinas: era una región poblada de luces, de deslumbramientos, de intuiciones y de deleites de un género enteramente desconocido.

La excitación nerviosa, el sacudimiento de toda la máquina, la impresión dolorosa, el equilibrio de la circulación con sus fenómenos congestivos por afluencia y depresivos con el efecto del síncope, estaban produciendo aquella revolución.

En medio de aquella región, en la que el niño entró por la puerta de las lágrimas; se destacaba una imagen: Refugio.

Refugio adquirió la brillantez de todo el panorama; se enaltecía.

Refugio tenía en aquel mundo más amor, más caricias, más consuelos; Refugio se le aparecía enternecida, amorosa, buena, como la paz, como la compensación.

.....
Así se durmió Chucho.



CAPÍTULO IX

Un negocio grave en la casa de Don Pedro María.

EL 25 de Setiembre la casa de Don Pedro María presentaba distinto aspecto que la noche del 24.

El placer había dejado su huella por todas partes, y reinaba el desorden como en un campo de batalla, y no obstante, aquel desorden era atractivo porque avivaba los recuerdos placenteros de la noche del baile.

La vigilia había marchitado las rosas juveniles; Mercedes y Angelita estaban desveladas, habían reñido con el

En medio de aquella región, en la que el niño entró por la puerta de las lágrimas; se destacaba una imagen: Refugio.

Refugio adquirió la brillantez de todo el panorama; se enaltecía.

Refugio tenía en aquel mundo más amor, más caricias, más consuelos; Refugio se le aparecía enternecida, amorosa, buena, como la paz, como la compensación.

.....
Así se durmió Chucho.



CAPÍTULO IX

Un negocio grave en la casa de Don Pedro María.

EL 25 de Setiembre la casa de Don Pedro María presentaba distinto aspecto que la noche del 24.

El placer había dejado su huella por todas partes, y reinaba el desorden como en un campo de batalla, y no obstante, aquel desorden era atractivo porque avivaba los recuerdos placenteros de la noche del baile.

La vigilia había marchitado las rosas juveniles; Mercedes y Angelita estaban desveladas, habían reñido con él

tocador y con la luz y fluctuaban entre la desazón de la velada y los mil recuerdos dulces de la pasada fiesta.

Doña Rosario se había manifestado displicente y tanto Mercedes como Angelita contemplaban con sobresalto que por aquel lado había una nubecilla en el horizonte que presagiaba tempestades.

En cuanto á D. Pedro María, estuvo como siempre; pero á solas con su muger y ya recojido el matrimonio, hubo un diálogo íntimo que habiendo llegado hasta nosotros por fidedigno conducto, lo transmitimos hoy á nuestros lectores.

Don Pedro María rezó todas sus devociones que eran largas, y doña Rosario por su parte, aunque fingía hacer lo mismo, en realidad pensaba en algo que la preocupaba más que los Padres nuestros de todas las noches.

Al fin llegó el matrimonio al momento en que se daba las buenas noches para apagar la vela.

Doña Rosario, en vez de apagar la vela, tomó la palabra.

—Es necesario, le dijo á D. Pedro que pensemos muy sériamente en una cosa.

—¡Ave María Purísima! ¿En qué cosa, muger?

—No te alarmes, y si yo me anticipo es porque ya sabes que á mí nada se me va y porque siempre es bueno estar prevenidos para lo que pueda suceder.

—¡Pero de qué se trata! exclamó D. Pedro María sobresaltado ¿que ha sucedido?

—Nada.... es que yo he notado lo de Merced.

—¡Lo de Merced! pero ¿qué ha hecho Merced?

—Ten calma; no ha hecho nada, pero..... lo de Carlos..... porque en fin, yo creo que se quieren.

—Acabarás, mujer; si eso es todo ya veremos; estaremos á la mira, y si el muchacho viene con buenas miras.

—Sí, en cuanto á miras yo creo que las tiene buenas; él es un caballero, y yo ya tengo mis informes; además, Carlos no es un millonario, pero en fin, tiene por su familia algo, y por ese lado la muchacha no iría mal.

—Pues bien, si ya has adelantado todo eso, debemos darnos de santos con que el primer novio de la muchacha preste garantías.

—Pero hay una cosa.

—¿Qué hay?

—Que me parece que no vamos conformes en ideas.

—¿Cómo!

—Quiero decir, Carlos es muy buena persona.

—¿Entonces?

—Es un poco libre.

—¡Vamos, vamos, mujer! explícate ¿en que te fundas?

—Pues oye, he escuchado una conversación que no me ha gustado. Hablaba Carlos con el Licenciado y ninguno de los dos se fijó en que yo estaba inmediata.

—Bueno ¿y qué?

—Que Carlos habló mal del clero.

—¡Hola, hola! ¿pero estás cierta?

—Ya sabes que tengo buen oído y por todo lo que pude notar, Carlos tiene ideas que no me gustan.

—Te habrá parecido.

—No, y no; que bien sé lo que digo; le oí decir clarito que es *demócrata*.

—¿Oiga?

—*Demócrata* ¿está bien dicho?

—Sí.

—Y en saliendo de la iglesia, le hablo y así, ni como ocultarme nada, me espeta la verdad monda y lironda.

—Me parece todo muy bien pensado, y que Dios te ilumine.

—No tengas cuidado.

—Pues mira lo que son las cosas, al principio me pareció que me ibas á hablar de Angelita.

—Ese es otro asunto, pero acerca de eso estoy más tranquila; porque lo que es Gonzalez se confiesa con el padre Espinosa y no hay cuidado.

—¿Supongo que también estarás en observación?

—Por supuesto.

—¡Cómo ha de ser! ya las muchachas empiezan á prepararnos pesadumbres de otro género. ¿Y Pablito?

—Pablito es un buen muchacho.

—Pero esas ideas tan tristes,....

—A pesar de eso viene temprano

á casa y hasta ahora no le he notado inquietud particular.

—Á poco rato de esta conversación, el matrimonio se santiguó de nuevo y se durmió.

Al día siguiente Perez recibió un recado de doña Rosario y acudió á la cita sin tardanza.

Como el asunto de que se iba á tratar no debían enterarse ni remotamente las muchachas, la cita que doña Rosario le dió á Perez fué para la iglesia de la Merced en la misa de ocho.

Perez concurrió y doña Rosario llamando á Perez hácia un lugar apartado del atrio, le manifestó su plan, le encareció la necesidad que había de obrar con suma cordura y circunspección, y quedaron convenidos en que desde ese momento Perez sería, no solo la policía de Carlos, sino su explorador en la parte moral.

Dado este primer paso, doña Rosario pasó á inquirir la disposición de ánimo de Mercedes y después de prepararla por el método, que según doña Rosario le parecía infalible, entró en materia.

—Vas á decirme la verdad en todo lo que te pregunte, le dijo; recuerda que acabas de comulgar y que sería una cosa indigna de tí y muy ajena de una buena hija y de una buena cristiana engañarme en un día de pureza y de santidad; con que vamos á ver; tú amas á Carlos.

Merced quedó silenciosa.

—No me lo niegues, porque ya sabes que á mí no se me va nada por alto. Responde.

—Sí señora, no lo puedo negar.

—Y antes de entregarle tu corazón ¿no te has puesto á pensar si se será un hombre que te conviene? porque ya

sabes que las apariencias engañan y no sería extraño que fueras saliendo con que el señor don Carlos es un libertino.

—Pérmítame usted decirle, dijo Merced toda turbada, que hasta ahora nada hay que valga la pena de contarse. Carlos, es cierto, me trata con predilección y con cariño, pero no me ha hablado de amor.

—Pero tú lo quieres.

—Le profeso cariño y gratitud porque él se hace acreedor á ello con su conducta.

—Pues estos son asuntos muy delicados y es necesario no obrar con ligereza.

—Estoy dispuesta á obedecer á usted en todo.

—Bueno: empezamos porque no verás á Carlos sino cuando á mi me parezca conveniente, y eso después que yo tome mis informes.

Doña Rosario quedó muy satisfecha de sus procedimientos, y ufana de sus triunfos, le comunicó sus impresiones á D. Pedro María.

En cuanto á Merced, sintió por medio de esa intuición delicada de las mugeres el presentimiento de futuras disensiones y contrariedades.

Su amor acababa de recibir el impulso secreto de la dificultad, que es el agente más eficaz de los amores, y Merced se enteró de que amaba á Carlos más de lo que ella misma pensaba.

Á doña Rosario le pareció que era preciso no omitir medio alguno para aclarar aquella importante cuestión que la preocupaba incesantemente. Comenzó por contarle sus impresiones y comunicarle el asunto á varias de sus amigas de confianza, pero de una manera reservada y confidencial.

Las amigas de doña Rosario, hicie-

ron á su vez la misma confidencia á sus amigas, reencargando el secreto, y de boca en boca y de vieja en vieja, este asunto llegó á tener toda la popularidad de un secreto femenino.

En cuanto á Perez, debemos decir que la consigna de doña Rosario tenia para él más importancia de lo que parecía á primera vista.

Perez era un arbitrista completo y acabado y profesaba la útil teoría de no hacer ascos á gaje, propina, arbitrio, ó trabajo de ningún género.

Perez se preciaba de saber ganar su vida por medio de mil arbitrios desconocidos de muchos.

Efectivamente, según el mismo Perez decía, no daba paso sin linterna y en un solo día sabía ser testigo en dos ó tres juzgados, redactar una solicitud para una viuda, empeñar un prenda, conseguir dinero á premio, ajustar un

entierro, hacer una correduría y llevar diez recados.

Perez pesó una á una las palabras de doña Rosario y desde luego calculó que había mejorado su posición, pues poseía un secreto explotable.

—Don Pedro María, pensó, es hombre influente con los padres y bien podría conseguir una capellanía vacante. ¿Y para qué quiero capellanía? ¡ah! ya caigo, para Chucho el hijo de Elena, y ya que á ésta no la puedo obsequiar debidamente por lo precario de mi situación, la podré ofrecer la capellanía. En cuanto á Carlos, tiene demasiados asuntos como hombre rico, y en haciéndome necesario habrá algo que esperar.

Yo hago todo esto, continuaba, porque es preciso ante todo no dormirse y arbitrar recursos por cuantos caminos se presenten.

Todo esto lo pensaba Perez en camino para la casa de Carlos.

—Pero soy un cándido, dijo parándose de repente. Con que pretexto me presento? entrar hablando del asunto es una torpeza, hacerle una primera visita sin motivo... ¡ya está aquí! exclamó gozoso—adelante.

Entre los negocios que Perez tenía pendientes ese día, contaba con el encargo que le habían hecho de vender una purera.

—¿Señor D. Carlos?

—¿Qué hay, Perez?

—¿Cómo le fué á usted de desvelada? ¿no ha habido novedad notable?

—No, ninguna; gracias.

Hubo una ligera pausa.

—Siéntese usted, dijo Carlos.

—Gracias, señor D. Carlos, tengo mucho que hacer, contestó Perez sentándose y luego continuó:—Vine á

traerle á usted... ah! se me olvidaba... parece que *por allá* sí ha habido alguna novedad.

—¿Por allá? repitió Cárlos, ¿por la casa de D. Pedro María?

—Exactamente: parece que Merceditas estaba algo indispuesta.

—¿Es posible?

—Sí, pero nada de cuidado. Con que... me voy... solo vine á traer á usted su purera que dejó olvidada.

—¡Mi purera! yo no fumo puro.

—¿No es de usted esta purera? preguntó sacando del bolsillo la purera que le habían dado á vender.

—No, no es mía.

—¿Ha visto usted cosa más rara! ¿con que no es de usted? Pues lo que es yo lo hubiera jurado, tal creí haberla visto anoche en las manos de usted.

—Pues no es mía.

—De quién será? ¿de quién será? ¿Usted no se figura?

—Absolutamente.

—Estoy en que Merceditas me dijo que era de usted; pobre Merceditas!

—¿Por qué dice usted eso?

—No, nada; por nada, sino que como la familia... ya sabe usted lo que son las señoras, especialmente cuando son tan timoratas como doña Rosario.

—Y bien, ¿qué sucede?

—No, nada; es que yo no quiero andar trayendo y llevando, porque no me gusta meterme en estas cosas, porque una cosa es que uno oiga y sepa lo que pasa y otra es andar diciendo lo que uno no sabe si convendrá decir ó nó.

—Pero por fin ¿de que se trata?

—Señor D. Cárlos; no haga usted caso; yo digo esto porque vino al caso pero por lo demás no me meto, y usted me dispensará. Tiene usted la bondad de decirme ¿qué hora es? porque

tengo una cita, para ver si me dan una colocación; porque ya ve usted, señor D. Carlos que malas están las cosas, y que para cada destino hay diez pretendientes y se vive con un trabajo, que solo Dios sabe. Con que ¿qué horas son?

—Las diez van á dar.

—¿Me permite usted?

—Pero es, que yo desearía saber.

—Le pido á usted mil perdones pero la cita era entre nueve y diez, y temo llegar demasiado tarde; ya sabe usted que cuando uno solicita es necesario andar muy listo.

—Pero... en fin ¿volverá usted?

—Si usted lo quiere así, señor Don Carlos estoy para servirlo.

—Bueno, espero á usted.

—¿A qué hora?

—En la tarde ¿le será á usted posible?

—En la tarde, en la tarde, murmuraba Perez hablando consigo mismo.... Permítame usted.... á la tarde.... á la una, á las dos, á las.... Entre cuatro y cinco estaré aquí.

—Está bien; esperaré á esas horas.

—Porque... en fin... si usted tiene interés en saber ciertas cosas, y en esto puedo prestarle un pequeño servicio... yo tendré mucho gusto. Ya sabe usted que en la casa de D. Pedro María tienen la bondad de considerarme, y yo se lo agradezco, eso es otra cosa, porque en fin, yo nada valgo... Pero la señora para todo cuenta conmigo, y el señor D. Pedro María (tan bueno) no hace nada sin contar con Perez. ¿Qué se trata de baile? que venga Perez; ¿que se trata de día de campo? que venga Perez; y Perez para cobrar, y Perez para esto y Perez para lo otro y lo de más allá; y yo á todo, señor

D. Carlos y firme como el Santo Dios.
—Con que entre cuatro y cinco, no, señor D. Carlitos? aquí me tendrá usted, y en todo lo que le pueda servir...

—Gracias, Perez.

—Con que adios, adios, hasta la tarde.

—Adios, nos veremos.

—Sí, por supuesto, entre cuatro y cinco, muy bien. Con que... voy á preguntar de quién es la purera.

Perez salió de la casa de Carlos lleno de ilusiones. Carlos pensó que sería conveniente tener á Perez de su parte.

Lo mismo se había quedado pensando doña Rosario cuando se separó de Perez, porque creía tener en él un agente activo, eficaz y muy á propósito para sus planes.

Merced sobresaltada con lo que su mamá le había dicho, pensó en que

era preciso tener alguna persona de su parte y por medio de la cual se pusiera en conocimiento con Carlos, y esa persona debía ser Perez.

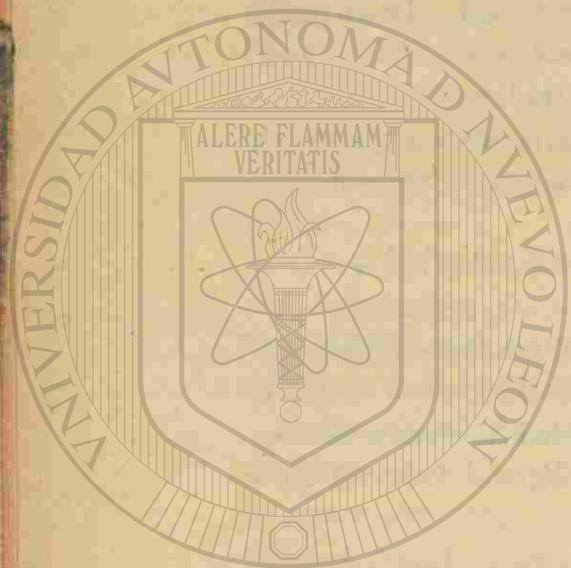
D. Pedro María, al día siguiente de la conferencia nocturna, se levantó diciendo para sí:

—Después de todo, ese Perez es buen hombre y es necesario seguir contando con él para todo, es tan servicial y tan honradote!...

Hasta Elena había pensado también después del baile, que Perez no tenía precio.

—¿Qué haría yo sin Perez? decía de cuántas apuraciones me ha sacado Perez! Ya no me va pareciendo tan feo. Y lo que es las boleras las baila bien pero ya se vé, si todo lo hace bien Perez.

He aquí de que manera Perez era en todas partes el hombre de la situación.



CAPÍTULO X

En el que se ve que en materia de amor, el rodeo suele ser el camino más corto.

MERCED después de los consejos de doña Rosario, y Carlos después de las reticencias de Perez pensaron por primera vez formalmente en que se amaban.

—Me ha hecho impresión lo que me ha dicho Perez, pensaba Carlos, y esto es porque Mercedes me interesa más de lo que yo creía; y como cada casa es un mundo, sabe Dios lo que estará pasando en la casa de don Pedro por mi causa, sin que yo me aperciba de

ello. Yo hasta ahora no he querido hacer la menor declaración, ni comprometerme á nada, ¡qué diablo! esto del matrimonio es una cosa seria y todavía no quiero dar paso, en un sentido determinado; pero, por otra parte, tal vez esté yo siendo la causa de algún trastorno de familia.... de todos modos Pérez me sacará de la duda y me pondrá al tanto de lo que pasa.

La actividad de Pérez tomó creces, y su facultad de locomoción y su verbosidad tuvieron ancho espacio.

A doña Rosario le dió cuenta de su comisión, buscando mil medios ingeniosos de hablarla aparte, sin que de ello se apercibieran las niñas.

—Vamos bien, le dijo en un aparte, dramáticamente buscado. Nuestro hombre me espera entre cuatro y cinco.

Pérez sabía que era de muy buen efecto esto de «nuestro hombre» en lu-

gar de «Cárlos» porque de este modo no mentaba personas y corroboraba su fidelidad, su secreto y su confianza.

Para Merced tuvo también Pérez un momento propicio.

—Quiero preguntar á usted una cosa, Pérez.

—Estoy á la órden de usted, Mercedita; ya sabe usted que la quiero como si fuera usted mi hija.

—Ya lo sé, y si no fuera por eso.....

—¿Qué desea usted?

—¿Ha visto usted á Cárlos?

—Calle usted, criatura; mucho cuidado, mucha medida, que las cosas se están poniendo color de agua tibia.

Vea usted qué purera tan bonita; está buena para el señor don Pedro María.

—Mi papá chupa puros, pero chiquitos

—Podían ustedes hacerle un regalito decente con ella; no vale más que

doce pesos, es regalada, es toda cincelada, vea usted este bajo relieve: representa el paso de las Termópilas.

—Es muy bonito,.... con que ¿qué decía usted?

—Que la cosa se complica, mucho cuidado.

—¿Pues qué sabe usted?

—Yo nada. pero.... cuente usted conmigo.

—¿De veras?

—Ya me conoce usted.

—Pues bueno, yo desearía hablar con Carlos.

—¿Y la mamá?

—Pues usted dirá.

—Yo lo arreglaré.

—¿Cómo?

—¿Tiene usted confianza en Angelita?

—Sí.

—Procure usted ir á misa el domingo, sola con Angelita.

—Imposible.

—Pues por el balcón.

—Tengo miedo.

—Por la azotea.

—¿Y si me caigo? Yo nunca subo.

Doña Rosario cortó este interesante diálogo; Perez se despidió y se fué hasta San Hipólito, á donde vivía Elena.

—En usted estaba pensando.

Perez pensó esto.

Todos están ahora pensando en Perez.

—¿Sí? ¡cuán dichoso soy!

—No empiece usted.

—No empiezo, sigo.

—¡Ay qué hombre!

—¡Ay qué Elena!

—¿Y yo qué tengo?

—¡Tantas cosas!

—Eso ya lo sé.

—¿No es verdad que tiene usted muchas cosas?

— Sí, muchas cosas que decir á usted.

— A más de esás, yo hablaba de otras cosas que usted tiene.

— No le digo á usted que ya em-
pieza?

— ¿A qué?

— A ponerse insoportable.

— Pero usted es muy buena y me
soporta siempre.

— Y dále.

— No se enfade usted.

— Estoy de mal humor.

— ¿Le ha sucedido á usted algo?

— A mí siempre me sucede algo.

— Dichosa usted; á mí nada me su-
cede.

— ¿Pues qué quiere usted que le su-
ceda?

— Algo.

— ¿Cómo de qué?

— Que me machuque un coche, que

me dé un tifo, que me den una esto-
cada.

— ¡Ave María Purísima! Está usted
desesperado.

— Casi.

— ¿Por qué?

— Usted tiene la culpa.

— Perez, Perez, téngame usted juicio.

— Vuélvamelo usted.

— ¿Yo?

— Sí, usted me lo robó.

— Yo no.

— No, sus ojos.

— ¡Ah que usted!

— Sí, eso es, ¡ah que yo!

Y luego fijando una larga mirada
en Elena, exclamó como estallando.

— ¡Cruel!

— Elena bajó los ojos y al cabo de
un rato dijo.

— Hemos de hablar con formalidad
¿sí ó no?

—Como usted guste, usted manda y yo obedezco.

—¿Cómo le fué á usted de baile?

—Tengo las boleras pintadas en el corazón.

—¿Con qué? preguntó Elena riéndose.

—Con fuego!

—¡Ah qué horror!

—Y los piés de usted, aquellos piés color de azul celeste... á aquellos piecitos les pone alas mi imaginación y se vuelven dos querubincitos.

—¡Oiga!

—Sí, Elena.

—Y se van al cielo, como son celestes....

—¡Ay! y á mí me dejan en el infierno.

—¿Qué me cuenta usted, Perez?

—Es usted muy cruel.

—Y usted muy chancista.

—Hablo de veras. Vamos á ver, ¿qué le ha sucedido á usted, Elena?

—Me han pegado una cólera.

—¿Quién? ¿quiénes? Porque aquí está Perez para servirle á usted de... barricada.

—¿De qué?

—De barricada.

—Hábleme usted de modo que lo entienda, que no me gustan palabras dudosas.

—Barricada, hija, trinchera; quiero decir que usted se ponga detrás de mí.

—¿Y para qué?

—Para que yo reciba los golpes y los balazos, y usted se esté quieta y salva.

—¡Ah! ¿lo decía usted por eso?

—Sí, por eso.

—Pues gracias, y oiga usted lo de la cólera.

—A ver.

—Figúrese usted que los muchachos de la escuela, los muchachos ordinarios por supuesto, le han puesto á mi hijo un sobrenombre.

—¿Un apodo?

—Sí, eso.

—¿Y cómo le han puesto?

—Chucho el Ninfo.

—¿El ninfo?

—Vea usted, Perez, que infamia, y todo porque mi hijo va aseado y bien vestido.

—Eso no es más que envidia.

—¿El Ninfo! pues no faltaba más, sino que mi hijo de mi corazón anduviera como un limosnero; no señor, primero pido limosna yo.

—¿Y ese es el motivo de la cólera?

—Sí, Perez, quiero que inmediatamente vaya usted á buscar otro establecimiento en donde poner á Chucho.

—Pero si ya iba aprendiendo.

—No le hace, yo no he de permitir que maltraten á mi hijo ni que le pongan nombres.

Perez informó á Elena de cuales eran los mejores preceptores, y le dió, como en todas, noticias frescas en esta materia.

El run run del casamiento de Mercedes, llegó á oídos del señor cura y del padre Martinez, quienes, echando una raya en el agua como ellos decían suspendieron una noche su tresillo, para hablar del asunto del matrimonio.

—A la verdad, Sr. D. Pedro María, que yo ya tenía para mi capote lo que pasa; porque yo, como suele decirse, corto el pelo en el aire, decía el padre Martinez. Nosotros los eclesiásticos, por razón de nuestro ministerio, vemos las cosas de otro modo ¿me comprende usted?

—Es natural, padre Martínez. Yo les confieso á ustedes que soy un poco distraído en estos asuntos, pero descanso en mi muger.

—Y hace usted bien señor D. Pedro, porque doña Rosario, es toda una señora, y ¡qué conciencia! ¡qué conciencia señor cura! agregó, oiga usted; da gusto. En eso sí, Sr. D. Pedro está usted muy bien jugado, y la Divina Providencia lo vé á usted con ojos de misericordia, porque sin exagerarle á usted, se ven unas cosas... ¿no es verdad, señor cura?.. Pero ¡como ha de ser, señor, como ha de ser!..

—Pero, como decía, insistió D. Pedro, yo me descuido en estas cosas; pero ahora que se trata del asunto quisiera saber la respetable opinión de ustedes, en concepto de que, siendo cosa de conciencia, espero que se me hable con toda la franqueza...

—¡Ah! eso por de contado, mi señor, ya no solo por nuestro carácter sino como amigos de la casa..

—Pero es el caso que la cosa no parece muy sencilla.

—¡Cómo!

—Sí; parece que el señor D. Carlos...

—¿El presunto? preguntó el señor cura.

—Sí, señor cura, contestó D. Pedro María; el señor D. Carlos parece estar contaminado.

—¡Ave Maria Purísima! ¿y de qué mi señor D. Pedro?

—Quiero decir, tiene sus ideas.....

—¿Liberales? dijo quedito el padre Martínez, como si hubiese pronunciado una obscenidad.

—En eso es en lo que yo no estoy muy al tanto; mi mujer me ha dicho que si Carlos tiene sus ideas y que si no es muy religioso, y que si ha teni-

do sus conversaciones, y que te fué y que te vino, y qué sé yo; pero es el caso que no tenemos bastante seguridad acerca de sus opiniones religiosas.

—Pues mucho cuidado, señor don Pedro, mucho cuidado; vea usted que esa es la base de la felicidad, y esto del matrimonio es muy expuesto.

—Sobre todo, agregó el señor cura, en estos tiempos en que las ideas de la desenfrenada democracia van tomando unas creces, que yo no sé á dónde irán á parar.

—En eso está mi dificultad, en que yo no sé acertivamente si Carlos es solamente inclinado á la libertad, ó si ya sus ideas han tomado ese carácter tan marcado de protestantismo y de...

—¡Ah! el protestantismo! la lepra de las sociedades, señor don Pedro María; Dios nos libré de ese azote.

—¿Cómo hiciera yo, señor cura,

para averiguar la verdad? porque decididamente no daré mi hija á uno de esos caballeritos ilustrados, que con pretexto de cultura le espetan á usted una teoría disolvente traída de Europa.

—Por supuesto, señor don Pedro, dijo el cura, ante todo que sea buen cristiano.

Escuche usted, señor don Pedro: yo tengo un medio seguro para averiguar exactamente las creencias de cada individuo.

—Veamos cuál es ese medio, padre Martínez.

—Yo tengo hechas sobre esto algunas observaciones.

—¿Á ver?

—Dígame usted, señor don Pedro, ¿ese caballerito lee á Voltaire?

—No lo sé.

—¿Qué lastima!

—¿Por qué?

—Porque ese dato es precioso. Averigüe usted si el presunto novio de su hija lee á Voltaire, y ya lo tenemos acá todo. ¿Me comprende usted?

—Pero.....

—Vea usted, señor don Pedro. Ese condenado Voltaire tiene una labia y un modo tal (sofístico por supuesto), que le convierte á usted un muchacho de la noche á la mañana.

—Es cierto, dijo el cura, y con razón sobrada se han quemado tantos ejemplares de sus obras.

—Pues yo tengo hecha esa observación, hombre que lee á Voltaire, hereje seguro.

—¿Sabe usted que no me parece mal? Con que decía usted, que el todo es averiguar si lee á Voltaire.

—Eso es.

—Y si lo lee es claro que le tendrá en su casa.

—Es probable.

—Pues caerle á su casa y dar una ojeada á sus libros.

—Ó preguntárselo.

—No lo confiesa.

—Dice usted bien.

—Entonces.....

—Me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Que vaya una persona de confianza á hacerle una visita, dijo el padre Martinez.

—Me parece muy acertado.

—Y yo ya sé quién es esa persona.

—Y yo también, dijo el cura.

—¿Quién? preguntó don Pedro.

—Perez, dijo el cura.

—¿Perez? repitió el padre Martinez.

—Perez, repitió don Pedro; sí señores, Perez, y ya eso lo tenía dispuesto, y ya fué.

—Y qué resultó, ¿tenía á Voltaire?

—Vea usted, lo de Voltaire no me había ocurrido; esa es idea de usted; pero sí lo de explorar sus creencias religiosas.

Pero en fin, ¿qué dice Perez?

—No ha venido.

—Pues eso es lo que hay que hacer, y nada más.

—Pero no se sabe, agregó el cura, que ese señor don Carlos frecuente los santos sacramentos; en fin, no se sabe quién lo confiesa y si va á misa?

—No, contestó don Pedro, nosotros nada sabemos de eso.

—Pues también es un camino.

—Ya lo creo: en la práctica del culto se dan á conocer unos á otros los fieles.

—En todo caso, señor don Pedro, dijo el cura, le aconsejo á usted mucha previsión y cuidado, porque el asunto es de los delicados.

Esa misma tarde, Perez había estado entre cuatro y cinco en la casa de Carlos.

—Estoy á las órdenes de usted, señor don Carlitos, ya pareció el dueño de la purera: ¿cómo le ha ido á usted? parece que he sido exacto; así soy yo para mis citas, porque no me dé usted persona de esas á quienes usted cita á las cinco y viene á las diez: yo no, yo soy inglés, aunque mi color me agravia. ¿Qué ha pensado usted, señor don Carlitos?

Carlos resistió esta andanada con calma, y luego dijo:

—Me ha picado usted la curiosidad, con las noticias que me dió esta mañana.

—Con razón, señor don Carlitos, con razón; comprendo muy bien su inclinación de usted. Merceditas es una perla, que puede hacer la felicidad de

un hombre, y ante todo, le felicito á usted por su elección.

—Vea usted, lo que hay de cierto aquí es, que hay una simpatía mútua, pero yo no he formalizado nada todavía.

—¡Ah! pues ya por todas partes se habla de su matrimonio de usted; ya sabe usted lo que son las gentes, señor don Carlitos; y según he oído decir, la noticia se recibe con agrado generalmente, y hasta se ha asegurado que van tan acordes en ideas, que la familia está contentísima, porque dice que es usted buen cristiano: ¿usted se confiesa con el padre Espinosa?

—No.

—¡Ah! ya me acuerdo, con el doctor Aguirre.

—Tampoco.

—Pues vea usted, tal creía.....

Después de una pausa, Carlos preguntó:

—¿Y la familia se ha ocupado de estos detalles? tal vez desearía conocer mis opiniones y...

—Permítame usted, señor D. Carlitos, lo que es la familia no creo que se haya ocupado de eso; pero las gentes, ya sabe usted, las tias y los parientes, que lo comentan todo. Yo por mi parte, como quiera que sé que en esto le presto á usted un pequeño servicio, no vacilo en darle cuantos datos crea usted necesarios.

—Gracias, contestó secamente Carlos.

—Y ya sabe usted, que tanto el señor D. Pedro María como doña Rosario son tan escrupulosos...

—Francamente, desean saber lo que pienso y lo que creo.

—La familia hasta ahora... hasta ahora no, pero yo me lo temo; y debo advertir á usted á tiempo, que cual-

quiera divergencia en ciertas materias de conciencia sería un tropiezo...

— Me alegro saberlo á tiempo, pues por mi parte no acostumbro ocultar mi fe ni mis principios.

— Hace usted muy bien, señor don Carlitos, porque ¿quién ha dicho que cada uno no es libre para pensar como guste? pero no todas las personas son tolerantes; personas hay, que no creen que puede usted hacer nada bueno, si es usted liberal; otras por el contrario y vaya usted á averiguar el interior de todos, porque cada cabeza es un mundo. Y digo, en el caso en que á mí me preguntaran algo, porque en fin, yo soy como de la casa, ¿qué será bueno que diga?

— ¿De qué?

— Digo, de si, por ejemplo: sé ya si usted es ó no es, de si usted frecuenta ó deja de frecuentar, de si...

— He dicho á usted que no acostumbro ocultar mis opiniones.

— Bien hecho, muy bien hecho, así soy yo.

— De manera que, si le preguntan á usted, puede decir la verdad.

— Sí, la verdad es de caballeros. Y digo ¿aun qué la verdad le sea á usted contraria?

— En todo caso.

— Quiere decir, que puedo decir que es usted...

— Liberal.

— ¿Liberal? Bien, señor D. Carlitos; ¡liberal! eso sí: lo mismo que yo; porque yo soy también liberal, pues no faltaba más. Pues está muy bien. Y digo esto, ¿solo en el caso en que me lo pregunten...

— En todo caso, obre usted con libertad en el asunto.

— Muy bien, señor D. Carlitos, por-

que... decía yo... pues como ya le había dicho á usted, esto va á ser una bomba porque en fin... la familia es así... ya sabe usted, es muy buena; pero el señor D. Pedro es timorato hasta la exageración, y doña Rosario, le dice quítate que allá voy; y en el momento en que sepan que somos liberales, adios amistad, y vea usted que lo digo con esperiencia. Nada menos que el 24, ¿creerá usted que no invitaron á su compadre, porqué han dado en que es hereje? Pues sí señor; antes se lo bebían en un jarro de agua, y mi compadre por aquí, y mi compadre por allí, pero desde una noche en que el compadre se puso á hablar de las monjas, adios compadre, como si se hubiera muerto; figúrese usted que fué á decir que si estaba contra el celibato de los señores sacerdotes, de que si debía haber exclaustración como en Es-

paña y quien sabe cuantas atrocidades más; el caso es, que dejó escandalizada á la familia, y el padre Martinez fué el primero en aprobar que se le diera de mano al compadre, y desde entonces, para que vea usted lo que son las cosas, señor D. Carlitos, desde entonces empezaron á encontrarle tantos defectos al pobre compadre, que de un hombre tan bueno y tan querido, hicieron el más odioso de los hombres; y quién viene á decir que ya se sabía que el compadre leía libros prohibidos, y otros, que si el compadre se había burlado de los milagros; en fin, señor D. Carlitos, como yo, francamente le quiero á usted bien y me simpatizó usted desde el momento en que lo conocí, no quisiera que se volteara aquella casa, y lo tomaran á usted entre ojos y fuera usted tal vez á sacrificar sus inclinaciones, porque, oiga usted, pues... decía yo...

porque Merceditas lo quiere á usted bien; ya sabe usted, yo todo lo observo, y cuando usted llegó al baile yo iba á bailar con Merceditas, y creyendo ella que usted iría en seguida á sacarla, me hizo droga las cuadrillas, haciéndome creer que me las había dado Lupe; yo conocí la cosa, porque, qué quiere usted, soy penetrante y cuando uno anda en el mundo y rapa barba sabe muchas cosas, yo lo conocí y me dí por enterado y bailé con Lupe; y no solo esto sino lo que hizo en toda la noche.

—¿Qué hizo?

—¡Como qué! señor D. Carlitos, no perderle á usted movimiento; vamos yo estoy seguro de que Merceditas se muere por usted y sería una lástima que...

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo; sobre que la estuve

observando toda la noche. Y hay más, pero no me descubra usted, señor D. Carlitos, porque en fin, yo soy amigo de la familia y no quisiera hacerles una inconsecuencia; pero francamente he de hacer más por usted que por los demás; porque basta que sea usted liberal para que me crea yo obligado á servir á usted ya no solo como su amigo sino como su correligionario.

—Gracias, Perez.

—Y digo; sé más todavía... pero, señor D. Carlitos...

—Hable nsted con franqueza, y en todo caso cuente usted con mi discreción.

—Me basta, me basta, señor Don Carlitos, una palabra de usted es suficiente. Pues hay esto: ya picarán.

—¿Ya qué?

—Quiero decir, ya doña Rosario está sobre sí.

— Eso ya lo había notado.

— Y actualmente inquietan sobre si usted... ya usted sabe lo de compadre.

— Y Mercedes?

— Merceditas firme, señor D. Carlitos, tan firme que... diga usted lo que es ella... si usted quisiera comunicarse secretamente estoy seguro que usted lo conseguiría.

— ¿Le ha dicho á usted algo para mí?

— No, precisamente; pero yo conozco mi gente, y por lo que hemos hablado calculo que no sería difícil. Lo quiere á usted, señor D. Carlitos, lo quiere á usted bien.

— ¿Y me dice usted que puedo contar con usted?

— Enteramente, señor D. Carlitos, enteramente: nuestras ideas y nuestra... Cuente usted conmigo.

— Gracias, Perez, llegará la vez.

Esto lo dijo Cárlos, sacando el reloj y consultando la hora.

Perez, que comprendió que la visita se había hecho larga se levantó diciendo.

— ¡Ah señor D. Carlitos! vea usted que casualidad esta mañana pasé por una mercería, y un amigo que tengo allí me dijo:—Vea usted, Perez, usted que es persona de gusto, vea qué lapicero —y me enseñó este. Mire usted, señor D. Carlitos qué lapicero tan primoroso, de oro, con semanario, con pluma y con una ametista; qué le parece á usted?

— Es muy bonito, dijo Cárlos examinando el lapicero.

— ¿No es verdad? Vaya si yo conozco el gusto de usted. Pues decía yo, el mercillero me lo enseñó y en el momento me vino una inspiración; me di-

je: este lapicero debe ser del señor D. Carlitos, que es una persona tan elegante y de tanto gusto.—¿Cuanto vale?—Ocho pesos.—Me pareció dado y le dije al marçillero: lo llevo; á la tarde le llevo á usted su importe, seguro de que usted, señor D. Carlitos, no se había de quedar sin el lapicero. ¡Imposible! si usted es persona que sabe gastar: ¿no es verdad señor D. Carlitos?—Bien: supuesto que lo tomó usted para mí, tome usted su importe, dijo Cárlos dando media onza de oro á Perez.

—No precisa, no precisa; me lo dará usted cuando guste: yo lo pagaré en la mercería, y luego...

—No hay necesidad.

—Pues será en todo como usted lo desea, señor D. Carlitos. Y digo: nos veremos ¿cuándo? porque esto se queda pendiente.

—Si tengo que hacer. Nos veremos mañana.

—¿En la tarde?

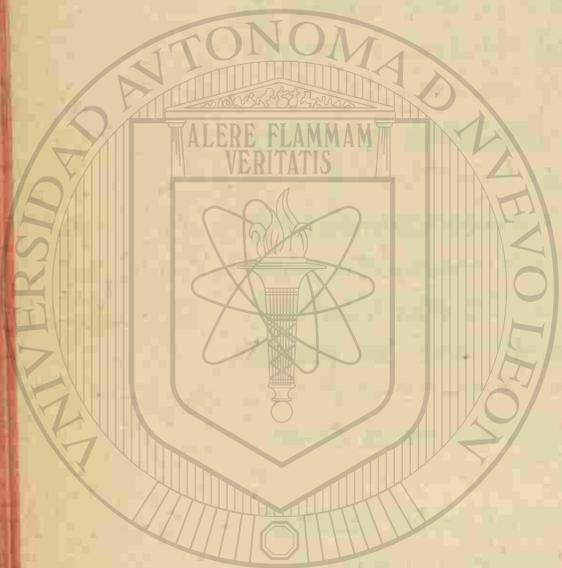
—Sí.

—Pues hasta mañana en la tarde, señor D. Carlitos.

Perez bajó la escalera alborozado y triunfante; entró á un estanquillo para comprar puros con su media onza: como no hubo cambio, llevó los puros sin pagarlos.

Esto ya lo sabía Perez antes de entrar al estanquillo.

Enseguida paseó su media onza por varias partes, y la enseñó cuantas veces tuvo motivo para ello, hasta que por fin encontró al dueño del lapicero que se lo había dado á vender en cuatro pesos.



CAPÍTULO XI.

De los ingredientes indispensables para un matrimonio por amor.

EN la casa de don Pedro María esperaban con ansia á Perez para saber el resultado de su misión diplomática; pero como ésta no había quedado terminada en la primera entrevista con Carlos, Perez prefirió no aparecer en la casa de don Pedro hasta saber á punto fijo el partido que debía tomar

Entretanto las amigas graves de doña Rosario creían prestarle un verdadero servicio con tomar á pechos lo de los informes secretos, y desde el mo-

mento en que cayó aquel asunto bajo su dominio, no perdonaron medio, ni espionaje, ni pesquisa para averiguar la verdad; y entre si Cárlos era santo ó réprobo, desentrañaron las amigas de doña Rosario la historia privada de Cárlos, quien por su parte estaba muy ajeno de ser la causa de aquella conspiración femenil.

Perez había acertado: le había caído un negocio explotable, y su primer cuidado fué interesar vivamente á Cárlos y á Mercedes, porque ésta era la base de sus combinaciones.

El amor de Mercedes y Cárlos contó desde su iniciación con el poderoso estímulo de la contrariedad, sin la cual probablemente aquel amor no se hubiera desarrollado.

Para doña Rosario era una verdadera calamidad casar á su hija con un hombre que ante todas cosas no fuese

timorato, y este era su único punto objetivo.

Don Pedro María, que desde que fué novio de doña Rosario, su mujer, tuvo la manía de conceptuarla mujer de talento, se había acostumbrado á seguir pasivamente el dictámen de su mujer, condescendencia que, por otra parte, cooperó y no poco á mantener una paz inalterable en el matrimonio.

Á medida que los días pasaban sin que la gran cuestión que preocupaba á doña Rosario tuviese una solución terminante, se aumentaban las precauciones, en el fondo y en la forma inútiles, para cuidar á Mercedes.

Ésta comenzó á ser el objeto de una vigilancia enojosa, al grado de experimentar todas las pequeñas contrariedades de la tiranía doméstica.

Hé aquí por qué medio el amor de Merced encontraba más y más estímulo.

La primera intuición del amor había sido en Mercedes tan espontánea, como lo es la simpatía; pero desde el momento en que comenzó á sufrir por esta simpatía, comenzó el culto de su amor.

En Cárlos se efectuaba igual reacción y como el amor en el hombre propende al heroísmo, Cárlos empezaba á creerse obligado por caballerosidad á redimir á Mercedes de la tiranía que sufría por su causa.

Perez entre tanto no había llegado á aclarar la cuestión pendiente, no había podido satisfacer la insaciable curiosidad de doña Rosario.

—Pues bien, decía ésta, ¿por fin á qué debemos atenernos? ¿Cárlos es liberal de esos que hay tantos y cuyas máximas van ya hasta la herejía y la impiedad, ó es un hombre timorato y de buenas costumbres? hable usted cla-

ro, Perez; pues nosotros nos hemos fiado de usted, y esperamos que será usted leal y sabrá corresponder á nuestra confianza.

—Muy bien, mi señora doña Rosario, todo eso está muy bueno ¿qué desea usted saber?

—Esto: ¿Cárlos frecuenta?

—Eso es lo que no se sabe.

—Pues entonces no frecuenta: adelante. ¿Cárlos es liberal?

—Quiero decir.....

—Nada de ambages, ¿sí ó no?

—Vea usted, mi señora, las ideas liberales no se oponen, ni á la buena conducta, ni á la fé religiosa.

—Malo, malo, usted no me dice terminantemente que no es liberal, luego lo es.

Tales vió las cosas Perez en la casa de doña Rosario, que creyó prudente aconsejar á Cárlos que no se presen-

tara en ella, y con este paso quedaron decididas las relaciones ocultas.

De este género de relaciones, han nacido las nueve décimas partes de los matrimonios desgraciados.

Si la misión de los hombres en sociedad, es, considerada bajo una de sus fases, la de engañarse mutuamente, la misión de los amantes es, con doble motivo, la de representar una comedia sin público, en lo que, creyendo cada uno trabajar para su provecho, trabaja para su ruina.

Parecer bien al objeto amado, es el primer cuidado del que ama, y de esta manera se exhibe bajo su aspecto más favorable.

Este anhelo recíproco, forma el falso pedestal de los amores, y si esto se agrega la dificultad de la comunicación y el trato social; hallamos una solución de la palabra novio, dividida en dos palabras: *no vió*.

No viendo, permanecieron Merced y Carlos algún tiempo: el suficiente para excitar un deseo, para enardecer una ilusión, para fomentar un sentimiento y para formar un capricho.

De día en día se redoblaba la vigilancia y se aumentaban con esto los sacrificios y las privaciones, hasta que un día Carlos resolvió poner término á aquella situación, más por lo embarazosa y molesta, que por que la pasión por Mercedes lo hubiera colocado ya en el último extremo.

La formal pretensión de Carlos, unida á la certidumbre de que Carlos era liberal; fué una pesadumbre para la familia, y para la mayor parte de sus amistades.

Faltaba esta peripecia indispensable al amor de Carlos, para hacerlo aspirar al heroísmo; las cosas desde este momento tomaron un carácter alar-

mante y se tocaron por ambas partes beligerantes los recursos extremos.

Se hizo mudar á Merced de residencia y Carlos recibió un día la visita del padre Martínez.

Carlos á pesar de ver en el padre Martínez una ave de mal agüero, lo recibió con atención exquisita y la mayor afabilidad.

—Mi misión dijo el padre Martínez como ya habrá usted podido comprender, señor D. Carlos, es altamente delicada y difícil, y si no fuera por mi carácter eclesiástico, crea usted que hubiera renunciado á serle á usted molesto.

—Usted no me molestará de ningún modo.

—Gracias, mi señor. El caso es que mi amigo el señor D. Pedro María y su señora esposa, la señora doña Rosarito, desean que usted oyendo los

consejos de la amistad y las razones poderosas que les asisten para la oposición al pretendido enlace de usted, desista, así, buenamente de sus pretensiones. Nada le quitan á usted por supuesto, de su buena opinión y fama, ni tienen nada que decir de su caballerosidad y buena conducta; pero... mi señor don Carlos, usted comprenderá que estamos en unos tiempos en que las ideas de eso que dan en llamar el progreso de la humanidad, está siendo ya la causa de disensiones que llegan hasta el hogar doméstico, y calculan definitivamente, señor D. Carlos, que el matrimonio no puede ser feliz, supuesto que los contrayentes difieren esencialmente en ideas.

—De manera, interrumpió Carlos, que ni usted ni la familia, conciben que pueda haber felicidad doméstica que se concilie con ninguna idea de progreso y de libertad en el orden político.

—Así lo creemos, mi señor Don Carlos.

—Aun cuando por parte de los que pretenden unirse, haya los elementos sólidos de la felicidad conyugal.

—¿Y cuáles son esos fundamentos?

—La educación, la moral, el respeto á las leyes civiles y á sí mismos, el amor y el deseo mútuo de agradarse. Me parece que con tales bases se hace hasta ridículo tocar la cuestión de creencias políticas y creer este punto indispensable para la felicidad doméstica.

—Sin religión, señor don Carlos.....

—Sin religión. Permítame usted preguntarle: ¿con qué derecho se juzga sin religión al hombre que profesa los principios liberales?

—Porque es un hecho.

—No es sino una superchería, una arma hipócrita de partido tal asevera-

ción; y ya que tan abiertamente mella- ma usted á este terreno, entro en la lid con mucho gusto. El clero de Mé- xico tiembla ante la idea de una refor- ma, como la que ha verificado ya el espíritu del siglo en otras partes; y bien convencido de que es inevitable su cai- da, y viéndola próxima, esgrime sus gastadas armas para embotar los gol- pes que le asesta la civilización de un pueblo que llegará á emanciparse de la tiranía religiosa, como se emancipó de sus dominadores después de tres si- glos.

—Creo que lo preocupan á usted los buenos deseos de una trasforma- ción imposible. El pueblo mexicano es eminentemente católico; y aun añadiré lo que un predicador, compadre mío, decía hace muy poco en la cátedra del Espíritu Santo: «este pueblo es escogido de Dios. *Non fecit taliter*

omni nationi, no hizo otro tanto con las demás naciones.

—¿Quién? preguntó Carlos, ¿Dios ó la Virgen de Guadalupe?

—Su Divina Magestad por medio de Nuestra Madre Santísima, intercesora y prueba manifiesta de...

—Dejemos á Dios en el cielo si usted gusta, y sigamos nuestro tema en el terreno de nuestros asuntos, porque nos hemos remontado mucho.

—Dios sobre todo.

—No hay quien lo niegue.

—Porque todo nos viene de Dios.

—Menos lo que nos viene de las malas pasiones.

—Por supuesto, contestó el padre Martínez un poco turbado y dejó hablar á Carlos.

Aquella entrevista en la que el padre Martínez oyó más de lo que hubiera querido, terminó sin dar más resul-

tado que la exacerbación de las pasiones.

Gracias á los buenos servicios de Perez y á pesar de la vigilancia paterna, Mercedes y Carlos habian podido comunicarse varias veces, las suficientes para que los amantes hubieran tenido tiempo de reiterar sus mútuos juramentos.

Después de estos juramentos, los asuntos matrimoniales comenzaron á tomar un carácter alarmante, poniéndose en juego por parte de Carlos el resorte de la autoridad pública, y por parte de D. Pedro María el de la autoridad eclesiástica, apoyado por todas las intrigas femeniles.

—¿Qué le parece á usted doña Rita, de la desgracia de Rosarito? decía una vieja.

—¿Qué desgracia? preguntó la interpelada.

—Que le casan á Merceditas.

—¡Es posible! ¿y contra quién, mi alma?

—¿Como contra quién? ¿usted no sabe cuando hasta los muchos lo chiflan? con don Carlos!

—¿Y no es del gusto de la familia?

—Cómo ha de ser si es hereje.

—¡Ave María! ¿hereje?

—Sí, Doña Rita, se ha averiguado todo; y vea usted, es una lástima, por que por lo demás es hombre de posibles.

—¿Pero es cierto lo que usted me dice?

—¡Vaya si es cierto! sobre que no oye misa ¿lo creerá usted, doña Rita?

—¡Ah! pues eso es muy serio; pero la oírá temprano.

—Ni de doce y cuarto; domingo por domingo nos hemos encargado algunas de las amigas de la casa de

averiguar el hecho. A mí me tocó la última, y desde las cuatro de la mañana estuve esperando á que el mentado hereje saliera á misa, y nada; dieron las ocho y el señor en casa; las nueve y lo mismo; las diez y salió á la calle, y dije para mí, á misa de diez, lo seguí y entró, ¿dónde le parece á usted que entró? á una peluquería de donde salió á las once, á esa hora yo necesitaba ver por mí, pues como calculará usted, no era justo que por espiar al novio me quedára yo sin misa; porque él no había de cargar como yo, con mis once años de purgatorio.

—¿Y qué hizo usted para no abandonarlo?

—Puse á mi comadre en mi lugar, mientras fui á misa de once á Catedral; salí en seguida y mi D. Carlos parado en el atrio. —¿Que ha sucedido? le pregunté á mi comadre;—No se ha

movido de allí.—¿Está usted segura?

—Segura.—Pues bien, esperemos, porque falta la misa de doce y de doce y cuarto.

A los tres cuartos echó á andar y nosotros tras él: se paró á saludar á unas señoras..... yo no conozco á las señoras á quienes saludó y no le podré decir á usted que cosa eran; ellas iban bien vestidas y una era muy bonita..... en fin, puede que hayan sido buenas gentes..... yo no sé..... ni me gusta quitar créditos.

—¿Y luego?

—Dieron las doce, y dije ahora sí, á la misa de doce; oiga usted, mi alma; no era yo y me temblaban las piernas; deseaba yo que su Divina Majestad le tocara el corazón y se metiera á la iglesia, porque se me resistía extraordinariamente ir á dar á Rosarito la mala noticia; pero nada, dieron las

doce y cuarto y mi hombre parado como si tal misa hubiera en el mundo.

—Jesús, María y José de mi alma! ¿con que se quedó sin misa?

—Sí, señora; y nada de decir que por enfermedad ó por ocupación, nada de eso; no oyó misa porque no le dió gana y porque, no se canse usted, es hereje, es hereje.

—¿Qué no cabe duda!

—¿Y cómo quiere usted que doña Rosarito le dé su hija á un hereje? no señor, primero muerta, dice la pobrecita: primero la vea con cuatro velas que esposa de un hombre sin religión.

—¿Qué horror! tiene mucha razón doña Rosarito.

—Y luego, lo que ha seguido después.

—¿Pues qué ha seguido?

—Que el novio, el señorito, parece que es persona de resoluciones, y se ha presentado al señor Gobernador.

—¡Ave María! ¿con qué escandalito tenemos?

—Sí, mi alma, y grande, que vá á estar eso para poner tablados.

—Pues no deje usted de contarme lo que pase.

—Ya le daré á usted noticias; siento que esté usted tan de prisa, que si no le había de contar á usted más de cuatro cosas.

Mientras las viejas se habían encargado de averiguar si Cárlos oía misa, el padre Martínez llegó á averiguar lo que quería.

—El señor D. Cárlos lee á Voltaire, mi señor D. Pedro María.

—¿Con qué es posible?

—Sobre que me lo citó como autoridad en la conferencia que tuvimos.....

—¡Qué calamidad; exclamó D. Pedro, y se quedó pensativo.

El padre Martínez también se quedó pensativo.



CAPÍTULO XII.

Las posadas en la casa de Chucho el Ninfo.

NECESITAMOS apartarnos por algún tiempo de la casa de D. Pedro María, en espera de acontecimientos que valgan la pena de referirse, y volver á Elena y á Chucho el Ninfo á quien debemos dar la preferencia como el héroe de esta verídica historia.

Chucho había visitado ya tres establecimientos de primeras letras, y en todos ellos no había dejado la idea de llegar á ser un hombre instruido; y esto era porque Chucho contaba ante todo con su mamá.

—¡Ave María! ¿con qué escandalito tenemos?

—Sí, mi alma, y grande, que vá á estar eso para poner tablados.

—Pues no deje usted de contarme lo que pase.

—Ya le daré á usted noticias; siento que esté usted tan de prisa, que si no le había de contar á usted más de cuatro cosas.

Mientras las viejas se habían encargado de averiguar si Cárlos oía misa, el padre Martínez llegó á averiguar lo que quería.

—El señor D. Cárlos lee á Voltaire, mi señor D. Pedro María.

—¿Con qué es posible?

—Sobre que me lo citó como autoridad en la conferencia que tuvimos.....

—¡Qué calamidad; exclamó D. Pedro, y se quedó pensativo.

El padre Martínez también se quedó pensativo.



CAPÍTULO XII.

Las posadas en la casa de Chucho el Ninfo.

NECESITAMOS apartarnos por algún tiempo de la casa de D. Pedro María, en espera de acontecimientos que valgan la pena de referirse, y volver á Elena y á Chucho el Ninfo á quien debemos dar la preferencia como el héroe de esta verídica historia.

Chucho había visitado ya tres establecimientos de primeras letras, y en todos ellos no había dejado la idea de llegar á ser un hombre instruido; y esto era porque Chucho contaba ante todo con su mamá.

— Como mi mamá me quiere tanto, decía, aunque no estudie, ella me dará lo que necesito hasta que sea yo grande.

Efectivamente Chucho crecía sin necesitar más que á su madre.

A Refugio la iba necesitando menos cada día; aunque Refugio, como sucede siempre, conservaba el mismo cariño á Chucho y le ayudaba á Elena á admirarse del desarrollo precoz del hijo mimado.

Por lo que toca al pobre alamedero, había abandonado hacía tiempo la grata tarea de perforar la banca de la Alameda, en la que solía sentarse esperando en vano á Refugio.

Refugio había decidido no casarse por no salir de la casa de Elena, en la que tantos motivos tenía para estar contenta.

Perez seguía simpatizando con Elena.

Elena y Perez eran arbitristas.

Elena hacía dulces, fiaba ropas, prestaba á premio, marcaba pañuelos, hacía rifas y entraba á la lotería; todo esto sin contar otras industrias del momento que su espíritu mercantil nunca desperdiciaba.

Perez, según lo hemos dicho ya, hacía cosas por el estilo; de manera que estos dos personajes se identificaban por sus tendencias y por su modo de vivir.

Desde que en la casa de D. Pedro Maria había entrado la tristeza por los acontecimientos que hemos referido, relativos al casamiento de Mercedes, en la casa de Elena soplaba un viento favorable.

Hacía tiempo que Perez y Elena estaban de buenas, habían hecho rifas sacándose las ellos mismos. Elena se había sacado una lotería, y con esto y la

exactitud en las quincenas, el bienestar se había aclimatado en la casa de Chucho el Ninfo.

Era Diciembre.

Elena vivía en una casa de varias viviendas; pero Elena era la vecina más rica, la más *planchada*, según expresión de las mismas vecinas, quienes en formal diputación invadieron un día la habitación de Elena para rogarle se pusiera á la cabeza de una tanda de posadas.

Elena no tuvo embarazo en ceder á aquella súplica desde el momento en que Chucho que estaba aprendiendo á bailar se empeñó en ello.

Las vecinas formularon un voto de gracias á Chucho el Ninfo, quien agregó á todas las que ya atesoraba, esta gracia más.

Perez recibió con una triple sonrisa la noticia de las posadas; y la primera

idea retozona que le vino á las mientes, fué la de regalar á Elena un par de zapatitos verdes.

Elena, por su parte, creyó no poder escusarse de bailar algunas noches las boleras con Perez, y esta idea tambien retozona, le arrancó á Elena delante de Perez otras tres sonrisas; de manera que las sonrisas de Perez por los zapatitos verdes, y las de Elena por las boleras, se confundieron al grado de que cualquier malicioso hubiera pensado en algo más que en boleras y zapatitos.

Procedióse solemnemente á formar un presupuesto del gasto de aquel novenario, y se convino en que las primeras noches se la pasarían sin música, conformidad humilde que Perez que tenía un recurso para cada circunstancia, se encargó de premiar, ofreciendo un tocador de arpa amigo suyo y po-

co pretencioso en materia de retribuciones.

Elena, que como hemos dicho, era curiosa de manos, transformó un pañadero de trapo de la industria poblana en san José, una china en la Virgen, y compró mula y ángel, con lo que formó el grupo de los santos peregrinos.

Llegó el 16, y la sala de la casa de Elena estaba iluminada, y á las ocho en punto llegó el de la arpa con Perez y la mayor parte de los vecinos.

Elena se arrodilló y comenzó las oraciones, que eran interrumpidas por coplas cantadas, en las que la voz de Perez sobresalía, pues era la de cantar una de sus habilidades.

Perez era músico de guitarra y cantaba canciones amorosas en los estrados; Perez cantaba y tocaba la guitarra, acompañando al de la arpa, y un

coro de voces gritonas y guturales, destempladas y desacordes seguía á la música.

Llegó el momento de ponerse en pié y de encender las velas, porque se iba á entonar la letanía y á salir la procesión: multitud de muchachos tocaban pitos de caña que nada tenían de melodiosos, y la procesión comenzó á desfilar, rompiendo la marcha los muchachos, después los convidados de dos en dos; en seguida un grupo de señoras grandes rodeando á Elena, quien llevaba la primera voz, después Chucho el Ninfo tras de su mamá con vela de cera, atrás las andas con los santos peregrinos, y Perez y el de la arpa cerrando la marcha.

La procesión recorrió toda la casa, cantando la letanía, hasta que llegó á una puerta detrás de la cual estaba un grupo de cantores que iba á recibir la

posada, lo cual quería decir que iba á dar hospitalidad á los peregrinos.

Entablóse el diálogo consabido entre pretendientes y donantes, y al fin, según todos lo sabían, se abrieron las puertas y ¡aquí fué broma!

Perez y el del arpa tocaron diana; los muchachos gritaron á reventar, y todos se desmerecieron de gusto porque llegaba la hora de *la Colación*.

La vecina á quien le tocó recibir la posada, obsequió á la concurrencia con confites, cacahuets y tejocotes y á los muchachos y criadas, que eran muchos les arrojó al suelo el resto de la colación.

Los muchachos y criadas se retiraron de la sala con su botín, y las personas serias quedaron instaladas en plena tertulia puramente profana.

Elena y Perez cantaron una canción de estrado, sentimental y romántica, de

largas y sostenidas fermatas que causaron la admiración de las vecinas.

—¡Qué linda voz, exclamó una vieja, Dios se la conserve á usted, mi vida!

—Estoy muy ronca, contestó Elena: contestación de estampilla de todas las cantoras de canciones de estrado.

—Y el Sr. Perez, objetó otra anciana tiene un timbre muy agradable.

—Gracias, señora.

—¿Y qué voz es la de usted caballero? ¿Es usted tenor?

—Como lo hago de afición...

—¡Ah! es usted lírico.

—Sí, lírico.

—¿No conoce usted la nota?

—Muy poco, la llave de sol...

—Pues usted debía dedicarse.

—Es muy linda la música.

—Que cante otra vez el «*No procu- res,*» mi mamá, gritó Chucho con su

voz de tiple; y como Chucho era el niño de la casa, cada concurrente se creyó obligado por educación, á celebrar esta gracia, de manera que al grito destemplado de Chucho, resonó en la pieza un coro de risas en octava baja.

Perez y Elena volvieron á tomar la actitud propia; quiere decir, Perez tomó una silla y se colocó frente á Elena, y repitieron el *No procures*.

En seguida el del arpa cantó una tonadilla con voz de sochantre, que dió mucho que reír á la concurrencia, hasta las diez de la noche, en que cada uno tomó el camino de su vivienda.

A nadie se le abría la puerta de aquella casa después de las diez de la noche; pero Perez era el hombre feliz y tenía buenas y antiguas relaciones con la casera, quien protestaba que solo al señor Perez, por ser Perez, le abría la puerta.

Las vecinas que iban á recibir la segunda posada celebraron un importante concilio á fin de quedar mejor que la vecina de la noche anterior, y decidieron iluminar el patio con faroles de papel.

Nuevos convidados aumentaron la concurrencia, y esta noche además de la parte lírica desempeñada por Elena y Perez con el *No procures* y el de la arpa con sus tonadillas, se bailó una cuadrilla, pues entre los nuevos convidados vinieron cuatro pollos y algunas pollas más engalanadas de lo que convenía á lo humilde y pobre de aquella concurrencia.

Durante las tres primeras noches, aquellas posadas no habían llamado la atención; pero poco á poco se fueron aumentando y al del arpa lo sustituyó una música de bandolones, y se adicionaron á la colación algunas botellas de licores y algunos bizcochos.

Chucho comenzó sus estudios coreográficos y era el centro del grupo de las pollas, quienes con la confianza que inspira un niño, si bien dispierto, le acariciaban tiernamente.

Chucho era feliz.

Elena sonreía, con esta felicidad, aunque Perez fruncía no pocas veces el ceño al contemplar esta misma felicidad.

Refugio por su parte se embelesaba viendo bailar á Chucho; y Refugio era con quien Chucho estudiaba de día lo que aprendía de noche.

De manera que sus adelantos en el baile fueron muy rápidos.

Este arte no exige á sus adeptos ni la rigidez de miembros ni la severidad del guerrero.

Terpsícore gusta de la flexibilidad y la gracia, de la soltura y la ligereza.

Chucho tenía todo esto y entre las cosas que á Refugio le encantaban, eran los pies de Chucho; era un pié de muger á propósito para el baile, pié gracioso y por sí solo subversivo y listo.

Chucho tenía veinte compañeras; entre las que se escabullía y charlaba como Periquito entre ellas.

Hechas las amistades en las primeras noches, en las subsecuentes reinó mayor animación y alegría, habían ingresado algunos militares que conocían á Elena, se había cuidado de invitar, escogiéndolas á propósito, pollas bailadoras, aptas y bonitas; de manera que la tertulia iba cobrando más y más animación y el baile iba siendo el objeto principal de las reuniones.

Los oficiales convidados pidieron una noche; que les fué concedida, é introdujeron una verdadera revolución.

—Esta noche será cosa de no poderse presentar á la posada, sino con guantes, decía una vecina pobre.

—Todo lo han venido á echar á perder los oficiales, si con razón no puedo ver á los soldados.

—Ya ésto se volvió de tono, exclamó otra, yo ya no puedo competir con las que vienen.

—Es triste ponerse uno en evidencia.

—¡Y tan bien que empezamos!

—Pero ya verá usted; los oficiales van á echar el resto.

—Como que son tan garbosos.

—Pues yo sí voy; ya pedí un vestido y un peinado.

—Pues yo no; que no están los tiempos para lujos.

—Ya mandaron dos cajas con botellas, los oficiales.

—¿Qué dice usted no más? Esto va á ser una borrachera espantosa.

Efectivamente, á las ocho de la noche la casa de Elena estaba inconocible; la concurrencia difería ya esencialmente de la de las primeras noches. La misma Elena se había permitido ponerse un vestido transparente y una rosa en el peinado.

Perez encontró entonces una ocasión propicia para ofrecer sus zapatitos verdes.

Perez, que se había puesto en manos del peluquero, apareció rizado y con chaleco blanco. El peluquero había empleado una hora en rizar la espesa cabellera de Perez, y merced á este artificio, Perez tenía en su fisonomía algo de esa entonación misteriosa que solo una mujer puede definir.

Elena encontró bien á Perez; hasta se lo quedó viendo. ®

Perez conoció que sus rizos habían hecho efecto, y aprovechando esta

buena disposición de ánimo se atrevió á insinuarse.

— ¡Qué linda está usted, Elena!

— ¡Ya empieza usted?

— ¡Ya; y con ardor, porque está usted más hermosa que otras veces, ¡qué vestido! ¡qué cintura! ¡qué pecho! ¡qué...

— ¡Vamos, vamos! juicio, señor de los rizos.

— ¿Le gustan á usted mis rizos?

— No; está usted más feo.

— ¿Más? preguntó Perez clavando sus ojos negros en Elena.

Esta, que por la mirada creyó haber dicho más de lo necesario, se corrigió, diciendo:

— Menos.

— ¿Menos feo?

— Sí; más pasadero.

— Pues ya es algo; oiga usted, Elena, todavía me están revoloteando en

la cabeza aquellos zapatitos azules que bailó usted conmigo las boleras.

— ¡Oiga!

— Sí; son mi pesadilla.

— Ya me lo ha dicho usted cien veces.

— Me hacen soñar.

— Ya lo sé.

— Y en mi sueño hace pocas noches no los ví ya azules.

— ¿No? ¿pues de qué color?

— Verdes.

— Cómo la esperanza?

— Sí, como la esperanza.

Y Perez inclinó hácia un lado la cabeza viendo á Elena con unos ojos muy tiernos.

— He querido realizar mi sueño.

— ¿Sí, eh?

— ¡Y qué bien le estarán á usted unos zapatos verdes esta noche!

— ¿Sí? pues píntelos, dijo Elena riéndose.

—¿Se los pondría usted?

—¿Por qué no?

—Pues aquí están.

Y Perez sacó de su faltriquera los zapatos verdes envueltos en un papel.

—¿Pícaro! dijo Elena.

—Esta palabra *picaro* la saboreó Perez como un vol-au-vent. Jamás había recibido un piropo más expresivo.

Elena entretanto contemplaba sus zapatitos verdes que le estaban pareciendo deliciosos.

No tardó en oírse en el pátio una estruendosa música de viento, y toda la casa se estremeció como con una descarga eléctrica.

Comenzaron á entrar los convidados y las señoras venían esta noche más apuestas y engalanadas que en las anteriores: oficiales de riguroso uniforme, pollos con guantes y muchas personas desconocidas.

Todo lo que el rezo y las oraciones perdían en aquella noche en fervor y escrupulosidad, ganaron la procesión y el baile.

Elena, que seguía llevando la voz en el rezo, sincopó las oraciones, omitió Ave Marías, y todo lo hizo con una precipitación desusada.

Los oficiales obsequiaron á la concurrencia con preciosas canastitas con dulces finos, y después hubo profusión de bizcochos y licores.

El baile estuvo animadísimo y la concurrencia se entretuvo hasta las dos de la mañana, á cuya hora Perez y Elena, á invitación de algunas personas, bailaron sus boleras.

Los piés de Elena hicieron un grande efecto en el Estado mayor.

—Capitán Nuñez, dijo un subteniente, parece que la viudita no le le parece á usted mal, por lo visto?

—Oiga usted, tiene unos piés de lo mejor que hay.

Perez, entretanto, se lamía un labio y se mordía otro.

Elena conoció que hacía efecto; observación que Elena había hecho repetidas veces y siempre con una atingencia extraordinaria.

Chucho ya tenía algunas pollas predilectas, sus compañeritas en el baile, pues en el curso de las posadas, Chucho, siguiendo sus instintos de niño y el gusto de su mamá, no había contraído amistad con pollo alguno; pero sí con todas las pollitas tiernas y acarameladas que le rodeaban.

Los oficiales anunciaron oportunamente á Elena, que no habían querido privar á su coronel del placer de aquella posada y que le habían invitado, por parecerles á la vez un acto de buena educación.



Aguado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Han hecho ustedes muy bien, contestó Elena dándose por muy satisfecha.

Á poco rato se presentó el coronel; venía también de uniforme: era un soldado de la república, un hombre como de treinta y ocho años, trigüeño de buena barba, mirada de águila, buen porte y aire marcial; y con ese desparpajó y naturalidad del soldado que ha corrido el mundo saludó graciosamente á Elena dándole la mano.

Esta costumbre no estaba por entonces muy estendida, especialmente en la clase media; tanto que se consideraba como desatención ó como una libertad imperdonable dar la mano á las señoras.

Pero á Elena no le pareció lo mismo sino muy al contrario: encontró aquella acción muy natural y prueba de una galantería de buen gusto.

El coronel entró con buen pié.

Pero cuando vió el de Elena, el coronel se sintió acometido violentamente por una simpatía viva y por un apego pertinaz.

Felicitó á Elena por la gracia y donaire con que bailó las boleras; le elogió los pasos y los padiburés, porque también el coronel bailó boleras cuando jóven, y de gracia en gracia y de detalle en detalle vino el coronel á caer á donde Perez había caído ya: á los piés de Elena.

—Sobre todo, decía el coronel bañando á Elena con la aldeida de la colación de aquella noche; sobre todo tiene usted unos piés que deberían incrustarse en oro.

—Favor que usted me hace.

—No, hija, replicó el coronel: todavía no me encuentro en mi larga carrera militar un pié como el de usted.

Vamos, sobre que me ha sacado de mis casillas.....

Perez comenzaba á arrepentirse de haber obsequiado á Elena con los zapatitos verdes.

—¿Me permite usted, Elena, dijo el coronel, que tome una noche de posadas?

—No queda ya más que la Noche buena.

—La Noche buena es de todos, dijo uno.

—No, sino mía, dijo el coronel: la Noche buena me pertenece, y aquí se bailará por mi cuenta hasta el amanecer.

—Lástima que la casa sea tan chica, dijo un oficial.

—Para el coronel Fernandez Aguado no hay dificultades, exclamó el coronel. Ese es un tabique de pipiripao y en mejores murallas he abierto bre-

cha. Se tirará el tabique. ¿De quién es esta casa?

—Del convento de la Concepción.

—Madrigal el mayordomo es amigo mío; tiramos el tabique mañana y se levanta al tercero día.

—¡Que viva el coronel! gritó un pollo ahogándose de felicidad.

—¡Que viva! respondieron muchas voces.

—Y el comedor, ¡oh! el comedor aquí; el corredor es amplio se cubrirá con lienzos y se pondrá aquí el comedor. Capitan Nuñez mañana una fagina; se trae usted unos muchachos que trasporten ramas y las fundas de los carrós.

—Está bien mi coronel.

—Pero señor coronel, objetó Elena, ¿para qué se mete usted en estos gastos?

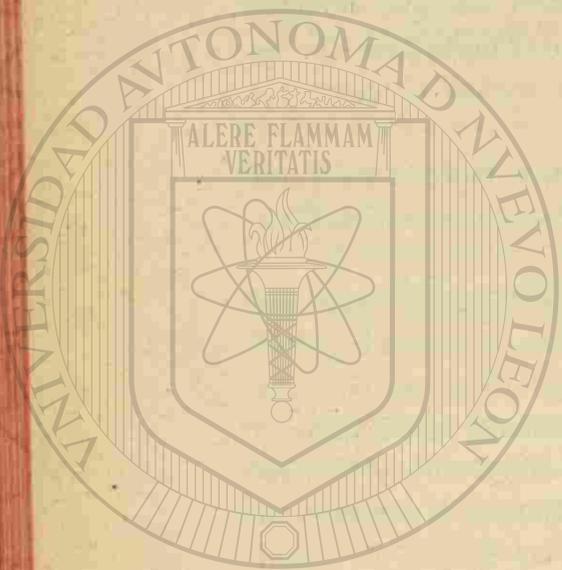
—Señorita, dijo el coronel picado,

usted es la reina, y merece, no lo que yo hago por usted, sino que se bajen las estrellas con la mano para que usted les ponga encima sus piecitos verdes.

—Los zapatos, murmuraba, Perez entre dientes; los zapatos verdes. ¡Tonto de mí!

—Pues no faltaba más, continuaba el coronel, á quien no faltaba ni garbo, ni dinero, ni amor. Elena, se volverá la casa de arriba á abajo; pero le probaré á usted que cuando el coronel Fernandez dice una galantería, la sostiene con su bolsa y con su espada. Es usted muy linda.

La reunión se disolvió aquella noche, resolviendo que á la noche siguiente no habría posada, por no ser compatible con los preparativos para la Noche buena. ®



CAPITULO XIII.

Preparativos.—Baile y cena de la noche buena.
El nacimiento del mesías.—Munificencias
del coronel Aguado.

Perez no se fué.

Era preciso arreglar muchas cosas, porque aquellas disposiciones, verdaderamente militares, decía Perez, no se pueden poner en práctica con solo la voluntad del coronel Aguado, que ha venido á trastornarlo todo.

—¿Le parece á usted mal?—preguntó Elena.

—Malo, dijo Perez. El coronel Aguado nos va á aguar la diversión.

—Todo porque es un hombre franco, porque tiene el corazón en las manos.

—Y porque le dijo á usted que tiene bonitos piés.

—Eso ya me lo han dicho, y usted también.

—Ya se ve que sí, tanto que me arrepiento de haber traído los zapatos verdes.

Elena sacudió los piés y dejó caer los dos zapatitos, que cayeron graciosamente á algunos pasos de distancia.

—No se vaya usted á resfriar.

—No me cuide usted.

—No lo decía por eso.

—¿Pues por qué?

—Porque le han gustado mucho al coronel y....

—Es la horma.

Perez estaba cenizo.

—Bien, dejemos eso y pensemos en lo que debemos hacer para mañana;

no se formalice usted, Elena, por tan poca cosa.

Chucho, que se había hecho el dormido, recogió los zapatos y se los puso á su mamá.

Elena besó á su hijo, y se puso suave como un guante.

—En primer lugar, continuó, mañana me pertenece usted, Perez, desde las seis de la mañana; porque es usted mis piés y mis manos; tengo mucho que hacer, pues yo no me quedo sin acostar al Niño y sin poner mi Nacimiento.

—Omita usted eso, dijo Perez.

—Eso es, judío! los santos son los que lo pagan todo, hereje. ¿Le parece á usted justo que porque nos vamos á divertir, no se acueste el Niño, ni se rece la posada? Dios me libre, que yo soy cristiana, y no tomo esas cosas como juguete.

— Pues sea, dijo el bueno de Perez.

La conversación del programa de la fiesta se prolongó tanto, que la luz sorprendió á Perez y á Elena.

Supongo, dijo Perez, oyendo cantar un gallo, que no pretenderá usted que me vaya, pues ya desde este momento me pongo á sus órdenes.

A las seis de la mañana llegaron unos albañiles y algunos soldados enviados por el coronel Aguado.

Al mando de Perez, los soldados vaciaron las piezas, trastornaron los muebles y á poco comenzó el derumbe.

En dos horas habían desaparecido hasta los escombros y un pintor igualaba la decoración de las paredes.

Los oficiales del cuerpo de Aguado, en un trajín verdaderamente militar, iban y venían acompañados de sus ordenanzas, trayendo y llevando mue-

bles, alfombras, candiles, vajillas, faroles, cajas de vino y medio mundo en fin.

La actividad de Elena llegó al heroísmo; se multiplicaba, estaba en todas partes, atendía á todo, dirigía la cocina, ponía el Nacimiento, disponía su traje, y no olvidaba ninguno de los detalles indispensables de aquella fiesta.

Perez listo, ágil, servicial y solícito, era como Elena había dicho, sus piés y sus manos; la comprendía con solo que Elena moviera un ojo; donde Elena ponía la vista, allí ponía Perez las manos, pues á las prendas diligentes de Perez, había que agregar el amor, locomotiva que desde tiempo inmemorial, hace andar al hombre más listo que de ordinario.

Los oficiales improvisaban un verdadero jardín en el corredor de la casa, armaban las mesas para la cena,

colocaban faroles y candiles, columnas y candelabros, y por toda la casa se difundía el olor peculiar del pinabete y de la lama fresca, olor que á los muchachos les hacía exclamar: huele á Noche buena.

Al medio día recibió Elena de parte del coronel, la visita de una francesa.

Elena sorprendida le salió al encuentro.

Era la modista, que venía de parte del coronel Aguado con algunas cajas de cartón, conteniendo un traje blanco de baile, peinados, pañoletas, guantes y otros adminículos.

A Elena le pareció que se iba á casar.

A Perez también.

Elena puso una cara como unas pascuas.

Perez torció el gesto y tomó la expresión de los condenados del Dante.

No obstante, Elena se encerró con la modista, para medirse el traje.

Perez entre tanto, sintió cierto escozor en los ojos y le escurrieron dos lágrimas.

El mismo Perez hizo un esfuerzo por persuadirse de que le había dado un aire, y como estaba desvelado, se le habían inflamado las glándulas.

En la tarde se presentó el coronel Aguado. La transformación se había operado. La pobre casa de Elena ofrecía ya á los concurrentes un salón amueblado y un comedor, cuasi kiosco ó jardín veneciano.

Aguado entró con el mismo aire con que hubiera entrado á visitar un prisionero de guerra.

Elena tembló.

Este temblor se lo han enseñado las flores á las mugeres en pro de sus atractivos.

Elena temblando había subido un cincuenta por ciento.

Afortunadamente no la vió Perez, porque estaba clavando.

Esto sucede á menudo. Generalmente, cuando unos clavan, otros tiemblan.

No queremos decir por esto que Elena amase á Aguado, no señor, Dios la librara; Elena era una muger honesta á pesar de las boleras.

Pero la impresionabilidad es patrimonio de la muger y hay acciones que deslumbran y se agradecen.

La muger se ha devanado los sesos buscando un medio para neutralizar el efecto de las esplendideces, y no lo ha podido conseguir todavía.

¿Cómo hacer una grosería á un hombre tan fino y tan franco y tan espléndido? Esto hubiera sido imperdonable; y todo podría tener Elena ménos ingrata.

De manera que sin temor de faltar á sus deberes, Elena pronunció las frases de su agradecimiento, diciendo que no tenía palabras para expresarlo.

Eso era lo que queria Aguado.

Dijo también que aquello le parecía mucho, muchísimo, más de lo que ella merecía.

Eso lo sabía también Aguado.

Insistió en que el coronel no debía haberse metido en esos gastos.

Aguado opinó de distinta manera, y finalmente sacó del faldón de su levita militar una cajita con un elegante aderezo y lo ofreció á Elena.

—Eso sí que no lo admito, dijo Elena.

—¿Cómo se entiende? ¡Cañones!— exclamó levantándose: son acaso falsas las piedras, niña de mi alma?

No, no es eso: es que eso es mucho para mí, y yo no merezco.....

—¡Acabara usted de volverme la sangre al cuerpo, muchachuela! en cuanto á que usted no lo merezca, es cosa que á mí me toca decidir; que si pudiera bajar esta noche con la mano la misma estrella que guió á los santos reyes magos, le habla de mandar hacer con ella un prendedorcito para ese pecho.... Conque, tome usted, y no me vuelva á ofender, porque no me gusta la gente desagradecida.

—Desagradecida! no lo permita Dios, señor coronel Fernandez.

—Fernandez Aguado, repitió el coronel, que mi padre era Aguado, de los Aguados nobles, y Fernandez Aguado es mi apelativo en honra de mis predecesores.

—Pues muy bien, señor Fernandez Aguado yo no soy desagradecida.

—¿No?

—No mil veces.

—Pues así me gusta la gente; porque la gratitud es de almas nobles, y en siendo uno agradecido, lo demás está de más, niña. Conque.... esta noche la veré á usted muy guapa, siendo la reina del baile, que esa es mi intención y nada más, que cada quien debe estar en su puesto. ¿Estamos? y yo como militar me gusta que el servicio se dé en orden y con la debida subordinación, y al coronel como coronel y á la coronela.... ¡ay niña! de pensar en que vá usted á ser la coronela, hasta me dán ganas de pronunciarle, que nunca lo he hecho.

—¡Yo la coronela! pero si....

—No empecemos; que donde está el coronel Fernandez Aguado y una señora de las altas prendas de usted á su lado, todos los honores de ordenanza son para la hembra; porque soy yo tan galán como soldado, ó como dicen,

no quita lo cortés á lo valiente; y si no fuera porque está lejos el cuartel le hacía partir la retreta de las puertas de su casa: pero ya arreglaremos eso, coronelita: por ahora á divertirse y no haya que temer: ¿qué falta? ¿han traído lo suficiente?

— Todo con una abundancia que.....

— ¿Abundancia que?....

— Que se vá á desperdiciar la mitad.

— ¿Y que importa? que sobre, lo cojerán los pobres: porque todo el mundo beberá á nuestra salud esta noche. ¡A desperdiciar! pues no faltaba más sino que yo supiera tasarme: ó las cosas se hacen ó no se hacen, y usted no me conoce, y hoy como hoy, solo dos cosas hay en el alma del coronel Fernandez Aguado, la una es usted, niña primorosa, y la otra mi regimiento, eso sí, mi regimiento, niña..... ya se lo pasaré mañana por su balcón y verá que

muchachos y qué banda y qué oficiales: ya conoce usted algunos buenos caballeros, ¿no es verdad?

— Efectivamente son muy amables, dijo Elena que no podía cortar las locuciones del coronel, sino con gran trabajo.

— Todos la quieren bien, y están dispuestos como su coronel á batirle marcha regular, que no tendrá usted queja. Conque decía que si nada falta.

— No, creo que no.....

— ¿Le han dado dinero los oficiales?

— Si me han dado para gastos más del que se necesita.

— Pues gástelo todo, y si falta, un vale al portador y al habilitado; que ya tiene orden de obedecer á usted, mi vida, que yo respondo.

Elena no había palpado nunca un ejemplo de prodigalidad semejante, y sentía como que á cada nuevo arran-

que de Aguado, se encajonaba más y más en una situación de la que no podía retroceder, y hasta le iba sucediendo una cosa: se le había olvidado Perez.

Ya se vé, las descargas cerradas del coronel no la dejaban pensar en nada: aquel hombre era una cascada de palabras, de obsequios, de galanterías: ¿qué había de hacer Elena con todo el regimiento? ¿cómo resistir á Aguado y á los suyos?

Elena, identificándose con su anfitrión, pensaba ya militarmente en que todo aquello no podía dar más que este resultado:

Rendirse á discreción.

Tras de esta derrota estaba un consuelo.

El porvenir de Chucho porque.... en fin, un hombre como Aguado, debía ser un protector decidido de su hijo de su corazón.

El coronel estaba en este momento presenciando la maniobra de subir unos grandes naranjos por la escalera para acabar de formar el jardín que iba á servir de comedor.

—A ver, esos reclutas! ¡á la derecha! ¡marchen! de frente! ¡alcornoque de cabo, marcha de frente!

A estas voces asomaron algunos vecinos, y Chucho el Ninfo temblando se vino á refugiarse con su madre.

—Aquí tiene usted á mi hijito.

—¿Cómo te vá, valiente? ¡Qué hijo tan lindo tiene usted, niña!

—Es un servidor de usted, señor coronel;—contesta, niño,—es muy hueraño.

Ya se lo quitaremos.

Dile al señor que eres su servidor.

Chucho permaneció callado.

—Vamos, amiguito, haremos las paces y seamos buenos amigos.

Diciendo esto, el coronel se sentó colocándose á Chucho á horcajadas sobre sus rodillas.

—Vamos, amiguito, aquí están estos medios para juguetes ¿te gustan los soldados?

—Responde, niño.

El coronel puso cuatro pesos en las manos de Chucho.

Chucho, hijo de su madre, sintió algo parecido á lo que había ya sentido Elena. Cuatro pesos para juguetes, era una de esas felicidades con las que nunca soñó Chucho el Ninfo, y aún se dignó levantar su rosada carita, y contemplar la tostada faz de Aguado.

—¿Te gustan los soldados?

—Sí, me gustan los soldados y también las vivanderas.

—¡Ah pícaro! tu tienes vocación, tu harás carrera. ¿Quieres vestirme como yo?

—Sí, con mis charreteras y mi espada que corte.

—Bueno, bueno, te voy á mandar hacer un traje completo de militar. ¿Quieres ser militar?

—Sí, para matar á todos los muchachos feos de la calle.

—Valiente pintas. Pídele permiso á tu mamá para ser militar.

—¿Como es eso?

—Díle que si quiere que seas militar.

Chucho pidió permiso á su mamá.

Esta se lo concedió con el agregado de tres besos que hicieron parpadear al coronel más que la metralla.

—¡Capitán Nuñez! gritó el coronel.

—Mándeme usted, mi coronel, dijo el capitán Nuñez, apareciendo en la puerta.

—Dé usted de alta en la primera, al soldado Jesús Flores.

El capitán Nuñez, con la mano en el chacó, dijo con una formalidad muy militar:

— Está bien, mi coronel.

— Puede usted retirarse.

— Con permiso de usted, mi coronel.

Y el capitán Nuñez dió media vuelta y siguió dirigiendo la maniobra del corredor.

— Vaya usted á jugar, amiguito, ya es usted soldado y los ascensos vendrán á su tiempo: ya lo verá usted de coronel, niña.

— Muchas gracias, dijo Elena, poniendo en juego una de esas miradas y una de esas sonrisas, que las mujeres tienen guardadas, como los boticarios, en una alacena en que están todos los venenos y que llaman *el ojo*.

El coronel recogió mirada y sonrisa por cuenta del saldo de sus gastos de

ese día y se acordó de los acuerdos que ponía á veces en las comunicaciones oficiales.

«Enterado con satisfacción.»

La noche se acercó bien pronto, aumentando con sus sombras el trajín de la casa de Elena.

Perez había hecho prodigios, sin descuidar entre estos, el de convidar á Carlos por una parte; y á la familia de D. Pedro María, por otra, para la fiesta de la noche.

Perez que había corrido con los gastos menores, se abonó, *tuta* conciencia, el treinta y tres por ciento de comisión con cargo á sus industrias particulares; pues sabía á donde estaba la azúcar entreverada á 18 reales, y la sóleta por mayor á 5 pesos la media arroba; sabía como se ajustan cargadores, y donde se compra pan grande con ganancia; mezcló á todo su

crédito y sacó el mayor partido posible de la situación, haciendo alarde de su economía y de la buena calidad de los efectos; de manera, que lo que Perez perdía en amor, ganaba en lucro; y tal compensación amenguaba por el pronto sus contrariedades de amante amartelado y crónico de Elena.

Perez tuvo tiempo para todo, y después de arreglar todos los negocios del baile, recorrió con una precipitación asombrosa en un coche de alquiler, algunas sastrerías hasta dar con Zarricolea, sastre vizcaino y afamado entonces para *pintar* una casaca.

Perez se probó un frac y se irguió ante un espejo.

Como hecho para usted, le dijo Zarricolea.

Con tal sanción, Perez pagó el frac, lo envolvió en su mascada y subió al coche, paró en la peluquería de Mon-

tauriol y se hizo afeitar y rizar y compró guantes blancos.

En seguida, llegó á la casa de las señoras en donde vivía, y notició que no lo esperasen.

Sacó su mejor camisa, y en breve Perez quedó trasformado en un diplomático, y en el mismo coche llegó á la casa de Elena.

Esta, estaba á la sazón en su habitación.

Elena se había prestado para esa noche uno de los espejos que el coronel había mandado; pues Perez que en todo estaba, había adornado una pequeña pieza, á la que Perez llamaba pomposamente *tocador para las señoras* y no contento con llamarle así, colocó un letrero hecho por él sobre la puerta.

Elena se estaba viendo á la sazón de cuerpo entero y se esmeraba en su

compostura, como no lo había hecho más que el día de su boda con el difunto militar.

Pasaban tantas cosas por la imaginación de Elena, que muchas veces no se daba cuenta de lo que hacía; respiraba vida y alborozo y veía perderse su pasado ante el deslumbramiento de un presente de sensaciones inusitadas y violentas. El coronel con su ruda franqueza, tenía un prestigio dominador, pero á pesar de eso, Elena no lo amaba, más bien le temía; pero el pícaro del amor propio, tirano y dominador, no permitía á Elena, á pesar de todo, omitir ninguno de los detalles de su tocador.

Elena se probó el vestido más ajustado á su talle y más bien hecho, que todos los que se había puesto en su vida; fué necesaria la fuerza toda de una robusta criada para cerrarlo; y la

presión que Elena sentía en su talle no la hubiera soportado en circunstancias comunes; pero en aquella noche le parecía á Elena que hubiera sido imperdonable tener la cintura poco graciosa.

Otro tanto le sucedía á Elena con los piés. Estaba soportando con una resignación heroica de que solo es capaz una mujer, la presión de su calzado blanco. Se acababa de calzar unos zapatitos de niña, zapatos que convertían los piés de Elena en dos adminículos, en dos chucherías más apropósito para un museo de curiosidades que para servir de remos á persona alguna. No obstante, sobre aquel cimiento frágil estaba la humanidad de Elena, tal vez simbolizando el deleznable fundamento de sus resistencias.

Elena se iba cerciorando más y más de que todo aquello iba á hacer un efecto decidido y magnífico en Aguado.

Tal es la mujer.

Elena rehusaba hasta dentro de su conciencia íntima la idea de pertenecerle á Aguado; no transijía con traspasar los límites de su deber y de su honra: por nada se hubiera ofendido más que por que la supusieran amante del coronel, y no obstante, ella sabía bien que aquel refinamiento, que aquella prolijidad para componerse no tenía más objeto que agradar al coronel.

A Elena le parecía muy natural esto.

—Supuesto que al coronel le cuesta su dinero, nada más justo que complacerlo (en los límites, se entiende, de la decencia), lo cual no quiere decir que yo le dé esperanzas ni quiera con esto significar que correspondo á su cariño: no señor, todavía para eso..... tiene que rabiarse su señoría y mucho; porque lo que es yo, no estoy tan tirada á la calle que digamos. Mujeres más feas

he visto..... ¡vaya! mucho más feas, ahí están doña Juana la Solórzano y la prima de Amparo la que casó con el español; ¡qué dieran por ser como yo! y sin embargo, tanto el español como Solórzano hicieron sacrificio y medio por ellas; de manera que ¿por qué no ha de hacer conmigo el coronel lo que por doña Juana hizo Solórzano? y ya así será otra cosa.

Vamos decididamente es necesario contenerse en cierto límite y dejar venir los acontecimientos.

—Elena! Elena! gritó una voz vibrante á la puerta del tocador.

Elena sintió como un baño de regadera.

Era Perez.

En el cerebro de Elena, Perez representaba en ese momento la prosa y Aguado la poesía.

—¿Qué quiere usted, hombre de Dios? pregunto Elena desde adentro.

—Que dónde ha puesto usted las llaves?

—En la sala.

—No están.

—Sobre una rinconera.

—No están.

—Búsquelas.

Los pasos de Perez se alejaron.

Y *éste* pensó Elena, *éste* que está tan entusiasmado, *¡pobre!*

Este *¡pobre!* es intraducible.

Tiene la mujer un lado vulnerable y no en el talón, sino en el corazón, y merced á esta vulnerabilidad entra, y con mucho, la conmiseración de la mujer en su aquiescencia.

Perez por lo tanto estaba más cerca de Elena al decir *pobre*, que el coronel con todo su boato y sus magnificencias.

—Lo cierto es que Perez se vá á volver loco con mis zapatos blancos, por-

que si con los verdes se puso insoporable ¿qué será de mí Dios mío cuando me vea estos que me están tan bien?

—¡Ay! continuó, tengo en mi poder las llaves de dos corazones.

—No están las llaves, dijo Perez acercando la boca al agujero de la llave.

Elena se estremeció: por un momento creyó que Perez la había adivinado reflexionó un momento y enseguida se hechó á reir.

—¿De qué se rie usted Elena?

—De nada, Perez.

—¿Cómo de nada?

—De que aquí tengo las llaves.

—¡Y yo buscándolas!

—¡Pobre de usted!

Pobre de mí ¿por qué?

—Pobrecito!

—¡Ah! eso es otra cosa.

—Voy á abrir tantito para darle á usted las llaves.

—¿Y no espío?

—No, le está á usted prohibido.

—¿Por qué?

—Qué pregunta!

Tantito.

—No, y no! ¿estamos?

—Es que yo me mató por verla á usted vestida.

—Ya me verá usted en la sala.

—Quiero ser el primero? ¿me lo concede usted?

Elena reflexionó.

—Bien visto pide poca cosa; ¡pobre!

Después de todo, este Perez tiene unas cositas...

—¿En qué piensa usted tanto?

—¿En qué?

—Sí, ¿en qué?

—En usted.

—Si me lo vuelve usted á decir echo la puerta abajo.

—¡Hola, hola! caballero; se guardaría usted muy bien.

—Eso lo digo para significarle á usted...

—Sí, ya sé lo que me quiere usted significar.

—¿Verdad? ¿conqué cuatro dedos no más?

—¿De qué?

—De luz entre las dos hojas de la puerta.

—¿Cuatro dedos?

—Vaya cinco, para que quepan las llaves.

—Por tal de que...

—Sí, por tal de que la deje en paz, murmuró Perez.

Y la puerta se abrió cinco dedos no más; pero como Elena estaba tan cerca, Perez no la podía ver.

—Aquí están las llaves.

—Esas ya las tiento, pero á usted no la veo.

—¿No?

—Retírese usted un poquito de la puerta.

—No, porque usted abre mientras.

—No.

—No?

—Mi palabra de honor.

—¡Ay de usted si falta á ella!

—Y Elena se fué á colocar frente á las luces que iluminaban el espejo.

Perez no abrió más pero metió los dos ojos y las narices entre las hojas de la puerta.

Elena vió brillar los ojos de Perez como los de un gato, y como tenía la luz cerca no podía ver que Perez abría la puerta.

Perez tenía la conciencia de no estar espiando más que por un espacio de cinco dedos, los convenidos; pero por un movimiento secundario de que ni el mismo se daba cuenta, y absorto en su contemplación iba abriendo poco á poco.

Elena que sabía que estaba haciendo un efecto magnífico y fiada en la palabra empeñada, se siguió viendo al espejo arreglándose las flores que adornaban su peinado, y dándose esos últimos toques, en los que la muger imita á la flor que rompe su broche y extiende sus últimos pétalos con una atención voluptuosa, para ostentarse en seguida en la plenitud de su hermosura.

Ya á Perez le cabía la cabeza, despues los hombros, despues los brazos, y por último de un solo brinco cayó de rodillas á los piés de Elena.

¡Oh poder atractivo de la hermosura!

Perez había sido una de esas partículas livianas de pluma, que la electricidad atrajo irresistiblemente.

Fué aquello tan rápido, que Elena se tragó el grito de ordenanza.

—Elena, Elena, es usted divina! ya

no puedo negarlo, sépalo usted todo, la amo á usted, la adoro con toda mi alma; y si usted se riera ahora de mí, me mataría de desesperación: no sea usted cruel, vea usted que nadie la ha de amar como yo.... y á ese paso tengo un horrible presentimiento. Me parece que la voy á perder á usted para siempre, Elena, pero por Dios no se alucine, prométame usted que va á ser reflexiva, está usted corriendo un peligro inminente con...

—Levántese usted, Perez; pronto, pronto.

—¿Pero me amaré usted?

—Levántese usted.

—No, hasta que me diga usted una palabra, una sola, una esperanza.

—Bien, veremos, siento pasos.

—¿Me amaré usted?

—Pero no sea usted imprudente.

—¡Ah! dijo Perez levantándose y to-

mando entre las suyas una de las pequeñas manos de Elena y cubriéndola de besos, ¡qué buena es usted! gracias, gracias!

Elena sintió en su mano no solo los besos, sinó dos lágrimas á una temperatura de 80 grados.

—¡Está usted divina!

—¿Estoy bién?

—¡Encantadora! qué talle! qué pecho!

—Chist, chist, bajito, amigo mío, bajito.

—¿Qué pecho! Dios mío! Es usted un ángel.

Elena se sonrió. Cada una de las frases de Perez, había caído á plomo en el cáliz de la vanidad de Elena; las saboreó, admitiéndolas con la convicción de que las merecía.

La gratitud de Elena tomó una forma rara.

Las mugeres tienen á veces un idioma intraducible, al grado de que si el hombre no fuera poliglota en amor, se quedaría en ayunas.

La forma que tomó la gratitud de Elena fué ésta:

Con el pulgar y el índice rosados de su manecita, tomó como quien toma rapé, la pequeña piocha de Perez, haciendo con ella un ligero movimiento de oscilación, sostenido por cuatro segundos.

Perez pensó entretanto que se debe entrar al paraíso de Mahoma tirado de las barbas por dos deditos color de rosa.

FIN DEL TOMO V.

ÍNDICE

	Págs.
CAPÍTULO I.—En el que se vé que el amor acaramelado de las mamás no es el más apropiado para criar héroes.	7
CAPÍTULO II.—En el cual comienza la descripción de las luces, maitines, función y procesión de la virgen de la Merced.	23
CAPÍTULO III.—Sigue la colecta en la casa de Don Pedro María.	45
CAPÍTULO IV.—La comida en la casa de Don Pedro María, las primeras páginas de una historia triste. Chucho el Niño en la procesión.	61
CAPÍTULO V.—La sobremesa del chocolate en la casa de Don Pedro María.	99
CAPÍTULO VI.—Un bailecito de cumpleaños, del que hay mucho que decir y poco que pedir.	119
CAPÍTULO VII.—En el cual el curioso lector vuelve á encontrar á S. Juan Bautista.	147
CAPÍTULO VIII.—Un sueño de Chucho.—Rarezas.	167
CAPÍTULO.—IX Un negocio grave en la casa de Don Pedro María.	183

Las mugeres tienen á veces un idioma intraducible, al grado de que si el hombre no fuera poliglota en amor, se quedaría en ayunas.

La forma que tomó la gratitud de Elena fué ésta:

Con el pulgar y el índice rosados de su manecita, tomó como quien toma rapé, la pequeña piocha de Perez, haciendo con ella un ligero movimiento de oscilación, sostenido por cuatro segundos.

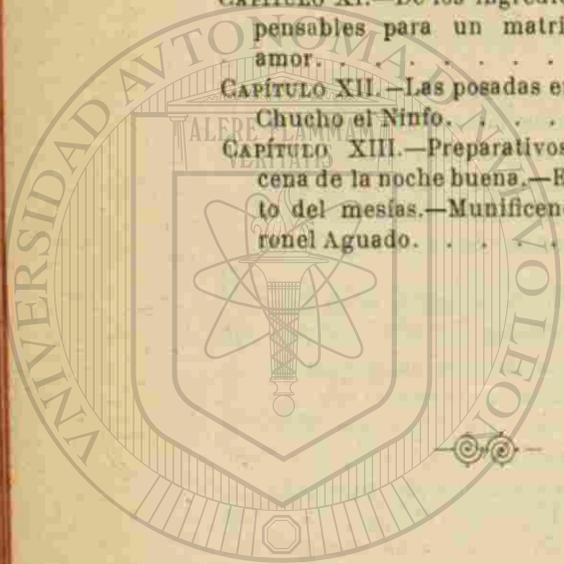
Perez pensó entretanto que se debe entrar al paraíso de Mahoma tirado de las barbas por dos deditos color de rosa.

FIN DEL TOMO V.

ÍNDICE

	Págs.
CAPÍTULO I.—En el que se vé que el amor acaramelado de las mamás no es el más apropiado para criar héroes.	7
CAPÍTULO II.—En el cual comienza la descripción de las luces, máitines, función y procesión de la virgen de la Merced.	23
CAPÍTULO III.—Sigue la colecta en la casa de Don Pedro María.	45
CAPÍTULO IV.—La comida en la casa de Don Pedro María, las primeras páginas de una historia triste. Chucho el Niño en la procesión.	61
CAPÍTULO V.—La sobremesa del chocolate en la casa de Don Pedro María.	99
CAPÍTULO VI.—Un bailecito de cumpleaños, del que hay mucho que decir y poco que pedir.	119
CAPÍTULO VII.—En el cual el curioso lector vuelve á encontrar á S. Juan Bautista.	147
CAPÍTULO VIII.—Un sueño de Chucho.—Rarezas.	167
CAPÍTULO.—IX Un negocio grave en la casa de Don Pedro María.	183

	Pags.
CAPÍTULO X.—En el que se vé que en materia de amor, el rodeo sueie ser el camino más corto.	205
CAPÍTULO XI.—De los ingredientes indispensables para un matrimonio por amor.	237
CAPÍTULO XII.—Las posadas en la casa de Chucho el Niño.	255
CAPÍTULO XIII.—Preparativos.—Baile y cena de la noche buena.—El nacimiento del mesías.—Munificencias del coronel Aguado.	283



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

